



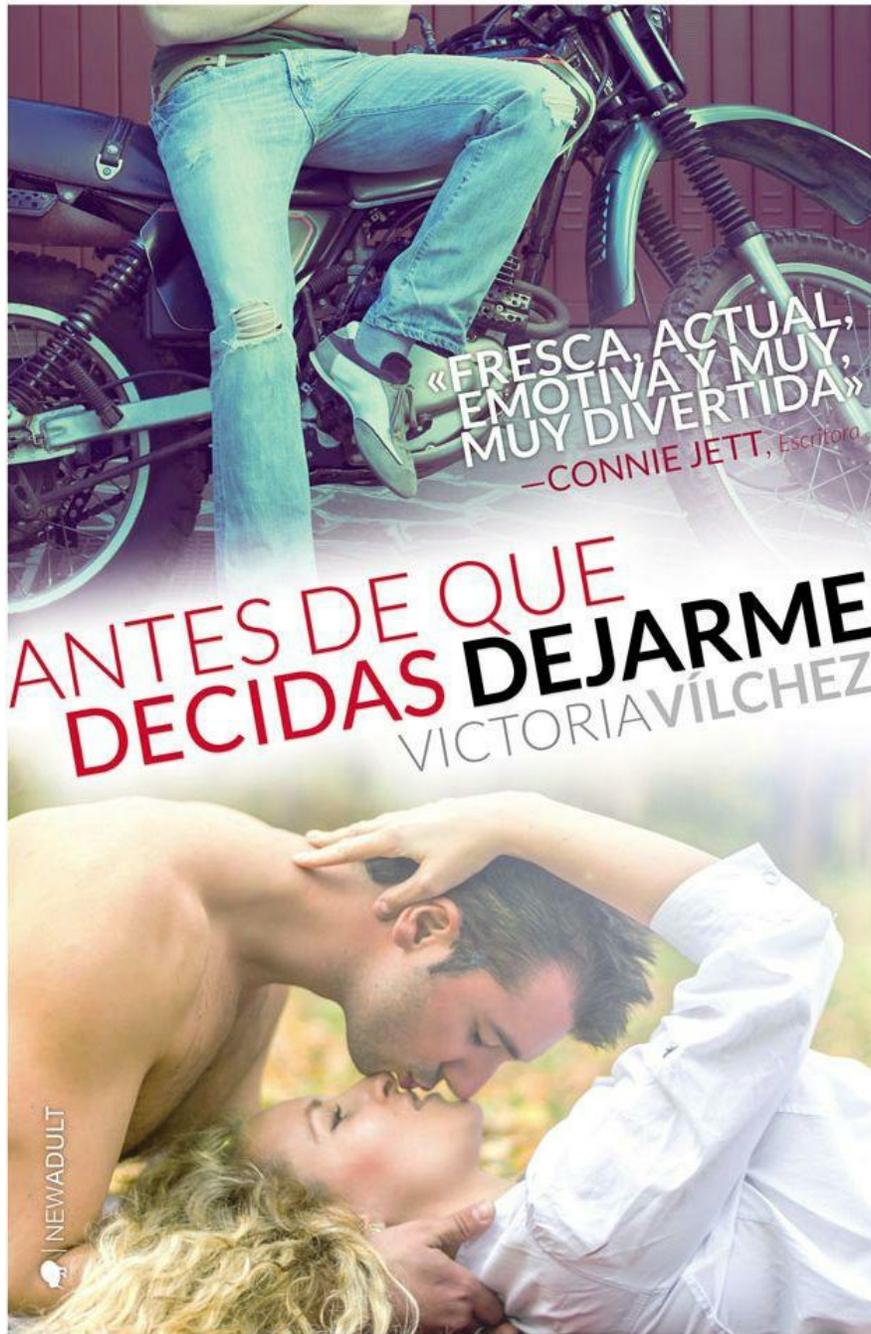
«FRESCA, ACTUAL,
EMOTIVA Y MUY,
MUY DIVERTIDA»
—CONNIE JETT, Escritora

ANTES DE QUE DECIDAS **DEJARME** VICTORIA VÍLCHEZ



NEWADULT





«FRESCA, ACTUAL,
EMOTIVA Y MUY,
MUY DIVERTIDA»
—CONNIE JETT, Escritora

ANTES DE QUE
DECIDAS DEJARME
VICTORIA VILCHEZ

NEWADULT

Créditos

EDICIONES KIWI, 2014

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.

© 2014 Victoria Vílchez

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: Thinkstockphoto

© Ediciones Kiwi S.L.

No se permite la reproducción total o parcial, así como la modificación de este libro por cualquier medio mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dedicatoria

*A mis lectores, gracias por vuestro apoyo y por darme alas para seguir
soñando.*

Y a Laly, mi hermana. No dejes nunca de sonreír.

1

—¿Y tú quién demonios eres?

No es que fuera la mejor frase para recibir a una nueva compañera de piso, pero el tío que me había abierto la puerta parecía no pensar lo mismo. Debía rondar los veintidós años. El pelo moreno, que llevaba alborotado por completo, le caía sobre la cara. Su expresión somnolienta indicaba que se acaba de despertar, lo que explicaba al menos en parte su nada acogedor recibimiento. Y lo peor de todo es que lo único que llevaba puesto eran unos bóxer negros que se ajustaban a la perfección a su cuerpo y dejaban muy poco espacio a la imaginación.

¡Estaba buenísimo!

Los músculos del abdomen se le marcaban con tanta precisión que parecían haber sido cincelados por un diestro escultor a partir de un bloque de mármol. Sobre la cadera izquierda lucía tatuado un pequeño dragón con la boca abierta y una llamarada roja brotando de ella. El dibujo onduló junto con su piel dorada cuando cambió el peso de una pierna a otra en actitud impaciente.

Enarqué las cejas, reprochándole su falta de educación, y a sus labios asomó una sonrisa de suficiencia. De forma automática lo incluí en la categoría de buenorro perdonavidas.

Siempre había tenido la manía de clasificarlo todo, incluso a las personas. Mi madre decía que catalogar lo que me rodea no me dejaba avanzar, porque la vida jugaba según sus propias reglas y sus propios planes. Pero yo seguía ateniéndome a mis particulares principios e intentando obligar a la vida a ser como yo creía que debía ser. He de decir que casi nunca me funcionaba.

El perdonavidas me dio la espalda y me dejó allí plantada. Había que reconocerle que su retaguardia era igual de impresionante. Torcí la cabeza para ver cómo se marchaba por el pasillo hasta que una chica rubia y con el pelo rizado ocupó su lugar. Sus ojos, grandes y de color avellana, resaltaban sobre unas débiles ojeras.

—Lucía —se presentó, y me dio dos besos—. Tú debes de ser Rebecca. No hagas caso de Jota.

—Puedes llamarme Becca.

Asintió y me invitó a pasar. La seguí al interior del piso. El salón,

bastante amplio y con dos grandes ventanales por los que entraba el sol del mediodía, tenía el aspecto de haber sido arrasado por un batallón de orcos. Había vasos con líquidos de diferentes colores sobre todas y cada una de las superficies horizontales, incluido el suelo, una mesa repleta de los restos de una comida improvisada y sillas apiladas unas sobre otras. El aire olía a una mezcla de humo, sudor y alcohol. Y en el sofá otro chico dormitaba con los brazos sobre la cara.

Clara, mi mejor amiga, había sugerido que compartir piso con su prima era una buena idea. Me había dejado convencer porque no conocía a nadie en Madrid, y al menos así podría contar con algo de ayuda para acostumbrarme a una ciudad que me era del todo extraña y en la que jamás había puesto un pie hasta ahora.

—¿Habéis adelantado mi fiesta de bienvenida? —me burlé, tras echar un vistazo rápido a mi alrededor.

—Perdona el desorden —se disculpó, frotándose los ojos con insistencia—. Clara me había dicho que llegabas mañana.

—No te preocupes, al menos se ha acordado de decirte que venía.

Mi amiga Clara era la persona más despistada que hubiera conocido jamás. Cuando salíamos juntas iba a buscarla media hora antes para no llegar tarde a los sitios. No había ocasión en la que no tuviéramos que regresar a su casa para recoger algo que había olvidado.

—Bueno, ya conoces a Jota, *míster* simpatía. Esa marmota de ahí —añadió, señalando al tío del sofá y sonriendo— es Nico, mi novio. Anoche fue su cumpleaños y de ahí este desastre. La fiesta se nos fue un poco de las manos y no hemos tenido tiempo de nada...

Parloteó al menos durante cinco minutos más sin darme opción a realizar el más mínimo comentario. Categoría: habladora compulsiva, idéntica a mi amiga Clara. Misma voz cantarina y algo estridente, pero también con ese punto encantador del que gozaba su prima. Me llevaría bien con ella.

—¿Qué te parece si te enseño tu habitación para que te instales?

La seguí cargada con mi enorme maleta y la mochila aún colgando de mi espalda. A pesar del desorden del salón la casa resultaba acogedora. La primera puerta que nos encontramos daba acceso a una cocina con muebles de color blanco y encimera de granito. Contra la pared de la derecha había dispuesta una mesa y tres sillas de madera, y más adelante otra puerta que suponía se trataba de algún tipo de patio interior. También allí había un

buen surtido de vasos y varios mini barriles de cerveza.

—Sabéis cómo montar una fiesta —comenté. Esbozó una sonrisa y me animó a continuar con la visita guiada.

El pasillo se ampliaba más adelante para dar lugar a una especie de antesala de los dormitorios. Conté cinco puertas. Lucía señaló la única que se encontraba cerrada: la habitación de Jota.

—No le gusta que nadie toque sus cosas, así que procuramos no entrar en su dormitorio.

«Además de perdonavidas, maniático», pensé. Yo era un poco tocapelotas, por lo que algo me decía que tendríamos más de un encontronazo.

Las otras dos se correspondían con la habitación de invitados y la de Lucía. La del medio era el baño. Me sorprendí al contemplar la lujosa bañera, con un sistema de chorros a presión y capacidad de albergar, como mínimo, a dos personas. Mi nueva compañera rio por lo bajo al percibir mi asombro.

—El antiguo inquilino pidió permiso al propietario para instalarla. Al parecer tenía algún tipo de necesidades especiales al respecto.

—Un cocodrilo podría vivir ahí dentro sin problemas —alegué, sin comprender a qué clase de necesidades se refería.

—Lo he pensado, pero creo que con Jota tenemos suficientes animales en la casa.

Ambas reímos el comentario y pasamos a mi habitación. Me agradó comprobar que disponía de una ventana que le daba un toque cálido y luminoso a la estancia. La cama doble tampoco me la esperaba y casi se me escapó un gruñido de placer. Adoraba dormir, no era persona si no descansaba al menos ocho horas. La cafeína ocupaba el segundo puesto en la lista de mis imprescindibles.

Además de la cama disponía de un armario empotrado y una cómoda para mi ropa, y frente a la ventana habían dispuesto un escritorio con una cajonera, que me vendría de perlas para las largas noches de estudio.

Mi traslado obedecía a varias causas. Por un lado, ampliar mi currículum académico con asignaturas que no se impartían en mi facultad. Estudiaba Biología y me habían hablado muy bien del profesor de Antropología de la Universidad Complutense de Madrid. Pero no solo se trataba de eso. Además de mejorar mi expediente deseaba poner tierra de por medio con mi exnovio. Y esa era tal vez la razón que más me había apremiado a la

hora de hacer las maletas y huir de mi propia ciudad.

Mi ex entraba en la categoría de «ni contigo ni sin ti». La nuestra había sido una relación larga y tortuosa y, en cierta forma, cíclica. Lo dejábamos, nos reconciliábamos, volvíamos, nos enfadábamos, y así una y otra vez. Cualquier cosa que nos sucedía era un drama, y sus celos y el férreo control que llevaba sobre mi vida no hacían más que empeorarlo todo. Yo sabía que la relación no tenía futuro y que solo alargábamos lo inevitable, pero el miedo a lo desconocido me había convertido en un pelele en sus manos.

Romper el círculo vicioso en el que vivía había resultado más sencillo de lo que creía. No hubo un detonante especial ni una gran pelea que diera al traste con todo. Una mañana me había encontrado por casualidad el anuncio de las becas para cursar un año en otra universidad y había tomado una decisión firme e inamovible. Quería irme. Puede que fuera un poco cobarde, pero por primera vez en años había respirado tranquila.

De aquello hacía tres meses, en los que había luchado con todas mis fuerzas para no caer de nuevo en la trampa de una historia más que caducada. En cierta forma añoraba la maraña de sentimientos intensos con la que ambos envolvíamos la relación, tal vez porque escondía un lado romántico empeñado en que las historias épicas de amor siempre resultaban también grandes tragedias. En resumen, que había estado enamorada del amor.

—El edredón y la ropa de cama son nuevos —anunció Lucía, haciendo que retornara al presente. Le sonreí en señal de gratitud—. He usado tu parte de la fianza para comprarlos. El dueño no ha querido aportar nada, es un poco tacaño, pero no ha puesto reparos a la hora de que te alquiláramos la habitación. Me alegra tener una compañera de piso, Jota no es muy sociable que digamos.

Lo dicho, habladora compulsiva pero detallista. Punto a su favor.

Lucía me dejó a solas para que me instalara y pudiera deshacer las maletas. En unos días tendrían que llegarme unas cuantas cajas que había enviado por correo con libros, apuntes, fotografías y algunas cosas más que necesitaría para convertir aquella habitación en mi refugio durante el siguiente año.

Me dejé caer sobre la cama con una amplia sonrisa dibujada en la cara y deseando dar comienzo a mi nueva vida.

2

—¡Y una mierda!

Escuché el exabrupto desde mi habitación. Había terminado de ordenar mi ropa y colocarla en su sitio, y me había quedado traspuesta sobre el edredón verde. La realidad es que llevaba levantada desde las seis de la mañana y el viaje en avión me había dejado exhausta.

Me asomé indecisa al pasillo, sin saber si era adecuado que me presentara en el salón en mitad de lo que parecía una discusión bastante tensa.

—Me vendrá bien el dinero —escuché afirmar a Lucía.

Avancé unos cuantos pasos más para ver con quién hablaba, pero lo único que pude vislumbrar fue una figura masculina ataviada con un casco de moto que le ocultaba por completo el rostro. Llevaba una cazadora de piel negra con dos líneas rojas en una de las mangas y refuerzos en hombros y codos, y unos vaqueros que se ajustaban a su cuerpo como un guante.

—Pues pide trabajo en el Burger King —gruñó el desconocido—, pero no pienses ni por un momento que vas a servir copas en ese sitio.

Debía ser Nico, el novio de Lucía. Típico machito dominante. Resoplé indignada.

—Tú trabajas allí.

—Yo soy un tío —afirmó él, como si eso lo explicara todo.

No sabía a qué sitio se estaban refiriendo, pero si ella quería sacarse algo de dinero y su novio iba a estar trabajando a su lado, no veía cuál podía ser el problema.

—No me vengas con eso, soy perfectamente capaz de quitarme a un par de borrachos de encima, y solo serán un par de días a la semana.

—He dicho que no.

La prepotencia que destilaba Nico me sacó de quicio, y aunque por regla general no me inmiscuía en peleas de enamorados, me fue imposible morderme la lengua.

—¿Por qué no la dejas que tome sus propias decisiones?

Había intentado que mi tono no dejara traslucir lo indignada que estaba, pero el desprecio tiñó mi voz. Nico se volvió hacia mí y pude escuchar cómo maldecía bajo el casco.

—Nadie te ha preguntado tu opinión —replicó. Estaba segura de que su mirada me fulminaba en ese momento.

—No veo el problema —insistí, y me crucé de brazos.

—El puto problema es que se la comerán viva.

—Becca me acompañará —sugirió Lucía, con una gran sonrisa en los labios.

«Eso te pasa por hablar».

—Me encantaría verlo —se mofó Nico. Se levantó la visera del casco y los ojos azules de Jota se burlaron de mí.

Vale, los había confundido.

«Mierda».

—Lucas tiene dos puestos libres, estará encantado de contratar a Becca —apostilló Lucía. Podía ver la satisfacción que le producía contradecir a Jota y, a pesar de que no entraba en mis planes buscar trabajo, tampoco yo estaba dispuesta a ceder ante aquel tipo.

—Vale —acepté, desafiando a Jota con la mirada.

Él respondió alzando una de las comisuras de la boca de forma casi imperceptible.

—Está bien, pero luego no vengáis llorando. No pienso salvaros el culo ni apartaros los moscones.

Lucía le enseñó la lengua en un gesto tan infantil que me arrancó una carcajada. Se parecía tanto a su prima que daba miedo.

Jota se volvió para marcharse. Era evidente que estaba cabreado. Mis ojos se desviaron hacia el dragón que decoraba su casco, idéntico al tatuaje de su cadera.

—Ahora entiendo lo del tatuaje. Cada vez que abre la boca no hace otra cosa que escupir fuego, ¿no? —susurré en dirección a Lucía.

Pensé que Jota no lo habría oído, pero antes de desaparecer por la puerta giró la cabeza hacia nosotras y me clavó una mirada abrasadora, de esas que calentarían a cualquiera aunque estuviera en mitad del polo norte.

—No te haces una idea, nena —aseguró, antes de bajarse la visera del casco.

Esta vez esperé hasta que hubo cerrado la puerta para volverme hacia mi nueva compañera de piso.

—Por favor, dime que no me ha llamado nena.

Lucía y yo comimos juntas. Ella no paró de hablar y yo me limité a escuchar. Me explicó obra y milagros de su vida y también de la de Nico,

al que no había llegado siquiera a conocer, en estado consciente al menos. Sobre Jota no dijo gran cosa, pero me mordí la lengua y no pregunté a pesar de que sentía cierta curiosidad sobre el perdonavidas.

Ella estaba en el último curso de Psicología, lo cual era sorprendente. Me parecía imposible que permaneciera callada mientras sus futuros clientes le relataban sus problemas, aunque desprendía la clase de calidez y amabilidad que te hacía desear contarle hasta el último de tus pensamientos. Si era capaz de guardar silencio, sería una terapeuta de excepción. Sus padres tenían una empresa de publicidad y durante el curso pasado habían trasladado su residencia a Londres. Lucía deseaba finalizar sus estudios en Madrid, por lo que alquiló el piso de forma conjunta con Jota.

—Es un poco capullo —comenté, sin entender las razones que podían haberla llevado a elegirlo como compañero.

—Sí, muy capullo —subrayó ella—. Y también chulo, egocéntrico y en ocasiones bastante irritante. Pero es mi primo. Créeme, he comprobado el árbol genealógico en tres ocasiones.

—Deberías intentarlo una cuarta —bromeé, agradeciendo que mi comentario no la hubiera ofendido.

—Puede que lo haga.

—¿Vas a contarme dónde vamos a trabajar? —inquirí, mientras recogía los restos del almuerzo de la mesa.

Había hecho oídos sordos a mi petición de explicaciones al respecto durante la comida, alegando que ya lo vería mañana por la noche. Había llamado al tal Lucas, que no puso ninguna objeción a contratar a alguien a quien ni siquiera había visto, lo cual en cierto modo era preocupante. Esperaba no descubrir que acababa de convertirme en camarera de un bar lúgubre y siniestro en alguna carretera perdida.

—Tranquila, es un bar de lo más normal. Jota tiene tendencia a exagerar.

—De eso ya me había dado cuenta. ¿Algo más que deba saber? —añadí, al ver que se concentraba en limpiar un plato con demasiado ahínco.

—Tienes que bailar —murmuró entre dientes.

Le arrebaté el plato de las manos para obligarla a mirarme.

—Joder, Lucía. ¿No irás a decirme que se trata de *esa* clase de local?

—¡¿Qué?! ¡No! —contestó ella, comprendiendo a qué me refería. Exhalé aliviada—. Ya lo verás, ¿vale?

Sí, iba a verlo, y con toda probabilidad luego dimitiría y la mataría, y no

necesariamente en ese orden. Solo hacía unas horas que nos conocíamos y ya me estaba complicando la vida.

El Level resultó ser no un garito de mala muerte, tal y como yo llevaba imaginando desde la tarde anterior, sino uno de esos lugares que descubres en un día de lluvia cuando corres a ponerte a salvo y te metes en el primer sitio que encuentras; y una vez que estás dentro, te es imposible no regresar a él. Era acogedor. No podía entender qué problema tenía Jota con la idea de que Lucía trabajara allí.

Desde lo alto de las escaleras de acceso observé con detenimiento todo el local. Predominaba la madera, que revestía las paredes hasta media altura. Al fondo había un lugar con bancos y mesas, también de madera, en los que grupos de gente charlaban de forma distendida, mientras que la zona anterior se reservaba como pista de baile, aunque ahora no había nadie haciendo uso de ella.

Lucía y yo nos dirigimos al extremo más cercano de la barra en busca de Lucas, el encargado del personal, que en ese momento le servía una copa a una chica sin dejar de sonreír.

«Oh, sí, puedo trabajar con un tío así».

Mi nuevo jefe era un moreno de sonrisa de anuncio y ojazos verdes con un cuerpo de escándalo. Al percatarse de nuestra presencia nos indicó con un gesto que le diéramos unos minutos y enseguida estaría con nosotras.

—Es guapo —le comenté a Lucía. Ella se inclinó hacia mí para hacerse oír por encima de la música.

—Sí, y por desgracia tiene novia. Lo peor de todo es que Ari es monísima y encantadora.

—Bueno, disfrutemos del paisaje.

Era todo a cuanto me había dedicado en los últimos meses, a ver pasar mi vida desde la barrera. No es que no me apeteciera darme una alegría, pero había permitido que mi interior se recubriera de una suerte de pereza que me impedía implicarme lo más mínimo con nadie, por muy rollo de una noche que fuera. Menos aún en una nueva relación. Actuaba como si estuviera esperando una señal divina que me indicara quién era el chico de mi vida. Señal que nunca llegaba.

Lucas terminó de servir varias bebidas a la chica y se acercó a nosotras.

—Lucía, me alegro de verte —saludó él a mi compañera, recostándose sobre la barra para darle un beso en la mejilla—. Tú debes ser Rebecca —añadió, volviéndose hacia mí.

—Becca —le corregí con una sonrisa. Al contrario que Jota, Lucas era la clase de tío al que no podías evitar sonreír, es decir, un tío bueno encantador.

—Me han dicho que estudias Biología. —Asentí—. Entonces nos veremos en la facultad. Si necesitas cualquier cosa, avísame.

Lucas giró la cabeza para gritar por encima de su hombro.

—¡Jota, te quiero arriba ya!

El aludido avanzó hasta nosotros con gesto serio. Llevaba unos vaqueros negros y una camiseta de un azul eléctrico que hacía juego con sus ojos. Al menos cinco chicas siguieron sus pasos desde el otro lado de la barra, comiéndoselo con los ojos.

—Hoy no —le espetó Jota a su jefe, fastidiado.

—Ahora —repitió Lucas, y esbozó una sonrisa torcida—. Es tu turno y tienes a tu club de fans bien situado.

Jota se percató entonces del grupo de chicas que lo contemplaba con embeleso, como si fuera un dulce bocadito al que pudieran hincar el diente cuando se pusiera a tiro. Cualquier tío se hubiera frotado las manos ante semejante panorama, pero en cambio él parecía bastante contrariado por ser objeto de tanta atención. Y me daba la sensación de que nuestra presencia no ayudaba a que se sintiera mejor.

—¿Acojonado? —le pregunté, con un tono de chulería que buscaba hacerlo saltar.

Me dedicó una larga mirada, una mirada tan intensa que hizo que me sintiera desnuda e incómoda. Durante unos segundos fue como si se asomara a mi alma y rebuscara en ella. Luché por apartar la vista de él, pero la tormenta azul de sus ojos me mantuvo cautiva.

Lucas carraspeó y rompió el hechizo.

—Está bien —cedió Jota. Me señaló y una de las comisuras de su boca se elevó—. Pero ella sube conmigo.

Desconocía del todo sus intenciones, pero era consciente de que no podía tratarse de nada bueno. Si tenía en cuenta lo que Lucía había comentado sobre que tendría que bailar, empezaba a hacerme una idea de lo que estaba proponiendo.

Negué con la cabeza varias veces. Mi compañera de piso y yo solo habíamos ido para que yo conociera el bar y al que sería mi nuevo jefe, no trabajaríamos hasta el viernes por la noche. Y no tenía la más mínima intención de bailar con él subida a la barra y con decenas de ojos

observándome.

—Es una prueba, preciosa —añadió Jota, con una satisfacción evidente ante mi negativa—. O la pasas o no hay trabajo para ti aquí.

Si no hubiéramos tenido un mostrador de por medio, lo habría abofeteado. Su tono de superioridad y esa forma de avasallar a todo el que le rodeaba me sacaba de quicio.

Mi futuro jefe alternó la vista entre Jota y yo y ladeó la cabeza, suspicaz ante nuestro silencioso intercambio de amenazas.

¿Quién dijo miedo?

—Acepto, pero espero que puedas seguirme el ritmo —fanfarroneé, segura de mis dotes de baile.

3

A pesar de que no hacía más de dos días que nos conocíamos, Jota sacaba lo peor de mí. Me irritaba que creyera que podía quedar siempre por encima de los demás.

—Dale un buen repaso —me animó Lucía, que había permanecido extrañamente callada, provocando que Jota estallara en carcajadas.

—Estoy deseándolo.

Lucas se alejó en dirección a la zona desde la cual pinchaban la música que sonaba en el local.

Jota se encaramó a la barra y su mano rodeó mi muñeca con suavidad. Con ese único roce mi pulso se aceleró. Mi aplomó disminuyó de forma considerable cuando tiró de mí para subirme al mostrador y percibí el calor que emanaba de él a través de la tela de su camiseta. El contacto hizo que me estremeciera, y una lucecilla de alarma se encendió en lo más profundo de mi mente.

«Vamos, Becca, solo se trata de un estúpido baile», me reprendí.

Los primeros acordes de *Crazy*, de Aerosmith, empezaron a retumbar a través de los altavoces. Había esperado alguna canción más cañera, no era la que yo hubiera elegido para animar a la clientela, pero cuando Lucas regresó parecía encantado con su elección. Alzó la cabeza para mirarme y enarcó las cejas de forma desafiante. A mí me vino a la mente la película *El Bar Coyote* y solté una risita histérica.

Jota había avanzado unos pasos sobre el mostrador y me esperaba con los brazos sujetos a una especie de altillo que había sobre la barra. La postura, que apostaba a que había ensayado miles de veces, destacaba a la perfección los músculos de sus brazos y dejaba entrever la franja de piel justo bajo el ombligo, mostrando una parte del tatuaje de su cadera. El corrillo de chicas a sus pies babeaba ante la estampa, aunque no podía censurarlas por ello. Yo estaba haciendo serios esfuerzos para mantener la boca cerrada.

Sentí que alguien me tiraba del bajo de los pantalones.

—A por él —me incitó Lucía. Y supe que se moría de ganas de que le diera una lección a Jota.

«Está bien, demuéstrole a ese imbécil con quién se la está jugando».

Me deshice de la cazadora con delibera lentitud, acompasando mis

movimientos a la sugerente melodía. Se oyeron varios silbidos y unos cuantos gritos. Caminé sin dejar de contonear las caderas hasta quedar tan cerca de Jota que fui capaz de percibir su aliento acariciándome la mejilla. Sus ojos se clavaron en mí y se balanceó en mi dirección para atrapar mi cintura con sus manos, pero yo retrocedí y negué con la cabeza antes de que pudiera alcanzarme. Escuché risas ahogadas del público.

Levanté las manos y me solté el recogido que mantenía mi larga melena rubia bajo control. Una cascada de ondas me cayó sobre la espalda. Me situé de nuevo frente a él. Mi mano descendió desde su hombro derecho hasta su pecho y le empujé para que retrocediera. En contra de lo que creía me dejó hacer, pero cuando iba a dar media vuelta para alejarme una vez más de él me atrapó y pegó su pecho a mi espalda. Los silbidos aumentaron de intensidad.

—¿Dónde crees que vas? —me susurró al oído con voz ronca, consiguiendo que la piel de la nuca se me erizara.

Para mi sorpresa comenzó a mover las caderas siguiendo el ritmo de una forma que solo pude clasificar de explosiva. Mi temperatura corporal aumentó varios grados cuando Jota deslizó los dedos por mi cuello hasta llegar a la curva de mi hombro. Arquee la espalda para separarme de él pero lo único que conseguí fue que la parte inferior de mi cuerpo se clavara entre sus caderas, arrancándole un gruñido.

No podía creer que nos estuviéramos magreando delante de un montón de desconocidos. Y lo que era peor, que fuera precisamente Jota el culpable de mi respiración acelerada y del calor que se extendía por mi bajo vientre.

Cuando la canción llegó a su fin tuve que parpadear varias veces para volver a la realidad. Jota y yo permanecemos durante varios segundos atrapados entre los brazos del otro, reacios a separar nuestros cuerpos, hasta que alguien tosió con disimulo. Ladeé la cabeza y me encontré con Lucas, que nos miraba esbozando una sonrisa de complicidad.

Apelé a mi parte racional y deshice el abrazo. Salté de la barra con los restos de la dignidad que Jota no había hecho volar por los aires con el dichoso bailecito.

—Contratada —afirmó Lucas, reprimiendo las carcajadas que amenazaban con brotar de su garganta.

La gente, que a estas alturas llenaba el local por completo, prorrumpió en aplausos y silbidos. Elevé la vista para darme cuenta de que Jota no se había movido ni un centímetro. Lucas me imitó.

—Jota, ya puedes bajar —señaló mi nuevo jefe.

La satisfacción de ver al chico duro aturdido por lo sucedido compensó en parte mi vergüenza. Se deslizó hasta el suelo e inmediatamente se concentró en servir a los clientes.

—Todas las noches alguno de los camareros tiene que bailar —nos explicó Lucas a Lucía y a mí—, y como ves no hay diferencias entre chicos y chicas.

—¿Vas a contarle la historia? —intervino mi compañera de piso con expresión risueña.

—Cuéntaselo tú, ¿vale? —replicó él, con la mirada perdida en algún punto a nuestra espalda, una mirada de adoración que me obligó a volver la cabeza para ver a quién iba dirigida.

Por las escaleras del bar descendía en ese momento una chica delgada y preciosa de pelo castaño, que sonreía a Lucas con idéntica adoración. Estaba claro que debía de tratarse de su novia, porque no creía haber visto nunca a nadie observarse de una forma que dejara tan claro lo que sentían el uno por el otro.

—Ella es la razón de todo esto —me susurró Lucía—. Vamos, te lo contaré de camino a casa.

La historia de Lucas y Ari parecía sacada de una película romántica. Al parecer habían sido solo amigos durante todo un curso académico. Ella pasaba por una fase en la que no quería saber nada de los tíos, y él había estado esperando el momento adecuado para decirle lo que sentía por ella. O al menos ese era su plan hasta que se habían encontrado durante el verano y la cosa se les había ido de las manos. Ari puso fin a su larga historia de malentendidos declarando su amor en mitad del bar en el que Lucas trabajaba, cantándole una canción sobre la barra y con bailecito incluido.

—Fue épico —apuntó Lucía, instalada ya en el sofá del piso que compartíamos—. Todavía se habla de ello en la facultad. Nadie ha hecho algo así por mí nunca. No me entiendas mal, Nico es un encanto, pero...

Me extrañó que Lucía se quedara sin palabras. Aunque, claro, la devoción que se profesaban Lucas y Ari desmerecía cualquier relación. Yo misma sentía cierta envidia de ellos, y eso que lo último que buscaba era liarme con nadie. Pero esa era la clase de amor que siempre había anhelado en secreto.

—No es muy romántico —continuó, tras su inesperado silencio—. Es

difícil no desear un príncipe azul cuando conoces este tipo de historias.

—Los príncipes azules están sobrevalorados —la consolé, y con ella a mí misma—, y además siempre terminan por desteñir.

Ambas nos reímos y su expresión recobró el brillo alegre que desprendía habitualmente.

—Bueno, ¿y qué me dices de Jota? —terció, cuando nuestras risas se apagaron.

Arqueé las cejas y tuve que esforzarme para no empezar a negar con la cabeza con demasiada efusividad.

—¿Que su ego no le cabe en el cuerpo? —me burlé, sabiendo que no se refería a eso.

—Eso lo sé de sobra. Pero habría que estar ciego para no ver que han saltado chispas entre los dos.

—Oh, vamos, Lucía. Solo ha sido un baile —protesté, tratando de imprimirle convicción a mis palabras.

—Estoy segura de que en algunos países es ilegal bailar así en público —añadió con sorna.

—Ya, y seguramente también lo sea ser tan imbécil como Jota. Pero estamos en España y no hay leyes para eso, por desgracia.

—Di lo que quieras. Jota no suele interesarse mucho por ninguna chica, pero temo por el día en el que alguien le atraiga de verdad.

No me gustó la mirada insinuante que me dedicó Lucía.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, digamos que es muy obstinado, cabezota, terco, tozudo, tenaz...

—Vale, vale, lo he entendido —la interrumpí.

—No, ni siquiera te haces una idea.

4

—¡Jota, necesito entrar ya! —grité una vez más desde el pasillo.

Mi compañero de piso llevaba al menos una hora metido en el baño, para que luego digan que somos las mujeres las que tardamos una eternidad en estar listas para salir. Eran casi las nueve de la mañana y yo debería estar ya de camino hacia la facultad para encontrarme con el que sería mi orientador durante el tiempo que durara mi beca. Pero Jota se había atrincherado en el baño y parecía no tener prisa alguna por dejarlo libre. Estaba segura de que lo hacía a propósito.

—¡Voy a llegar tarde, joder!

Tamborileé con los dedos sobre la madera, esperando que esta se abriera en cualquier momento. El ruido de la ducha cesó, pero tras varios minutos sin que Jota se molestara siquiera en contestarme mi paciencia se agotó.

—A la mierda —farfullé, y giré el pomo, decidida a entrar y rezando por que al menos le hubiera dado tiempo de ponerse algo de ropa encima.

En cuanto entré mis ojos se toparon con el pecho desnudo de Jota. Estaba justo al lado de la piscina que teníamos por bañera, con el pelo chorreando y la piel cubierta de gotitas de agua. Y sí, completamente desnudo. A sus labios asomó una sonrisa prepotente y no hizo ademán alguno de taparse.

—Me estaba duchando —comentó él sin dejar de sonreír, como si no fuera obvio—. Si querías verme desnudo no tenías más que decirlo.

—Llego tarde —aduje, con mucha menos convicción.

—De haberlo sabido hubiera compartido la ducha contigo. Es grande —apuntó él, disfrutando de la situación—, cabemos los dos.

Las palabras se me atascaron en la garganta y a punto estuve de atragantarme con mi propia saliva. Todo lo que podía pensar era en que resultaba imposible que un tío tuviera ese cuerpo. Ni siquiera cuando percibí que se me calentaban las mejillas aparté la vista. Ya lo había visto el primer día en boxers, pero esto iba aun más allá, mucho más allá. Solo esperaba no estar babeando.

Intenté recomponerme para no darle material con el que seguir alimentando su ya de por sí desmesurado ego. Pero a quién iba a engañar, mis ojos iban y venían perfilando las marcadas líneas de la tableta de chocolate que tenía por abdomen.

«Ilegal, seguro que es ilegal estar tan bueno», me repetía una voz en mi mente.

Jota se acercó un par de pasos y yo retrocedí hacia el lavabo en un acto reflejo. Ni que decir tiene que estaba muy bien dotado. ¡Santo Dios! ¡Me lo estaba comiendo con los ojos sin ningún tipo de pudor!

Me obligué a concentrarme en el mar azul de su mirada, que tampoco desmerecía el resto del conjunto. En el último momento fueron sus labios los que reclamaron mi atención y me descubrí imaginando cómo sería besarle. Cuando quise darme cuenta estaba sonriendo como una imbécil.

Avanzó hasta quedar tan cerca de mí que su aliento me acarició la mejilla y el borde del lavabo se me clavó en el trasero, sin darme otra opción que aguantar el tipo o salir huyendo de la habitación como una chiquilla. Tragué con dificultad.

—¿Ves algo que te guste, B? —se burló él.

—¿B? —inquirí, frunciendo el ceño y liberándome al fin de su cautivadora mirada.

—Yo soy Jota, tú eres B. J y B. En realidad es perfecto —terció él, sofocando una carcajada—. Aunque creo que tú y yo podríamos alcanzar muchos más grados que el *whisky*.

Alzó las cejas varias veces de forma insinuante. Definitivamente el ego no le cabía en el cuerpo.

—No es para tanto —mentí, porque en realidad sí que lo era. Pero antes muerta que admitir que estaba luchando por mantener las manos apartadas de su piel mojada.

—Tu expresión dice lo contrario.

Con una lentitud exasperante se inclinó hacia mí y sus labios rozaron mi cuello. Me estremecí. Creo que incluso se me encogieron los dedos de los pies. Hubiera sido un buen momento para decir algo sarcástico, cualquier cosa que le bajara un poco los humos, pero mi mente había dejado de funcionar con coherencia varios minutos atrás.

Jota alargó la mano y tomó algo que había a mi espalda. Lucía apareció en la entrada segundos antes de que él se enrollara una toalla en torno a la cintura.

—Mierda, Jota —protestó ella, tapándose los ojos con una mano—, creo que acabo de quedarme ciega.

—Suelo causar ese efecto —replicó él. Sacaba tanto pecho que parecía un pavo real.

Me dedicó una sonrisa torcida antes de darse media vuelta y salir del baño. El aire a mi alrededor se enfrió en cuanto se alejó por el pasillo, aunque yo continué bastante acalorada varios minutos más.

—No sé si quiero preguntar —comentó Lucía, que no parecía nada afectada por la escenita.

—Ni lo intentes.

—Ya, ya me parecía —contestó, riendo entre dientes—. Nico está abajo esperando con el coche, ¿quieres que te llevemos?

Negué con la cabeza mientras me cepillaba los dientes a toda prisa.

—Estoy segura de que tardaré menos en metro. —Miré el reloj y se me escapó un gemido de disgusto. Era imposible que llegara a tiempo a la cita con el orientador.

—Ya la llevo yo.

Giré la cabeza y me encontré de nuevo a Jota ya vestido. Lo cual, para qué negarlo, supuso una gran desilusión. En apenas unos minutos se había enfundado unos vaqueros negros y la cazadora con las franjas de color rojo en la manga que usaba cuando iba en moto, bajo la cual asomaba un jersey de color verde oscuro. Varios mechones de pelo, aún húmedos, le caían sobre la frente.

—Vamos, B —añadió, y me tendió un casco—. ¿No querrás llegar tarde?

Tomé el casco, sin saber si aceptaba o no su oferta, y esboqué una sonrisa falsa.

—¿B? —repuso Lucía. Se había apoyado en la pared del pasillo y nos miraba de forma alternativa, dispuesta a no perder detalle—. Mola. JB, como el whisky.

—Es Becca, no B —puntalicé, impaciente.

—Creo que prefiero llamarte B. Es una señal, ¿no te parece?

Puse los ojos en blanco y resoplé.

—Mejor ni me llames —le espeté con animosidad.

Pero él hizo caso omiso y tiró de mí por el pasillo.

—Vamos, B. Te llevo a la facultad y luego voy a permitirte que me invites a desayunar.

—Cuánta generosidad —alegué—. Si dejo que me lleves es solo porque no quiero llegar tarde a mi cita.

Abrió la puerta principal y me cedió el paso. No sabía si resultaba preocupante que se mostrara tan cortés o prefería al Jota huraño que me

había recibido a mi llegada a Madrid.

—Ya, claro. Y no tiene nada que ver con que vayas a aprovechar la excusa de la moto para agarrarte a mi escultural torso como si te fuera la vida en ello, y de paso meterme mano.

—Sigue soñando, Jota. Sigue soñando.

Diez minutos más tarde me aferraba a la cintura de Jota con tanta fuerza que no estaba segura de si le permitía respirar con normalidad. Aunque siendo sincera me importaba poco si se asfixiaba. ¡Conducía como un auténtico kamikaze! Sorteaba el denso tráfico de primera hora de la mañana zigzagueando entre los coches y creo que no había usado los frenos ni una sola vez en todo el trayecto.

Al tomar asiento tras él me había indicado que metiera las manos bajo la chaqueta para no entorpecer sus movimientos. Yo me había reído en su cara, argumentando que no pensaba tocarle ni con un palo. Él respondió encogiendo los hombros, aunque el brillo malicioso de sus ojos tenía que haberme advertido de sus intenciones. Di las gracias en silencio por que el casco y el rugido del motor acallaran los gritos que se me escapaban cada vez que pasábamos demasiado deprisa junto a algún vehículo. Ni que decir tiene que a esas alturas tenía las manos bajo la cazadora y las uñas clavadas en su firme estómago.

—¡Gilipollas! —lo increpé en cuanto nos detuvimos frente a la facultad de Biología.

Apunté a su cabeza y le lancé el casco con rabia, pero lo atrapó sin problemas y lo colgó del manillar. Un grupo de alumnos se detuvo en la entrada para observarnos. Él se limitó a quitarse su propio casco y dar varios golpecitos a la esfera de su reloj con aire satisfecho.

—Te espero aquí. Me debes un desayuno.

—Vete a la mierda, Jota —le grité, encaminándome a la puerta, sin importarme las miradas curiosas de los que serían mis compañeros de estudios durante los siguientes meses.

—No voy a ir a ningún lado hasta que llenes mi estómago, B —replicó él, también gritando—. Aunque si prefieres que echemos un polvo...

Me giré y lo fulminé con la mirada, furiosa por el descaro de su impertinencia. Me debatí entre correr hacia él y cruzarle la cara o ignorarlo y reservarme la venganza para más tarde. Al final pudo más mi responsabilidad y le di la espalda apretando los dientes. Ya me vengaría, ya, y no iba a ser agradable.

5

Al final llegué tarde, aunque por suerte el coordinador de mi beca estaba aún en su despacho y no tuvo reparos en recibirme después de que me disculpara por mi retraso. Era un hombre de unos cuarenta años con gesto amable y un serio problema de organización. En su mesa reinaba tal caos que tardó alrededor de quince minutos en encontrar mi expediente.

Charlamos durante un rato sobre las asignaturas que había escogido para el primer cuatrimestre y me dio indicaciones acerca de los profesores que las impartían, horarios y demás detalles del funcionamiento de la facultad, haciendo hincapié en que para todo lo que necesitara no tenía más que acudir a él. Abandoné su oficina algo más serena de lo que había llegado.

Al salir me topé de frente con un sonriente Lucas. Iba acompañado de la misma chica que había visto en el bar.

—Ey, Becca —me saludó con un beso en la mejilla—. Esta es Ari, mi novia. Ella es Becca, la amiga de Lucía de la que te hablé.

—Encantada —respondimos las dos al unísono, y Ari esbozó una sonrisa tímida.

—Lucas me ha dicho que vas a trabajar con él —comentó ella, y yo asentí.

—Sí, aunque me lo estoy replanteando. Creo que vivir y trabajar con Jota puede ser demasiado para mi cordura —solté sin pensar.

Ari se apoyó en Lucas y enlazó el brazo en torno a su cintura. El gesto, que podía haber resultado posesivo en cualquier otra pareja, rebotó ternura cuando Lucas le rozó el pelo con la barbilla en un acto reflejo. Su atención seguía puesta en la conversación que mantenía conmigo, pero de forma inconsciente Ari lo atraía como imán.

—Cuida bien de ella —repuso Ari, dirigiéndose a su novio—. Jota es como un grano en el culo cuando quiere, todavía me debe una.

Aquella chica ya me caía bien.

Lucas rio a carcajadas y me dio la sensación de que me perdía algún tipo de broma privada.

—Lo hemos visto fuera —añadió ella—. Me sorprende que haya salido de la cama antes del mediodía hoy que no tiene clase.

La afirmación alentó las sospechas que ya tenía acerca de las intenciones de Jota ocupando el baño justo cuando yo más lo necesitaba.

—Nos ha dicho que ibais a desayunar juntos cuando acabaras aquí —terció Lucas, señalando el fajo de papeles que llevaba en las manos—. ¿Os importa que os acompañemos? Creo que Ari se muere por un café.

En realidad yo había pensado en buscar alguna otra salida para evitar a Jota y marcharme a casa sin decirle nada. Me preguntaba cuánto tiempo permanecería allí con el culo puesto sobre el asiento de la moto y sin darse cuenta de que lo había dejado plantado.

«No pienses en su culo, no pienses en su culo», me repetí. E inmediatamente la imagen del trasero de Jota ceñido solo con unos boxers reapareció para atormentarme. ¡Qué demonios! Yo también necesitaba una buena dosis de cafeína.

—Claro que podéis venir. Aunque os confieso que mi plan era darle esquinazo a Jota —admití sin pudor mientras nos dirigíamos al exterior.

—Nadie te culparía, aún estás a tiempo —indicó Ari cuando pasamos por otra de las puertas que daban a la calle.

—No sé por qué pero creo que Jota no va a ponértelo fácil si lo que pretendes es deshacerte de él, Becca.

Ladeé la cabeza hacia Lucas, intrigada por su afirmación y esperando que añadiera alguna explicación que no llegó. Ari y él intercambiaron una mirada cómplice y antes de que pudiera preguntarle mis ojos tropezaron con los de Jota, que tal y como había imaginado estaba sentado a horcajadas sobre la moto.

En los escalones de acceso había dos chicas que babeaban por él, literalmente.

—Ya me gustaría a mí que me montara así. —Oí que le decía la rubia a la otra.

Jota frunció el ceño, contrariado, al observar que volvía acompañada y yo me alegré de haberme encontrado con la feliz pareja.

—Eh, Jota. A tu chica no le importa que vayamos con vosotros —comentó a voz en grito Lucas que, al igual que los demás, había escuchado el comentario de la chica.

La broma no pareció hacerle demasiada gracia a Jota, y aunque tampoco es que yo estuviera dando saltos de alegría por el hecho de que alguien nos relacionara como pareja, no le di mayor importancia. Sin embargo, él se bajó las gafas de sol que reposaban sobre su cabeza, visiblemente enfadado. Pasó junto a nosotros con andar decidido y se inclinó sobre la chica rubia. Tras murmurarle algo al oído, esta se puso en pie de un salto y

se colgó de su brazo, apretándose contra su cuerpo mientras ambos regresaban junto a la moto.

Antes de ponerse el casco nos miró como si hubiera recordado de pronto que estábamos allí y esbozó una sonrisa culpable que no podía haber sido más falsa.

—Creo que voy a pasar. —Fue todo lo que dijo.

La moto derrapó en el asfalto antes de enfilarse por la calle y yo estuve a punto de quitarme una de las botas y lanzársela a la cabeza. En mi vida me había sentido tan humillado, y eso que mi ex era un experto en dejarme en ridículo en público.

No me quedó más remedio que tragarme la bilis que ascendía por mi garganta y sonreír al girarme para enfrentarme a las caras perplejas de Lucas y Ari.

—¿Desayunamos? —sugerí con toda la dignidad que fui capaz de reunir que, dicho sea de paso, no fue demasiada.

Si algo tenía claro era que Jota acababa de pasar directamente de buenorro perdonavidas a rey de los gilipollas.

Lucas y Ari me caían bien. Pensaba que una vez pasado el momento de tensión se dedicarían a meterse mano el uno al otro, como esas parejas que parecen ser incapaces de quitarse las manos de encima, y yo me sentiría fuera de lugar. En cambio, ambos se habían interesado en conocerme y saber cómo había acabado en Madrid compartiendo piso con una charlatana encantadora y un ególatra declarado.

Era obvio que se adoraban. Los gestos de cariño que se prodigaban eran continuos, pero tan sutiles que no resultaba incómodo estar a su lado. Hablamos sin parar durante todo el camino y Ari y yo nos reímos más de una vez a costa del propio Lucas, que acogió nuestras burlas con fingida indignación. Estaba segura de que me iba a llevar muy bien con los dos.

—Siento lo de antes —se disculpó Lucas cuando ya estuvimos sentados en un coqueto café en la zona de Moncloa—. En el bar nos gastamos bromas todo el tiempo y Jota jamás ha reaccionado de esa forma, lo normal es que te taladre con la mirada y suelte algún taco entre dientes a la espera de poder devolvértela.

—No pasa nada —repose con sinceridad, quitándole hierro al asunto.

Lo único que había conseguido Jota era incrementar mis ansias de venganza y confirmar que era tan capullo como parecía. No pensaba permitir que ningún tío se volviera a reír de mí de esa manera.

—Creía que se tomaría la broma como un reto —insistió Lucas—. Viéndoos el otro día en el bar pensaba que él y tú...

La sangre debió de acudir a mis mejillas con tanto ímpetu que ni siquiera completó la frase, aunque el codazo de Ari seguro que también lo disuadió de continuar.

Yo negué con la cabeza.

—No, gracias. Acabo de salir de una relación... complicada, y lo menos que necesito es liarme con alguien como Jota. En realidad, no tengo intención de liarme con nadie en un futuro cercano.

Lucas le dedicó a Ari una enigmática mirada antes de hablar de nuevo.

—Eso me suena mucho.

—Cállate, Lucas —lo reprendió su novia poniendo los ojos en blanco.

Recordé entonces lo que me había contado Lucía acerca de ellos y de todo lo que habían pasado antes de acabar juntos.

La camarera apareció en ese momento y depositó frente a nosotros los cafés y varios bollitos con un aspecto delicioso. Ari se lanzó a por uno recubierto de azúcar glass y se lo tragó de dos bocados.

—Tenía hambre —se defendió cuando se percató de nuestras miradas.

—Quiero disfrutar de la experiencia de estar en un lugar en el que nadie me conoce y puedo hacer lo que me dé la gana —me sinceré, sin saber muy bien por qué le estaba contando aquello a dos personas a las que apenas conocía.

Puede que fuera parte de mi nuevo yo. La verdad es que había hablado sin pensar, pero lo que más deseaba era precisamente eso: dejar de medir mis palabras o mis actos a todas horas.

—Si lo que quieres son nuevas experiencias tengo una perfecta para ti. Mañana por la noche tenemos la reunión mensual de moteros en el bar y me vendría bien una ayuda extra —propuso mi jefe.

—¡Tienes que ir, Becca! —apuntó Ari demasiado emocionada, en mi opinión, para estar hablando de pasar horas de pie sirviendo copas y fregando vasos—. Lucas cierra el bar solo para ellos y sus fiestas son antológicas.

Eso ya me sonaba mejor. Desfasar era una de mis tareas pendientes ahora que tenía libertad para ello.

—Serán solo unas cuantas horas y pago el doble, y es probable que Lucía también vaya —tercio él. Ari entrecerró los ojos y se quedó mirándole.

—Un momento, ¿cómo es que no me has dicho nada? Yo también puedo

echarte una mano.

El rostro de Lucas palideció. Me preparé para asistir en directo a una apasionada pelea. Tomé un sorbo de café mientras esperaba la respuesta de mi jefe. Casi podía oír su cerebro trabajar a marchas forzadas.

—Estará lleno de tíos —arguyó él, y supe enseguida que la había cagado.

Miré a Ari, que debía estar pensando lo mismo que yo.

—Tíos borrachos —añadió, cavando su propia tumba.

Tosí para ocultar la risa.

—Estás celoso —afirmó Ari—. Bien, porque pienso ir con Lucía y Becca.

Juro que Lucas gimoteó al escucharla. Pero a pesar de todo enlazó los dedos con los suyos y mantuvo la boca cerrada. Chico listo.

Al terminar de desayunar era casi la hora del almuerzo. Me explicaron cómo llegar a la parada de metro más cercana y qué línea debía coger para volver a casa. Quedamos en que Ari pasaría a buscarnos a Lucía y a mí a las ocho de la tarde, ya que Lucas debía acudir antes al bar para empezar con los preparativos. Intenté no torturarme con el hecho de que Jota también estaría allí; aunque, bien pensado, tal vez fuera la ocasión perfecta para llevar a cabo mi venganza. Seguro que se me ocurriría algo.

6

Llegué a mi nuevo hogar muerta de hambre. Los pastelitos que había tomado me habían llenado en su momento, pero ahora mi estómago protestaba de forma cada vez más sonora. Permanecí durante un minuto largo frente a la puerta con la llave en la mano y rumiando la posibilidad de que Jota estuviera allí acompañado de la rubia con la que se había marchado. Pensar en encontrarlos revolcándose en su habitación disminuyó mi apetito de forma instantánea.

«¿Qué más te da con quién se acueste?», me reproché a mí misma mientras me decidía a entrar.

Solté el aire que había estado reteniendo de forma inconsciente. Jota estaba tirado sobre el sofá con los ojos cerrados y los brazos detrás de la cabeza. Las mangas de la camiseta se le ceñían a los bíceps, tensos por la postura, y en la parte interna del derecho me llamó la atención otro tatuaje que no había visto hasta ahora. Me acerqué de puntillas y me incliné sobre él. Su respiración regular me indicó que estaba dormido y no había peligro de que me pillara curioseando.

«Parte de mí», leí en una elegante caligrafía.

Fruncí el ceño al tratar de encontrarle un significado. ¿Quién era parte de él? Jota no parecía la clase de tío que se tatúa por una chica, aunque tampoco es que yo lo conociera demasiado. Tal vez en su pasado había un gran amor, uno de esos que te marcan tanto que llevarlos en la piel, a la vista de todos, no tiene importancia en comparación con la huella que dejan en tu interior.

Me puse rígida en cuanto escuché la puerta principal del piso abrirse a mi espalda. Disimulé apartándome de Jota con rapidez y fingiendo que miraba la calle desde la ventana del salón. Lo sé, no era demasiado original, pero no se me ocurrió nada mejor.

Me podía haber ahorrado la pequeña puesta en escena, porque Lucía pasó por el salón como una exhalación sin saludarme ni detenerse siquiera a cerrar del todo la puerta. La expresión congestionada de su rostro y los sollozos que escuché mientras se alejaba a la carrera por el pasillo consiguieron que me olvidara por completo de Jota y la siguiera.

—¡Espera, Lucía! ¿Qué ha pasado? —grité al ver que se encerraba en su dormitorio dando un sonoro portazo.

Jota ya estaba a mi lado cuando Nico apareció en el umbral del apartamento. No lo había vuelto a ver desde el día en que llegué a Madrid y, dado que en esa ocasión dormitaba en aquel mismo salón con un brazo sobre la cara, tardé unos instantes en relacionar a ese chico con el que tenía delante de mí. Por su gesto serio deduje que Lucía y él debían haber tenido una pelea de las gordas.

El recién llegado nos miró indeciso antes de pasar por nuestro lado en dirección a la habitación de su novia. Jota lo agarró del brazo, pero él se soltó de forma brusca y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué demonios le has hecho, Nico? —inquirió Jota con manifiesta hostilidad. O bien no había estado tan dormido como parecía o era capaz de pasar de cero a cien en menos de un segundo.

El aludido lo ignoró y se marchó por el pasillo. Jota masculló una maldición y le siguió, apretando los puños a los costados. Estaba muy cabreado. Aquello no podía acabar bien.

Nico llamó a la puerta de la habitación de Lucía.

—¡Lárgate! ¡No tengo nada más que hablar contigo! —gritó ella, provocando una nueva ronda de golpes sobre la madera por parte de su novio.

Podía oír la respiración acelerada de Jota, situado delante de mí. Parecía a punto de lanzarse sobre Nico.

—Espero que mereciera la pena acostarse con ella —prosiguió Lucía con la voz ronca por las lágrimas.

Acto seguido Jota empotró a Nico contra la pared. Con una mano sobre su cabeza y todo su cuerpo haciendo fuerza para que no se moviera, Jota tenía la vista clavada en el cuello del novio de Lucía, que se retorció para zafarse sin mucho éxito. Los músculos de mi compañero de piso se marcaban de tal manera que hubiera podido perfilarlos con el dedo a través de su ropa.

—¿Le has puesto los cuernos, cabrón? Eres un gilipollas —le gruñó. Acto seguido lo agarró del pelo y estampó su cabeza contra la pared una vez más.

Esbocé una mueca. Eso había tenido que doler.

Reaccioné justo cuando Jota se preparaba para lanzar su siguiente golpe. Nico era mucho menos corpulento que él, y si Jota le atizaba con toda su fuerza no me extrañaría que lo dejara sin sentido.

—¡Para! —le grité.

Me aferré a su brazo ya en movimiento. Instintivamente, él tiró hacia atrás y su puño pasó rozando mi sien. Palideció al darse cuenta de que había estado a punto de golpearme y soltó a Nico, que resbaló por la pared y se quedó sentado en el suelo.

Lucía abrió la puerta en ese momento y nos encontró a todos inmóviles, mirándonos en silencio.

—Te he dicho que te largues —le espetó a su novio, y se cruzó de brazos a la espera de que obedeciera.

—No es lo que crees, Lu.

—No me llames así.

Jota apartó la mirada de mí y se centró en la pareja. Puso en pie a Nico agarrándolo de la chaqueta y lo empujó en dirección al pasillo. Lucía contenía las lágrimas a duras penas.

—¿Estás bien? —le pregunté, sintiéndome estúpida porque era obvio que no lo estaba.

Ella asintió y se limpió los surcos húmedos de las mejillas.

—Solo necesito... echarme un rato y...

Fue incapaz de terminar la frase. La atraje hacia mí y la abracé, consciente de que había poco que pudiera decir para reconfortarla. Yo lo sabía mejor que nadie.

Jota reapareció solo y se quedó observándonos con los dientes apretados y una expresión severa y contenida. Si yo no hubiera estado allí, es posible que aún siguiera golpeando a Nico.

—Ya se ha ido.

Hice un gesto de asentimiento. El cuerpo de Lucía se quedó laxo entre mis brazos al escucharle. Podía imaginar lo que estaba pasando por su cabeza. Si era la mitad de ilusa que yo, seguramente se culparía por lo sucedido y además estaría lamentándose por lo rápido que Nico se había rendido. Aunque quién sabe, tal vez ella no fuera tan masoquista.

—Voy a descansar —repuso Lucía, y volvió a su habitación sin mirarnos siquiera.

Permanecí unos instantes junto a la puerta, dudando si debía entrar y hacerle compañía. No la conocía tan bien como para saber si deseaba estar sola o en realidad estaba tan avergonzada por lo sucedido que encerrarse le parecía una solución adecuada.

—No quería... —empezó a decir Jota.

Lo miré y negué con la cabeza, dándole a entender que ni siquiera había

llegado a tocarme, aunque la verdad fuera que su violenta reacción me había trastornado. Ya sabía que era arrogante y deslenguado, pero ver esa faceta suya me había puesto los pelos de punta. Demasiados recuerdos, demasiados parecidos.

Hice ademán de entrar en mi habitación.

—¿Quieres comer algo? He preparado una ensalada y algo de pollo — comentó Jota, vacilante.

En otras circunstancias me habría sorprendido que hubiera cocinado para ambos e incluso puede que le hubiera tomado el pelo al respecto. Tal vez quería compensarme por el numerito de la facultad. Me daba igual.

Le di la espalda.

—He perdido el apetito —contesté, antes de cerrar la puerta y dejarlo fuera.

Veinte minutos más tarde seguía tirada en el colchón contemplando el techo y escuchando los sollozos de Lucía en la habitación de al lado. Me levanté, salí de mi dormitorio y, tras dar dos golpes en la puerta, me metí en el suyo.

—¿Quieres hablar? —le dije, y me tumbé a su lado.

—Se ha enrollado con una tía de mi clase, una arpía a la que tendré que ver todos los días hasta que acabe el curso —soltó sin pararse a respirar. Tenía los ojos enrojecidos y chorretones de Rimmel manchándole la cara—. Es un capullo.

—Me hago una idea —repliqué—. ¿Qué vas a hacer?

En cuestión de relaciones no me quedaba casi nada por ver, no quería dar por supuesto que Lucía rompería con él. Sabía que no llevaban demasiado tiempo juntos, pero cosas más extrañas había visto, y vivido.

—Odiarle el resto de mi vida.

—Vale —acepté de buena gana. Puede que ella, con su carácter dulce e inocente, fuera más fuerte que yo—. ¿Podemos odiarlo juntas?

Esbozó una sonrisa triste y asintió con pequeños movimientos, como lo haría una niña de tres años. La rodeé con los brazos y nos tumbamos juntas sobre la cama. El resto de la tarde lo dedicamos a maldecir a los hombres en general y a Nico en particular.

7

—Debería quedarme en casa —repitió Lucía por décima vez.

Nos estábamos preparando para ir a la fiesta de moteros y ella no dejaba de decir que no era una buena idea.

—Se lo prometimos a Lucas —le recordé—, y te vendrá bien salir.

No parecía demasiado convencida, pero después de pasar las últimas veinticuatro horas encerradas en su habitación, incluso yo necesitaba un poco de aire fresco. Nos habíamos quedado dormidas en su cama, después de una sesión intensa de críticas al género masculino y algunos llantos más por su parte.

A pesar de su aspecto frágil, Lucía era una chica con las cosas claras. Había perdido la confianza en Nico y no se veía capaz de darle una segunda oportunidad. En ese aspecto se mostró tajante, de lo que no pude más que alegrarme. Yo apenas conocía a Nico y no tenía nada en contra de él, pero por lo que mi compañera me había contado sobre sus constantes coqueteos con otras chicas, era probable que no fuera la primera vez que la engañaba.

—Habrás tíos buenos —añadí con un sugerente movimiento de cejas que la hizo sonreír—. Y creo que Ari se mostraría bastante decepcionada si pierde la ocasión de incordiar a Lucas.

—Los tíos se pueden ir al infierno —replicó ella. Pero continuó pintándose los labios de rosa.

—Por eso te has puesto lo primero que has pillado en el armario, ¿no?

Lucía llevaba un vestido de color coral y fruncido en el pecho, que resaltaba su estilizada figura, y lo había acompañado con unas cuñas *nude*. Si le tocaba subirse a la barra esta noche, los moteros iban a tener una buena panorámica de sus piernas. Por mi parte, yo había optado por unos *shorts* vaqueros y una blusa sin mangas y con escote en pico. El buen clima de primeros de septiembre acompañaba, así que ni siquiera me planteaba cargar con una chaqueta.

Terminamos de maquillarnos y recogimos nuestros bolsos. Jota había estado desaparecido durante todo el día. Al levantarnos no había ni rastro de él. Lucía no le dio importancia y a mí tampoco es que me apeteciera mucho verle, por lo que no pregunté al respecto. Era consciente de que Jota se había dejado llevar por la impotencia al ver el dolor que Nico le había causado a su prima, pero además del recelo que me provocaba su visceral

comportamiento, aún le guardaba rencor por la humillación a la que me había sometido en el campus.

—Lo pasaremos bien, ya lo verás.

—Por si lo olvidabas, vamos a la fiesta a trabajar —replicó Lucía, haciendo un mohín.

—Te mantendrá ocupada.

Puso los ojos en blanco y me vi en la obligación de recordarle que si estaba metida en todo aquel jaleo de trabajar en un bar era por ella. Y eso me llevó a pensar en mi otro compañero de piso, que también estaría sirviendo copas esa noche. Con suerte pasaría la horas atendiendo a clientes y sin tener que cruzar una palabra con él.

Ari nos recogió con su coche un cuarto de hora más tarde. Puso una emisora de música rock a todo volumen y pasamos el trayecto cantando a voz en grito como si fuéramos adolescentes en un concierto. Me alegró comprobar que Lucía estaba mucho más animada que el día anterior.

Aún nos reíamos cuando traspasamos la entrada del Level. Lucas corría de un lado a otro cargado de bandejas de aperitivos, pero en cuanto se percató de la presencia de Ari su rostro se iluminó y dejó todo sobre una mesa para acudir junto a nosotras. En realidad, sería más justo decir que abandonó lo que estaba haciendo para levantar a su novia en brazos y darle un beso largo y profundo, como si llevaran siglos sin verse.

—¡Lucas, que algunas estamos de luto! —se quejó Lucía.

El aludido se demoró unos segundos más y depositó a Ari en el suelo, poniendo cara de culpabilidad. Era de suponer que ya estaba al tanto de lo sucedido entre Nico y Lucía. Avanzó hasta esta y la abrazó con cariño.

—Lo siento, Lucía. Si lo hubiera sabido...

Ella desechó sus disculpas con un gesto de la mano y una sonrisa.

—No se puede bromear con vosotros —se lamentó, poniendo los ojos en blanco, aunque había un matiz entristecido en su voz—. Bien, ¿por dónde empezamos?

Lucas estudió su vestimenta durante unos instantes y luego la mía.

—Está claro quién se subirá a la barra esta noche —apuntó, arqueando las cejas.

—¡Venga ya! Pueden hacerlo Jota o Ari.

—No, Ari no —replicó él con rapidez—. No quiero acabar la fiesta liándome a tortas con nadie.

—Eres como un chiquillo —lo acusó su novia.

Lucía y yo nos reímos entre dientes.

—¡Las bandejas no van a ir solas hasta su sitio! —gritó una voz desde el fondo del local.

Me giré y me encontré con Jota, que nos observaba con gesto contrariado, como si le molestara que estuviésemos allí.

Por mí se podía ir al infierno.

—Tienes dos brazos y dos piernas, ¿no? —le respondí también a gritos—. Pues ya sabes. Y por cierto, hola, yo también me alegro de verte.

Lucas retomó sus tareas y nosotras bajamos al sótano. Ari y Lucía me mostraron el almacén y una pequeña oficina donde dejamos nuestros bolsos.

—Lo tuyo con Jota es puro amor —se burló mi compañera de piso. Aunque el comentario me hizo reaccionar a la defensiva.

—Es un gilipollas.

—Es un buen tío, Becca —lo defendió Ari, mientras regresábamos al piso superior—. Un poco gruñón pero buen tío. Solo que hay días en los que se vuelve intratable.

«Todos, desde que he llegado», pensé para mí.

Me sorprendió que Lucía no participara en la conversación. Me había acostumbrado a escuchar sus parloteos a todas horas, pero achaqué sus *ausencias* a la reciente ruptura.

Lucas me presentó a David, otro de los camareros, y nos asignó trabajo a todos. Jota y yo nos esquivábamos sutilmente. Si él pasaba tras la barra, yo salía a arreglar las mesas. Si él seleccionaba las listas de reproducción que pincharía durante la noche, yo rellenaba los frigoríficos con bebidas. Era como si nos repeliéramos, lo cual era estúpido e infantil porque no solo trabajábamos juntos sino que además compartíamos piso.

No tuve tiempo de darle muchas vueltas al asunto. La gente comenzó a llegar y el bar se llenó de tíos y también con más chicas de las que esperaba.

—Son moteros, Becca, no los ángeles del infierno —me reprendió Ari, cuando lo comenté con ella—. Apuesto a que también creías que vendrían forrados de cuero de pies a cabeza y con barbas hasta el pecho.

—Soñaba con que vinieran vestidos de cuero —lloriqueé en respuesta—. Mira, eso sí es un verdadero motero.

Ella se puso de puntillas y localizó a un chico que se apoyaba en la barra como si fuera de su propiedad. Lo mejor de todo es que nos daba la

espalda, pero no eran sus anchos hombros lo que mirábamos. La tela de sus pantalones de cuero perfilaba al detalle los músculos de su trasero, contraídos por la postura. Me dieron ganas de acercarme hasta él y pellizcarlo para ver si no se trataba de una alucinación.

Lucía pasó por nuestro lado y lanzó un silbido al darse cuenta de lo que nos mantenía absortas y con las mandíbulas a punto de desencajarse.

—Vale, se acabó el luto —murmuró para sí misma.

El aludido pareció percibir nuestras insistentes miradas porque se dio la vuelta, pillándonos a las tres embobadas. Saludó con la mano y sonrió de forma sugerente.

—Aquí la única libre soy yo —farfullé sin apenas abrir la boca—. Ari tiene a Lucas y tú no estás en condiciones de iniciar ninguna relación.

—Pensaba que no querías líos —terció Ari, volviéndose hacia nosotras.

—No era en serio —continué con la broma—. ¿Recuerdas lo que dije de las emociones fuertes? Pues bien, ese de ahí tiene pinta de jugar duro.

Las tres reímos. Ari se dirigió a las mesas, y Lucía y yo acudimos a la llamada de Lucas, que nos reclamaba para que le ayudásemos a servir las bebidas. Mi amiga esbozó una sonrisa de muñequita perversa y se plantó delante del morenazo de culo escultural para atenderle. Los observé charlar animadamente y me alegré de haber conseguido que se distrajera.

El ambiente era inmejorable. Todo el mundo era muy amable. Iban y venían de un corrillo a otro, compartiendo anécdotas sobre excursiones o concentraciones a las que habían asistido. Algunos se iban animando a bailar mientras que otros disfrutaban del picoteo y la bebida. Tragaban alcohol como si no hubiera mañana. Serví una copa detrás de otra, solo esperaba que ninguno hubiera venido en moto.

Jota se encargaba, aparte de las labores de camarero, de poner la música. Se mantuvo en la esquina del mostrador más alejada de la puerta gran parte del tiempo, por lo que apenas me crucé con él. Pero de vez en cuando lo sorprendía observándome. Me daba la sensación de que realizaba su trabajo de forma mecánica y sin ganas. No me lo imaginaba allí todas las noches con esa pose abatida.

—¿Qué le pasa a Jota? —le pregunté a Lucas en una de las pocas ocasiones en que ambos estábamos sin hacer nada.

Mi jefe giró la cabeza para dar con mi compañero de piso.

—A veces se pone difícil, se le pasará —comentó, restándole importancia—. Pero ten paciencia con él, lo ha pasado mal.

—¿A qué te refieres?

Se revolvió el pelo con gesto nervioso, como si pensase que no debería haber dicho nada. La música aumentó de volumen y *Something for the pain*, de Bon Jovi, resonó en toda la sala. Había dos chicos subidos a las mesas y marcándose una coreografía, totalmente entregados. Los demás aplaudían y los animaban.

—Voy a intervenir antes de que arrasen el local.

Lucas salió disparado, dejando mi pregunta en el aire.

No pude evitar reírme. La verdad es que los chicos tenían talento. Si fuera él les ofrecería un puesto, estaba segura de que el bar se le llenaría de chicas todas las noches. Mi jefe los invitó a bajarse de las mesas y, aunque se resistieron a ello, terminaron por ceder. El resto de clientes les dedicó una ovación.

Mi mirada tropezó con la de Jota de nuevo. Pero esta vez no disimuló, sino que continuó observándome sin apenas parpadear hasta que la canción finalizó y Jon Bon Jovi repitió una vez más «Give me something for the pain». Entonces se concentró en el portátil, conectado al sistema de sonido, y pasó la siguiente hora ignorándome.

8

—Necesito más cervezas y ron. ¿Puedes echarle una mano a Jota? —me urgíó Lucas—. Ha bajado al almacén.

Tragué saliva al escuchar su petición.

Nunca había tenido la apariencia de chica frágil de la que gozaba Lucía y era muy capaz de cargar cajas de bebida, es más, siempre protestaba cuando algún tío se las daba de que las tías no podíamos realizar ciertos trabajos porque resultaban demasiado físicos. No tenía ningún reparo en ayudar, pero hubiera preferido no formar equipo con Jota.

—Sin problemas —acepté sin rechistar. Lo único que tenía que hacer era subir cervezas a la planta alta, ni siquiera teníamos que hablar.

Salí de detrás de la barra y atravesé el gentío que abarrotaba el local. Tuve que ir pidiendo disculpas a mi paso hasta alcanzar las escaleras. Me alegraba de no haberme enfundado un pantalón largo para trabajar porque a estas alturas habría muerto de un golpe de calor. El ambiente saturado del bar era sofocante.

La puerta del almacén estaba abierta. Jota había usado una cuña para mantenerla así, y justo en ese momento salía con dos cajas en brazos. Los bíceps se le marcaban por el peso y en cuanto me vio asomó a su rostro la misma expresión irritada que me había dedicado la primera vez que nos vimos.

Me aparté y lo dejé salir. Reprimí las ganas de ponerle la zancadilla a ver si así se le bajaban un poco los humos. Parecía una olla a presión a punto de estallar. Pasó por mi lado sin mirarme y se marchó escaleras arriba.

Dado que vivíamos juntos, no me iba a quedar más remedio que lidiar con su mal humor. Un simple «perdí los papeles» por su parte hubiera bastado. Pero ahora los dos habíamos convertido la situación en una bola de nieve que bajaba por la ladera y no cesaba de crecer a cada minuto. En algún momento nos pasaría por encima, estaba segura.

Zigzagué entre un montón de botellas y latas hasta dar con lo que buscaba. Olía a humedad y, aunque todo estaba muy limpio, no me costó imaginarme una rata del tamaño de un caniche correteando entre las cajas. Me estremecí ante la imagen. Vale que fuera estudiante de Biología y en las prácticas de Fisiología animal nos hubieran obligado a diseccionar un

ratón, pero le tenía verdadero pánico a las ratas. Era superior a mis fuerzas.

La bombilla del techo titiló y me apresuré a coger el ron y salir de allí antes de que se fundiera del todo y un roedor mutante me atacara. Pero cuando me disponía a salir Jota ocupó el umbral y se quedó allí parado.

—¿Te importa? —repuse, aunque mi tono se acercaba más a un «apártate de mi camino, imbécil».

Él no hizo ademán de moverse. Suspiré y empujé la caja que cargaba contra su pecho, pero aun así no se apartó de mi camino. La luz parpadeó de nuevo. A la mierda los buenos modales. Ejercí más presión sobre él, decidida a llevármelo por delante si era necesario.

—¡Que te quites!

Apretó tanto los dientes que escuché cómo chirriaban, pero dio un paso atrás. Apenas traspuse la puerta él accedió al almacén y se hizo con un pesado barril de cerveza. Me giré y le di un puntapié a la cuña, que voló hacia una esquina. La puerta se cerró de inmediato. Esbocé una sonrisa de satisfacción al pensar que tendría que descargar el barril para poder abrirla de nuevo.

Pero no contenta con eso, corrí al despacho y tomé una de las sillas. Volví sobre mis pasos y bloqueé el picaporte con ella.

«La venganza, querido Jota, es un plato que se sirve frío», pensé para mí.

Me hubiera sentado en la silla para ver cuánto tardaba en empezar a gritar, pero los demás sospecharían y esperaba que al menos pasara encerrado en ese lugar un buen rato. Ojalá le tuviera tanto miedo a las ratas como yo, aunque Jota parecía más de los que le darían una patada a uno de esos bichos sin muchas contemplaciones.

Una vez arriba le entregué el ron a Lucas, sin dejar de sonreír. Compuse mi mejor expresión inocente y le murmuré al oído.

—Jota está en el baño. No se encontraba bien. Ya sabes... creo que está descompuesto.

Estuve a punto de soltar una carcajada al ver su mueca de desagrado.

—Demasiada información —repuso él, y se alejó para colocar las bebidas en su sitio.

Media hora después los remordimientos ya habían hecho mella en mí. El acceso al sótano estaba reservado para empleados, por lo que por mucho que gritara Jota nadie acudiría en su ayuda. Paseé la vista por el local para comprobar que el resto del personal estaba allí. David se había hecho cargo de la música y Lucía y Ari estaban recogiendo vasos vacíos de las mesas.

Nadie lo rescataría si no bajaba y lo hacía yo misma.

—¡Voy a ver cómo está Jota! —le grité a Lucas, que servía copas con el mismo ánimo que al principio de la noche.

En mi caso la emoción de la fiesta se había esfumado gracias a la tensión existente entre mi compañero de piso y yo. No dejaba de decirme que si él quería mantener las distancias y ser un borde era cosa suya, pero la realidad era que me afectaba que me ignorase más de lo que deseaba reconocer. Mientras que Lucía y Ari habían estado bailando y disfrutando, sin desatender el trabajo, yo me había limitado a cumplir sin prestar atención a nada más.

Observé la silla con los ojos entornados. Estaba tal y como la había dejado. No se oían gritos ni ningún otro ruido. Le podía haber sucedido cualquier cosa y habría estado allí encerrado, sin posibilidad de pedir ayuda. Recé por encontrarlo sano y salvo y que la chiquillada no terminara en una desgracia.

«Inconsciente. Irresponsable», me chilló mi mente. Tuve que darle la razón.

Retiré la silla y así el pomo cada vez más inquieta. La luz estaba apagada. Mascullé una maldición y tanteé la pared en busca del interruptor.

—¿Jota?

Algo tiró de mi brazo y la puerta se cerró a mi espalda, sumiéndome en una completa oscuridad. El aroma afrutado de la colonia de Jota me llenó la nariz y sus brazos se cerraron en torno a mi pecho. Le lancé una patada a la espinilla y luché por zafarme de su agarre, pero fue inútil.

—¿Sabes una cosa? —susurró en mi oído. Su presencia, en vez de tranquilizarme, me aceleró el pulso—. No hubieras necesitado arrastrar la silla desde el despacho. El picaporte está roto y no funciona desde dentro. Es una de las razones por las que siempre colocamos la cuña cuando tenemos que entrar a por algo.

Escuché algo escarbar a mi derecha, a pocos pasos de donde nos encontrábamos, y mi corazón se volvió loco. Si no salía de allí enseguida sufriría un ataque de pánico.

—Estamos encerrados, tú y yo —subrayó él, recreándose en la situación más de lo que me hubiera gustado—. Así que dime, B, ¿a qué quieres que juguemos hasta que nos encuentren?

Empecé a hiperventilar.

—No... puedo... respirar —atiné a decir entre una bocanada y otra.

—Vas a tener que esforzarte más si quieres que te suelte.

Intenté no escuchar la risa insidiosa de Jota, que debía creer que buscaba un camino fácil para desembarazarme de él. Cerré los ojos. Incluso sin poder ver nada el gesto me permitió concentrarme en la respiración. Pero apenas si fui capaz de ralentizar los agitados estertores de mi pecho, que subía y bajaba con frenesí.

—Jota —lo llamé. Pronunciar algo más elaborado que esa única palabra se me antojaba imposible.

No sé si comprendió que algo raro estaba sucediendo o interpretó mi voz jadeante como otra cosa totalmente diferente, pero la presión de su abrazo disminuyó y al hacerlo estuve a punto de derrumbarme sobre el suelo. Las piernas no me sostenían y la sangre no dejaba de retumbarme en los oídos. Mi cuerpo se había convertido en una masa temblorosa. Nunca antes había tenido una crisis de ansiedad, pero estaba bastante segura de que sufría una.

—¿Estás bien, Becca?

Me pasó un brazo por la espalda y otro a la altura de las rodillas y me izó sin esfuerzo. Mi cabeza cayó sobre su pecho como un peso muerto, mientras mi respiración se hacía cada vez más errática.

—Mierda, B —farfulló angustiado.

Su preocupación hubiera resultado enternecedora si no fuera porque él era el culpable de que estuviera a punto de sufrir un colapso.

Se movió, conmigo en brazos, y la luz inundó la habitación.

—¡Joder! —exclamó al verme—. ¿Por qué demonios no has dicho nada?

Abrí la boca con la idea de soltar varios de los insultos que me venían a la mente, pero no salió nada.

—Respira, ¿vale? Concéntrate en mí. —Me colocó sobre una pila de cajas, apoyando mi espalda contra la pared, y me sujetó por los brazos—. ¡Mírame, Becca! ¡Mírame!

A duras penas conseguía mantener los ojos abiertos. Al ver que era imposible que alzara la cabeza por mí misma, tomó mi cara entre sus manos.

—Mírame, por favor. —Su voz se transformó en una súplica. Hice acopio de fuerzas y levanté los párpados—. Respira más despacio, puedes hacerlo.

Fácil de decir, difícil de realizar. El aire entraba a trompicones en mis pulmones y yo no ejercía el menor control sobre ellos. El sudor resbalaba

por mi espalda y el corazón no cesaba de rebotar contra mis costillas. Las náuseas de mi estómago no mejoraban en nada mi lamentable estado.

—Estoy aquí, Becca, no pasa nada —aseguró él a escasos centímetros de mi rostro.

Su aliento olía a granadina. Le había visto beber varios vasos a lo largo de la noche, aunque había creído que lo combinaba con vodka. En cambio, no había rastro de alcohol mezclado con aquel aroma.

Absorbí una nueva bocanada y el silbido de mi pecho fue perceptible incluso para él. Iba a morirme asfixiada en el sótano de un bar y eso resultaba incluso más triste que mi lamentable pasado. El terror debió imprimir su huella en mi cara porque Jota abrió mucho los ojos y su preocupación se tornó en desesperación.

Llegados a este punto yo ya estaba haciendo una revisión de mi vida. No sabía si uno podía morir de una crisis de ansiedad, pero en ese momento parecía bastante factible. Así que mientras me lamentaba por todo lo que no había podido llegar a hacer y todos los lugares que no había conocido, Jota me besó.

Tardé unos segundos en comprender lo que sucedía y para cuando lo hice sus suaves labios ya habían atrapado los míos. Su lengua pidió paso y se adentró en mi boca. No hice nada por alejarle, tampoco hubiera tenido fuerzas, y él profundizó en el beso, recorriendo y explorando cada rincón. Nuestros alientos se mezclaron y su sabor estalló en mi boca. Era dulce y cálido, exigente y tierno al mismo tiempo. Era cualquier cosa menos lo que había esperado. Y no es que hubiera imaginado cómo sería besarle... O tal vez sí.

9

Asumí que tal vez hubiera pensado en ello una o dos veces justo cuando Jota separó mis rodillas para colocarse entre mis piernas. Me separé de él para tomar aire y caí en la cuenta de que la ansiedad se había esfumado con tanta rapidez como había aparecido. Ambos jadeábamos, pero era más probable que se debiera al hecho de que habíamos pasado de besarnos a devorarnos.

Sus manos descendieron por mis costados hasta llegar a mis caderas, tan despacio que la piel comenzó a arder bajo sus palmas. Tiró de mí y me situó en el borde de la caja. Busqué su mirada y tuve que morderme el labio para no gemir al ver cómo el deseo se acumulaba en ella. Con las pupilas dilatadas por completo y el azul de sus iris oscureciéndose, sus ojos se asemejaban a una tempestad que asolaría cuanto encontrara a su paso. Es decir, a mí.

Permanecemos observándonos durante unos instantes y me dio la impresión de que ambos valorábamos cuánto sufrimiento nos costaría si nos dejábamos arrastrar por el torbellino ansioso en el que nos habíamos convertido.

No había hecho voto de castidad, al menos no de manera firme, y sabía que un rollo de una noche era algo que podía asumir. Pero no con Jota, a él tendría que cruzármelo todos los días en casa y no tenía sentido plantearme nada más serio con alguien que perdía los nervios con tanta facilidad. Eso era precisamente de lo que había acabado huyendo.

Pero cuando se cernió sobre mí y me besó de nuevo, todas las dudas desaparecieron sepultadas por el mismo frenesí con el que él mordisqueaba mi labio inferior. Rodeé su cintura con mis piernas y mis manos se colaron bajo su camiseta. Jota gimió en mi boca al percibir mis uñas clavarse en su espalda.

—Esto no puede salir bien —admití en un ronco susurro.

La confesión no pareció desanimarlo. Deslizó los labios por mi mandíbula y prosiguió besando y lamiendo la curva de mi cuello, consiguiendo que me estremeciera. El rastro abrasador que dejaba a su paso se incrementó cuando su mano apresó uno de mis pechos.

La puerta chirrió y Jota se separó de mí de un salto, como si el fuego de mi interior fuera real y temiera que las llamas lo consumieran.

Lucía nos miró alternativamente con los ojos entornados y una expresión confusa en el rostro.

—¡Oh! —exclamó tras unos segundos.

Y enseguida supe que se hacía una idea bastante aproximada de lo que acababa de interrumpir. No quería imaginar las preguntas con las que me acosaría una vez que nos quedáramos a solas.

—Puedo fingir que no os he encontrado. Si queréis... —añadió con voz sugerente, convirtiendo la escena en algo todavía más embarazoso.

Me bajé del montón de cajas y me sacudí las manos, más por nerviosismo que porque las tuviera sucias. Todavía me hormigueaban por el contacto con la piel de Jota. Era como si no hubiera dejado de acariciarlo.

Él tomó un par de botellas de ron y abandonó el almacén a grandes zancadas y sin mirar atrás. Diría que tenía casi más prisa por salir de allí que yo, que me había quedado clavada en el sitio bajo la mirada escrutadora de Lucía.

—¿Quieres hablar de esto? —me preguntó ella—. No puedo decir que no me lo esperara, pero después de ver cómo os lanzabais puñales con los ojos durante toda la noche no pensé que... bueno... ya sabes. Que os fuerais a...

Hice un gesto con la mano para detener su diatriba antes de que dijera en voz alta lo que ya sabía. Y es que parecía que, mientras nadie comentara nada al respecto, tal vez podíamos olvidarnos de lo que había sucedido. Todos menos yo, que no me creía capaz de eliminar el sabor de Jota de mi boca ni el recuerdo de sus caricias de mi mente.

—No ha pasado nada —dije, porque negarlo hacía que me sintiera mejor.

Rodeé a Lucía y me dirigí al piso superior.

Aquello no era lo que había ido a buscar a Madrid. Quería vivir nuevas experiencias, aprender a manejarme por mí misma y no depender de nadie. Disfrutar de la libertad era todo cuanto deseaba. Lo último que necesitaba era un lío con un tío inestable que lo mismo me besaba como si fuera la chica más especial que hubiera conocido jamás, que me humillaba frente a sus propios amigos o me ignoraba por completo.

No estaba preparada para iniciar una nueva relación, y cuando lo estuviera sería con alguien con el que no tuviera que andar sopesando cada palabra o cada decisión, o que hoy besara el suelo a mi paso y mañana me escupiera a la cara. Mateo, mi exnovio, había sido el tío más inseguro y

manipulador con el que me había topado en toda mi vida, y con él ya había cubierto el cupo de individuos volubles en mi historial amoroso. No tropezaría de nuevo en esa piedra.

—¿Estás bien? —inquirió Lucas en cuanto me colé detrás de la barra—. Estás un poco pálida.

—Sí, no te preocupes. Solo estoy cansada.

Lucas asintió, pero continuó observándome y, por un momento, pensé que se percataría de que mentía.

Repasó con la mirada el local y se centró en mí de nuevo.

—Puedes irte a casa si quieres, haré que Jota baile esta noche. Las moteras me lo agradecerán. —Me guiñó un ojo, y estoy segura de que el calor que sentía en las mejillas eliminó mi palidez.

—No me cabe la menor duda —farfullé por lo bajo—. No, estoy bien, puedo hacerlo.

La idea de que las chicas que habían en el bar disfrutaran del contoneo de Jota, después de que nos hubiéramos estado besando, me revolvía las tripas. Me convencí de que lo hacía por no dejar tirado a Lucas, pero en el fondo sabía que aquella noche no lo quería sobre la barra, por muy irracional que resultara ese sentimiento.

—¿Seguro? —insistió él, frunciendo el ceño.

Puse los ojos en blanco y me fui directa hacia Jota, que ya se había apropiado otra vez del equipo de sonido. Disimulé el ligero temblor de mis manos y le imprimí seguridad a mis palabras. El resultado fue casi convincente.

—Voy a subir, quiero que pinches algo en concreto —le pedí. Me negaba a jugar a la ruleta rusa con las canciones, a saber qué tema elegía sabiendo que iba a ser para mí—. *Strong enough*, de Cher.

Esa canción se había convertido en la banda sonora de mi ruptura con Mateo y siempre que la escuchaba, por muy mal que estuvieran las cosas, resultaba revitalizante, como un chute de energía directa a mis venas.

Jota enarcó las cejas pero no dijo nada. Captara o no el mensaje implícito en la letra de la canción, actuó con normalidad. Rebuscó en varias carpetas hasta asegurarse de que tenía el tema y luego hizo un gesto de asentimiento.

—Lo tengo —afirmó. No sé si se refería al tema en cuestión o estaba leyendo entre líneas, pero lo añadió a la cola de reproducción—. Es la siguiente, tienes un minuto para prepararte.

—No lo necesito —tercié con arrogancia.

Me serví dos chupitos de tequila y me los bebí de un trago, obviando el proceso de la sal y el limón. El líquido me quemó la garganta al bajar hasta el estómago. No podía dejar de pensar en si estaba haciendo aquello para demostrarme algo a mí misma o a los demás. Y en caso de que así fuera, ¿el qué?

Aparté el pensamiento a un lado y salí de detrás del mostrador. Sentía la necesidad de hacer aquello a lo grande, como una declaración de intenciones en toda regla, así que me subí a una de las mesas que había en mitad del bar en vez de optar por lo convenido.

Jota y Lucas intercambiaron una mirada perpleja pero no hicieron nada por detenerme. Los clientes se arremolinaron en torno a mí, expectantes. En realidad estaba muerta de vergüenza, pero me decía que representaba el tipo de locura que nunca antes me hubiera atrevido a hacer. Y eso era justo lo que tenía intención de remediar.

Lucía y Ari aplaudieron mi acción en cuanto la canción comenzó a sonar y yo empecé a moverme. Me sabía la letra de memoria, por lo que mientras bailaba mis labios articulaban cada palabra con fiereza. La adrenalina me empujó a buscar a Jota con la mirada y desgrané la canción, renglón a renglón, sin apartar la vista de sus ojos ni una sola vez. Y puede, solo puede, que acompasara el balanceo de mis caderas a los golpes de la batería de forma intencionada.

La expresión de su cara resultaba indescifrable. Ni siquiera estaba prestando atención al ordenador que tenía delante. Se mantuvo cruzado de brazos todo el tiempo. Solo esperaba no estar haciendo el ridículo. Aunque me daba igual.

Entorné los ojos y me dejé llevar. Abracé el dolor, el rencor y la amargura que había acumulado durante los últimos años, y decidí que nunca volvería a sufrir por nadie. No merecía la pena.

El público se deshizo en aplausos y vítores, mientras yo volvía a poner los pies en el suelo. Lucas y David me dedicaron sendos silbidos de admiración desde donde estaban, y Ari y Lucía corrieron junto a mí. Jota no se movió hasta que la ausencia de música le hizo reaccionar y tuvo que elegir un nuevo tema.

—Quiero que me enseñes a bailar así —me chilló Lucía, dando saltitos a mi alrededor—. ¡Santo Dios! ¿La has visto, Ari?

—No creo que su baile tuviera que ver nada con Dios —apuntó Ari,

también entusiasmada.

Estaba bañada en sudor y tenía la boca seca, pero me sentía tan bien que las abracé y exploté en carcajadas. Puede que al final encontrase la forma de tomar las riendas y ser feliz en mi nueva vida.

10

El resto de la noche transcurrió sin nuevos incidentes. Jota y yo nos mantuvimos convenientemente alejados. Pero mientras servía copas y atendía a los clientes detrás de la barra percibía en todo momento sus ojos clavados en mí. Las veces que cedí al impulso de mirar en su dirección lo encontré observándome. Y ni siquiera entonces apartaba la vista de mí.

La fiesta alcanzó su auge y luego emprendió el descenso decadente de este tipo de celebraciones. Demasiado alcohol, muchas risas, bailes subidos de tono y un puñado de personas que habían llegado solas pero se marchaban acompañadas. Los bailes improvisados sobre las mesas se repitieron una decena de veces, y al final Lucas desistió en sus intentos de persuadir a los atrevidos que aceptaban el reto.

Cuando apenas quedaban un par de grupos de regazados me escabullí al sótano y me dejé caer en la silla del despacho. La noche había sido más larga y complicada de lo que me había imaginado. No había parado ni un segundo, pero ni eso ni mi ataque de ansiedad eran lo que más exhausta me había dejado. Jota me llevaba al límite. Sacaba lo peor de mí, mi lado más insidioso. Esa parte rebelde que hacía mucho que había quedado arrinconada en favor de una Rebecca mucho más sensata y contenida y, por qué no admitirlo, también más infeliz.

Todavía podía saborear los besos de Jota y notaba la piel caliente por sus caricias. A pesar del tiempo transcurrido desde nuestro encuentro fortuito en el almacén, mi pulso continuaba acelerado. Me acomodé en la butaca y me prometí a mí misma que solo descansaría cinco minutos, pero en cuanto apoyé la cabeza en el respaldo caí rendida por el sueño.

No sé cuánto tiempo pasé dormida, pero la voz de Lucía me trajo poco a poco de vuelta.

—Becca te interesa, ¿no es así?

Entreabrí los ojos lo suficiente para ver que Lucía, apoyada en la puerta, hablaba con Jota. Este se había sentado en la desvencijada mesa que hacía las veces de escritorio, por lo que me era imposible verle la cara.

No me atreví a respirar, a la espera de que Jota contestara a la pregunta. Por desgracia, la respuesta me interesaba más de lo que estaba dispuesta a admitir delante de nadie.

«Nada de problemas. Nada de líos, Becca», me repetí una y otra vez,

mientras el silencio llenaba la reducida salita.

—¿Y qué si es así? —repuso Jota de mala gana.

No era un sí, pero tampoco un no. Hubiera sido demasiado sencillo.

Él levantó las manos por detrás de la cabeza y tiró del cuello de la camiseta que llevaba puesta, dejando expuesta la musculosa espalda en la que horas antes yo había clavado mis uñas. Luché con mi respiración al ser consciente de que mis dedos se habían paseado por su cuerpo y de lo mucho que me excitaba pensar en ello.

—¿No te parece que ya soy mayorcito para tener que rendirte cuentas? —se quejó Jota. Hizo un ovillo con la tela y lo lanzó sobre su mochila.

—Es nuestra compañera de piso, y me cae bien —terció Lucía, con tono reprobatorio—. Y si te soy sincera, estoy sorprendida. No te habías vuelto a interesar por nadie desde...

—¿Desde qué? —la interrumpió él, poniéndose en pie de repente, como si le inquietara el rumbo que estaba tomando la conversación.

Lucía suspiró y su ceño se suavizó, adoptando un gesto mucho más comprensivo.

—Desde Alba. Eso es lo que iba a decir.

Estaba segura de que no era eso en lo que pensaba Lucía.

Jota debió tener la misma sensación que yo porque apartó la vista de ella y se agachó junto a la mochila para sacar otra camiseta. Me dieron ganas de toser para disipar la tensión que se acumulaba entre aquellas cuatro paredes, pero algo me decía que eso no haría más que empeorar la situación.

—Becca no es como Alba. Cuando estabas con ella solo os divertíais.

—Esto no tiene nada que ver con ninguna chica —se defendió Jota, una vez que se hubo vestido de nuevo.

—Eso es lo que más me preocupa, Jamie. —Estuve a punto de delatarme cuando escuché el nombre real de Jota. No podía creer que se llamara James—. Becca no parece haberlo pasado bien con los tíos. Yo hablo por los codos, lo sé, pero ella no cuenta absolutamente nada de su pasado. ¿Crees que es normal que ni siquiera me haya dicho si tiene novio?

—¿Lo tiene? —gruñó él, y el interés con el que formuló la pregunta casi consiguió que rompiera a reír.

—No tengo ni idea. ¡Eso es lo que trato de decirte!

—Pregúntaselo. Quiero saberlo.

Se dio la vuelta y se inclinó sobre la mesa. Cerré del todo los ojos,

rezando para que no me pillaran. Durante varios segundos ninguno de los dos dijo nada. No sabía qué estaba pasando, pero podía percibir la mirada de Jota sobre mí.

—Es una auténtica preciosidad —murmuró, tan bajito que puede que Lucía no lo hubiera escuchado— y una tocapelotas.

—¿Qué? —inquirió Lucía.

—Que me gusta —aseguró él—. Más de lo que debería y muchísimo más de lo que le conviene.

Los tacones de Lucía repiquetearon en el suelo, alejándose de mí y seguidos de otros pasos más firmes y pesados.

—Vas a meter la pata con ella, ¿no es así? —Oí que le preguntaba.

—Hasta el fondo, primita. Hasta el fondo.

Me mantuve inmóvil hasta varios minutos después de que abandonaran el piso inferior, dándole vueltas a la conversación. Solo pude extraer dos conclusiones. La primera era que le gustaba a Jota. Vale que resultaba bastante obvia, teniendo en cuenta que me había metido la lengua hasta la garganta, pero al menos ahora sabía que no se había debido a la tensión del momento.

La segunda era que Lucía no estaba demasiado conforme con dicha atracción, y que su propia prima no se fiara de sus intenciones no decía mucho en su favor. Me intrigaba qué habría oculto en el pasado de Jota para que todos a su alrededor mostraran tanto tacto al tratar con él. No olvidaba el tatuaje que lucía en el brazo ni tampoco el comentario de Lucas. Tendría que acorralar a mi compañera de piso en busca de respuestas.

Pero lo más preocupante, sin duda, era que Jota parecía haberse tomado nuestro singular tira y afloja como un reto, y por lo poco que lo conocía eso eran muy malas noticias para mi recién adquirida paz mental.

Esperé diez minutos más y cogí mi bolso. Los de Ari y Lucía habían desaparecido, por lo que supuse que Lucas habría dado por terminada la jornada laboral. Ascendí por las escaleras sin dejar de preguntarme cuál sería la actitud de Jota a partir de ahora y, lo más importante, cómo reaccionaría yo ante él. Jota era la clase de tío que atraía miradas allá donde iba, incluso cuando se volvía huraño y se aislaba de los demás, como si quisiera alejarse de todos pero el mundo corriera más que él. Era difícil no desear irrumpir en ese espacio privado y eliminar las numerosas capas que recubrían su personalidad para descubrir qué había en el interior.

Pero también había que estar ciega para no ver el neón luminoso que indicaba *problemas* a kilómetros de distancia. Y los problemas con tíos inestables eran justo lo que trataba de evitar a toda costa.

Me encontré el bar limpio y ordenado, sin muestra alguna de la fiesta que habíamos celebrado. Las sillas habían sido recogidas y colocadas sobre las mesas y los taburetes también estaban encima de la barra. A través de los altavoces, el vocalista de los The Goo Goo Dolls desgranaba la letra de *Here is gone*, y alegaba que no era él al que debía temer, que no era quien me había roto.

David tarareaba la canción siguiendo el ritmo de la música mientras barría el suelo. No había rastro de Lucía, Jota o el resto. Esperaba que no se hubieran marchado sin mí.

—Curiosa elección —comenté, y David se giró en mi dirección con una sonrisa cansada en los labios.

—Me quedaré dormido antes de terminar si Jota sigue poniendo estos temas rollazo —se burló él. Agarró la escoba y enderezó la espalda, para a continuación alzar la barbilla y adoptar una expresión de superioridad mientras simulaba que bailaba un vals.

—Para no gustarte te la sabes bastante bien —le reproché, riendo sus payasadas.

—Prueba a limpiar este bar durante una hora con la maldita canción en modo repetición y me lo cuentas luego.

—Eres incapaz de apreciar la música —se quejó Jota, asomando por detrás de la barra—. ¿Te has molestado en escuchar el mensaje de las canciones que tanto te gustan? ¡Ah, no! Perdona —repuso con fingida culpabilidad—, que la mierda que escuchas ni siquiera tiene letra.

Solté una risita nerviosa al comprender que Jota había elegido esa canción en concreto entre las miles de ellas que almacenaba en su portátil. Y no solo eso, sino que había obligado a David a escucharla una y otra vez mientras adecentaban el local, aunque el sufrimiento de este solo fuera un daño colateral.

—Al menos se puede bailar —se defendió David—, y es de lo que se trata, ¿no?

—No tienes la más mínima idea, ignorante. La música es mucho más que eso. Podrías ponerle banda sonora a tu vida a base de ritmos, letras y *singles* —apuntó Jota, y sus palabras se impregnaron de pasión.

Me pregunté qué canciones contendría dicha banda sonora en su caso.

David se alzó de hombros y lo miró como si estuviera hablándole en otro idioma. Terminó de barrer y se metió tras la barra en busca de una botella de agua.

—¡Joder! Es como predicarle a un converso.

Se volvió hacia mí y esbozó una sonrisa ladeada que me hizo pensar en otro tipo de ritmos mucho más sensuales y de preferencia en posición horizontal. Aparté la mirada porque estaba segura de que mis mejillas habían enrojecido. ¿Desde cuándo un chico hacía que me ruborizara solo con mirarme?

—Vamos, B. Te llevo a casa.

—¿Y los demás? ¿Lucía se ha ido sin mí?

—¿Tienes miedo de volver a montar conmigo? —se burló él, y me dio la sensación de que había escogido las palabras de forma deliberada—. En moto, quiero decir.

«No muerdas el anzuelo», me dije, consciente de que me estaba desafiando.

—Creo que cogeré un taxi.

Enarcó las cejas, divertido por mi indecisión, y se cruzó de brazos a la vez que esbozaba una sonrisa de suficiencia.

—Prometo no ir demasiado deprisa para ti —aseguró, y de nuevo no supe dilucidar si solo hablaba de la velocidad suicida a la que conducía o estaba adquiriendo otro tipo de compromiso.

11

Antes de poner el motor en marcha, en un arranque de caballerosidad, Jota me había cedido su cazadora de cuero, no sin dedicarme una larga mirada de pies a cabeza.

—Póntela, ¿quieres? No me gustaría llegar a casa y comprobar que te has convertido en un cubito de hielo.

—No hace frío —protesté, solo por llevarle la contraria.

—Solo es una chaqueta, B, no un anillo.

Se la arrebaté y me la puse. Conservaba el calor de su cuerpo y olía tanto a él que fue como si me hundiera de nuevo en su pecho.

Cumplió su promesa y esta vez convirtió nuestro viaje en un agradable paseo, aunque yo no dudé en anclarme a su cintura por si decidía jugármela de nuevo. Pero Jota no parecía tener ninguna prisa por llegar.

Dejamos atrás el Parque del Retiro y cuando giró hacia el sur fruncí el ceño. No había necesidad de tomar ninguna ruta alternativa, a esas horas de la madrugada las calles estaban prácticamente desiertas.

—¿A dónde vas? —le grité a través del casco, cuando me quedó claro que no se dirigía al apartamento que compartíamos.

—A dar una vuelta —respondió, evasivo.

Debería haber imaginado que acabaría metida en algún lío en cuanto se ofreció a acercarme. No podía creer que hubiera caído otra vez en su trampa. Mascullé una maldición y me tragué los insultos que me venían a la mente a la espera de que estuviera sana y salva y con los pies en tierra firme.

Pocos minutos después me era imposible ubicarme. Nunca antes había estado en Madrid y, aunque me defendía con el plano del metro en la mano, callejear por aquella ciudad era harina de otro costal. No tenía ni la más remota idea de a dónde me estaba llevando.

Mi enfado no hizo más que aumentar al contemplar el acceso del parque frente al que detuvo la moto.

—¿Bromeas? —inquirí, sin hacer ademán de descender del asiento—. No soy una quinceañera a la que puedas meterle mano de madrugada en el banco de un jardín.

Jota se quitó el casco y se volvió con un brillo travieso en los ojos.

—No es un jardín. Tiene una de las mejores vistas de toda la ciudad, y

no te he traído aquí para enrollarme contigo.

No sabría decir si su afirmación me decepcionaba o no. Estar a su lado era como sentarse sobre una bomba de relojería y rezar para que el mecanismo de ignición no cumpliera su función. Pero lo peor era que me intrigaba su forma de actuar y no podía evitar sentirme atraída hacia él como si fuera imán y yo un trozo de metal. Al menos por ahora me mostraba su cara más amable.

«Y por ahí se va mi propósito de mantenerme al margen de los problemas», reflexioné, aceptando la mano que me tendía.

El camino estaba bordeado de árboles y una fila de farolas, y discurría entre pequeñas colinas. Conté al menos siete promontorios. No entendía de qué vistas hablaba Jota, si apenas alcanzaba a ver los edificios cercanos. Cuando me obligó a ascender por una de las laderas estuve a punto de dar media vuelta y volver a casa por mis propios medios.

Pero una vez arriba el paisaje me dejó sin aliento.

—No es uno de los sitios más turísticos, incluso hay muchos madrileños que desconocen que existe —murmuró en voz baja—. Pero no encontrarás un sitio mejor para creer que todo es posible.

Comprendí a la perfección lo que intentaba transmitirme.

La ciudad se extendía a nuestros pies, totalmente iluminada, como un manto resplandeciente. Se divisaba El Retiro, el famoso pirulí entre las torres Kio e incluso una estación de tren que supuse era Atocha. Por un momento me dio la sensación de que habíamos alcanzado el Olimpo griego y el mundo solo era un patio de recreo en el que jugar con el destino de unos pocos humanos.

Me dejé caer sobre la capa de hierba que tapizaba el suelo y Jota se sentó a mi lado. Sentí la humedad traspasar la tela del pantalón vaquero que llevaba puesto, pero no me importó. Estaba demasiado impresionada para protestar.

—¿Dónde estamos? —lo interrogué, absorta en el paisaje.

—En el parque de las siete tetas —afirmó él, soltando una carcajada—. El Cerro del Tío Pío —añadió, al ver mi expresión perpleja—. Pero es más conocido por el primer nombre. ¿Ves la suave curva de cada una de las colinas?

Dibujó en el aire la forma del montículo que quedaba a nuestra derecha y mi mente correspondió a la sensualidad de su gesto aumentando la temperatura de mi cuerpo. En ese momento, haberme puesto la cazadora de

Jota ya no me parecía tan buena idea. No importaba cuán despreocupado se mostrara, desprendía magnetismo con cada uno de sus movimientos. Agradecí el tacto fresco del césped bajo mis piernas.

—Sí —acerté a decir, aunque todo lo que veía en aquel instante era a él.

Exhibía una sonrisa sincera y era obvio que el lugar le resultaba reconfortante, como el que regresa a casa después de mucho tiempo y todo está diferente pero a la vez nada ha cambiado. Nos quedamos callados, el uno junto al otro, deleitándonos con el silencio y la tranquilidad que nos envolvía. En ocasiones alguno de los dos se movía y su muslo rozaba el mío, y siempre que eso ocurría un escalofrío descendía desde mi nuca hasta la parte baja de mi espalda.

Jota me rodeó con el brazo y me atrajo con delicadeza hacia él, como si temiera que fuera a rechazarlo. No opuse resistencia. Ahora sí, decidí, aquel lugar era perfecto.

Al regresar junto a la moto un ciclón de emociones empañaba su mirada. Parecía mantener una agitada lucha interna y yo era incapaz de adivinar cuál era el motivo de tan encarnizada batalla. Había demasiado de él que desconocía, y tenía el presentimiento de que apenas había empezado a arañar la superficie. Porque estaba muy claro que había más, mucho más, escondido tras la fachada de chico arrogante y en guerra perpetua con el resto del mundo.

Salvo el abrazo que nos había mantenido unidos mientras contemplábamos la singular estampa nocturna de Madrid, no había intentado nada más. No me había avasallado con su presencia, como en otras ocasiones, ni invadido mi espacio vital. Lo que era toda una novedad. Con el motor rugiendo bajo mi cuerpo y mi pecho reposando contra su espalda, no podía hacer otra cosa que especular sobre su aparente cambio de actitud y preguntarme qué se proponía con esta nueva estrategia. ¿Cuánto del verdadero Jota había en el chico que me había llevado hasta aquel parque y cuánto en el que miraba a su alrededor con una eterna mueca de disgusto?

—Gracias por el paseo —comenté al entrar en el portal, precediéndole.

Me abracé al casco que llevaba entre las manos, nerviosa por su prolongado silencio. Aún vestía su cazadora, que me quedaba varias tallas grande, y el tacto del cuero impregnado de su aroma aturdió mis sentidos cuando ambos accedimos al ascensor. Él asintió y sonrió, pero la alegría no se reflejó en sus ojos. Se concentró en los indicadores luminosos que

informaban en qué planta nos encontrábamos y yo hice lo mismo. De pronto, el momento de intimidad compartido apenas una hora antes parecía alzarse entre nosotros como una barrera imposible de salvar.

—¿Estás bien? —le pregunté, porque su cara había adquirido un tono pálido enfermizo. Si no estuviera segura de que no había bebido nada en el bar, hubiera apostado por que estaba en la fase de bajón en la que las opciones se reducían a dormir la mona o vomitar.

—¿Sabes esos momentos en los que deseas algo con todas tus fuerzas pero eres consciente de que vas a cagarla? —replicó él sin mirarme—. Tu mente te dice que continúes adelante, como has hecho siempre, pero el resto de tu cuerpo se niega a ello.

No supe qué contestarle. El ascensor parecía haberse detenido y yo lo único que quería era que las puertas se abrieran de una vez antes de que las cosas se pusieran más intensas. Me apreté contra una de las esquinas y murmuré algo ininteligible para que supiera que le estaba escuchando.

No me gustaba el rumbo que estaba tomando la situación. Al margen del paréntesis en el pulso constante que manteníamos desde que nos habíamos conocido, yo creía seguir teniendo claro lo que me convenía. Hubiera firmado en ese mismo instante por una aventura de una noche con algún tipo guapo y amable, algo que devolviera mi corazón a la vida, que me mostrara que los *para siempre* no existen pero los *aquí y ahora* no están tan mal. Porque seguir esperando el amor perfecto me resultaba pueril y ya había descubierto que la ingenuidad solo se traduce en dolor y heridas que nunca terminan de cicatrizar.

Pero con Jota la posibilidad de una sola noche no tenía cabida. Vivíamos, trabajábamos y estudiábamos juntos, y ambos poseíamos suficiente carácter como para abocar cualquier intento de acercamiento a un estrepitoso fracaso.

No quería pensar en la charla que había escuchado a hurtadillas ni en la atracción que despertaba mi compañero de piso en mí. No sé si se trataba de sensatez o de cobardía, pero era cuanto tenía y pensaba agarrarme a esa resolución con todas mis fuerzas. Y aun así deseaba descubrir qué era lo que escondía Jota, tal vez porque suavizar su sufrimiento fuera una manera de exorcizar mis propios demonios.

Reconocí la montaña rusa de mis emociones como a una vieja amiga. A veces pecaba de veleta, era algo que no podía negar. Podía tomar una decisión y a los dos segundos plantearme de nuevo si era la más adecuada.

Me dieron ganas de golpearme contra la pared a ver si así la parte inquisitiva de mi cerebro se tomaba unas vacaciones.

La presencia de Lucía en el salón me salvó de afrontar una despedida incómoda. Estaba sentada en el sofá, en pijama, delante de una bolsa de churros y un vaso de chocolate humeante. Jota musitó un *buenas noches* y se perdió en la oscuridad del pasillo, directo a su habitación. Fue como contemplar alejarse a un fantasma.

12

—¿Quiero preguntar? —inquirió Lucía—. Querer, quiero. Pero no sé si debo. Parece que vinierais de enterrar un cadáver.

»Toma —prosiguió. Me tendió un churro y me cedió su lugar en el sofá, chocolate incluido—. Lo necesitas más que yo.

Le agradecí el gesto y me acomodé a su lado. Compartimos el delicioso tentempié, que a mí me supo a gloria, y aunque era obvio que Lucía se moría de ganas de interrogarme no me hizo una sola pregunta. Puede que sí que llegara a ser una excelente terapeuta, porque yo tenía más ganas que nunca de contárselo todo.

—Creo que Jota me gusta —admití, y me sentí como si hubiera regresado a la época del colegio y le confesara a mi compañera de pupitre que estaba loca por uno de los niños de la clase.

—Doy por supuesto que no te enrollas con tíos que no te atraen —repuso ella, recordándome el embarazoso momento del almacén—. No es eso lo que te preocupa.

Un punto más en su carrera como psicóloga.

—Mi ex era un imbécil. —Ella asintió. No le debía estar contando nada que no intuyera—. Un gilipollas, más bien. Celoso, controlador y extremadamente manipulador. Jugaba con mis emociones y con el amor incondicional que yo creía sentir por él. Y digo *creía* porque ya no estoy tan segura de que fuera eso lo que sentía.

»Y en ocasiones se ponía violento —me empujé a decir.

Lucía abrió los ojos como platos y tragó saliva de forma tan forzada que hasta yo me di cuenta.

—¿Te pegaba? —articuló con esfuerzo, luchando por mantener la calma. Yo me apresuré a negar.

—No. Pero más de una vez se enzarzó en peleas con cualquiera que me pusiera los ojos encima. En una ocasión se le fue de las manos, me metí en medio para separarlo y terminé con un bonito cardenal en el pómulo —bromeé sin ganas, quitándole importancia al asunto—. Estuvimos dejándolo y volviendo mucho tiempo. Me engañaba y volvía rogando perdón, jurando que no volvería a pasar.

Mi amiga me escuchaba sin parpadear. Me alegró que no me interrumpiera, porque estaba segura de que si lo hacía no podría continuar.

No le había contado la historia completa a casi nadie, salvo a su propia prima, Clara, y me sentía una imbécil recordando las cosas que había soportado hasta que salí del círculo vicioso de aquella relación tóxica. Y aunque lo hubiera conseguido, ahora sabía que huir a Madrid había sido una forma de asegurarme de que el ciclo no comenzaba de nuevo.

Lucía enlazó su brazo con el mío y tiró de mí. Ambas caímos sobre el respaldo del sofá. Me tapó con la manta que cubría sus piernas y me pasó el vaso que tenía en la mano. Le di un sorbo y la dulzura del líquido disipó en parte la amargura que la confesión había dejado en mi boca.

—Lo peor de todo es que deseo seguir creyendo en el amor, quiero pensar que hay un tío increíble que aparecerá en algún momento y me suplicará que pase el resto de mis días a su lado.

—Te has dejado lo del caballo blanco —apuntó ella, arrancándome una sonrisa.

—Soy una idiota, ¿no es así?

Me sentía como tal. A ella acababan de ponerle los cuernos y era yo la que andaba lloriqueando por algo que debería haber superado hacía tiempo.

—No eres la única que sueña con una historia de amor legendaria que poder contar a los nietos pero tiene demasiado miedo a que vuelvan a hacerle daño.

Le apreté la mano y me quedé con la vista clavada en el techo, aunque ni siquiera lo estaba viendo en realidad.

—Pero dime, ¿tanto te gusta Jota? Ya he notado que saltan chispas cada vez que os miráis, pero no pensé que la cosa hubiera llegado tan lejos en tan poco tiempo.

—Jota es muy complejo —repliqué, y me dedicó una sonrisita maliciosa que indicaba que eso lo sabía de sobra—. La atracción está ahí. Me liaría con él, tendría una noche loca, sí. Pero...

—Pero no quieres que vaya más allá. Compartís piso, trabajo... No puedes salir huyendo a la mañana siguiente y no crees que pueda haber un final feliz —concluyó ella por mí. Y tuve que aceptar que sabía escuchar—. Pues lo tienes jodido, porque hace mucho que no se interesa por alguien y pondría la mano en el fuego por que tú le interesas, y mucho.

—Es demasiado temperamental y voluble. Me recuerda a Mateo —confesé, porque eso era precisamente lo que había estado tratando de negarme a mí misma—. Y no quiero a nadie que se parezca a él cerca de mí.

Lucía se inclinó sobre la mesa de centro y depositó el vaso vacío sobre ella. Se giró hacia mí para mirarme a los ojos. Me quedé esperando a que dijera lo que fuera a decir. Tardó unos instantes más en arrancar a hablar.

—Jota no es malo, Becca. Le han pasado cosas. —Se mordió el labio, dudando si proseguir, y mi curiosidad aumentó de forma exponencial—. Concédeme el beneficio de la duda. Yo misma le estrangularía a veces, pero dale tiempo. No te pido que tengas nada con él, no me entiendas mal —se apresuró a decir—. Solo quiero que le permitas ser tu amigo. Parece que contigo está deseando abrirse como no lo ha hecho con ninguno de nosotros, y bien que lo hemos intentado.

—¿Qué le pasó? —me atreví a preguntar.

Pero ella negó con la cabeza y apartó la mirada. Atrapó un fragmento de lana de la manta que se había deshilachado y jugueteó con él.

—No le gusta que hablemos de ello a sus espaldas.

No quise presionarla, ni siquiera parecía predispuesta a hablar de ello y juraría que sus ojos se habían humedecido.

Me acerqué y le di un beso en la mejilla. Todo lo que deseaba era tumbarme en la cama y caer en brazos de la dulce anestesia de la inconsciencia, donde no había que pensar ni sufrir.

—Perdimos a alguien —soltó a bocajarro, cuando ya me había levantado para marcharme a mi dormitorio—. Pero, por favor, no le digas que te he dicho nada.

Me limité a hacer un gesto con la cabeza. Y tras darme un abrazo rápido, fue ella quien abandonó de forma precipitada el salón. No pasé por alto que había usado el plural. Di por sentado que la pérdida debía haber sido dolorosa para ambos. Por algún motivo, Lucía conservaba la inocente alegría que la caracterizaba, algo que no se podía aplicar a Jota.

Me detuve delante de mi dormitorio. Lucía ya se había encerrado en el suyo y la puerta del de Jota también estaba cerrada, aunque una fina rendija de luz iluminaba el suelo delante de esta. El murmullo de la música llegó a mis oídos y me pregunté qué canción habría elegido Jota para este momento. Sintiendo vergüenza de mí misma, apoyé la oreja en la puerta y escuché. Reconocí la canción enseguida, un tema de *Secondhand Serenade*, *Suppose*. Dejé mi frente reposar contra la madera, abatida. Era tan triste que se me encogió el corazón y deseé tener suficiente valor para entrar en la habitación y abrazar a Jota.

Sin embargo, me metí en mi habitación arrastrando los pies y pasé las

dos horas siguientes escuchando la misma canción a través de la pared, hasta que el sueño se dignó a regalarme un poco de paz.

13

Las siguientes semanas las viví en una especie de calma tensa que amenazaba con desatar una tormenta en cualquier momento. Por un lado, la relación entre Jota y yo se volvió algo más cordial. Seguíamos con nuestras pequeñas disputas, aunque creo que ambos disfrutábamos de ellas. Pero además Jota me sorprendió en otras tantas ocasiones con detalles inesperados, que contradecían la idea de que lo que quiera que había pasado entre nosotros la noche de la fiesta motera se había diluido hasta desaparecer.

Una mañana después de salir de la ducha y vestirme, me dirigí a la cocina para preparar un café antes de ir a clase. Lucía seguía durmiendo porque no tenía que ir a la facultad hasta segunda hora y de Jota no había ni rastro. No obstante, me encontré con un completo desayuno sobre la encimera. Había una bandeja con zumo de naranja, café recién hecho, un par de bollitos rellenos de chocolate (mis preferidos) y unas tostadas que todavía estaban calientes. A su lado descubrí un papel doblado por la mitad.

Como sueles levantarte tarde y sales corriendo sin comer nada, he pensado que hoy que tienes prácticas de Genética hasta tarde te vendría bien algo más que un simple café.

J.

Un poco más abajo y en una caligrafía más apretada, como si lo hubiera añadido más tarde, había escrito: *Lu, si eres tú la que lees esto: ¡aparta tus manos de los bollos! Son para B. Y sí, yo también te quiero, primita.*

Mi vista fue de la nota a la bandeja de forma alternativa, mientras una sonrisa se extendía por mi cara. Una sonrisa tonta, una de esas que alcanzan las orejas y acaban con dolor de mandíbula cuando las sostienes durante mucho rato, que era exactamente lo que me estaba pasando a mí.

Ese día empezaba con clases a las nueve de la mañana y no iba a abandonar la facultad hasta las ocho de la noche ya que, tal y como rezaba la nota de Jota, por la tarde cambiaba el aula por el laboratorio. El gesto me conmovió. No compartía esa asignatura con él, por lo que debía haber consultado mis horarios para estar al tanto de mi maratoniana jornada.

La realidad era que no sabía muy bien a qué atenerme. Había días en los que apenas nos dirigíamos la palabra y otros en los que nos sentábamos

juntos a comer y el almuerzo transcurría de forma tan agradable que nos veíamos obligados a salir corriendo para no llegar tarde a clase. Parecía que Jota me permitiera atravesar sus defensas para luego atrincherarse de nuevo tras una muralla aún más fortificada que la anterior.

A veces lo pillaba observándome en silencio, e incluso en una aburrida tarde de domingo en la que nos sentamos a ver una película en el salón, junto con Lucía, estoy segura de que no llegó a enterarse del todo del argumento de la misma.

Lo más complicado de la situación era que a mí se me aflojaban las rodillas cuando él me llevaba en moto a la universidad y me era imposible no quedarme mirando sus labios cuando me hablaba. No podía borrar de mi mente sus besos ni las caricias que había repartido por mi cuerpo aquella noche.

No sentía que estuviera disfrutando de la libertad que tanto había abanderado ante Lucía, ni estaba actuando como deseaba. De nuevo había condicionado mis propios deseos a las circunstancias. No era yo. Estaba tan perdida como en mi vida anterior, dejando que el tiempo resbalara entre mis dedos y un día me llevara al siguiente.

«¿Sensata o cobarde?», me pregunté por enésima vez, sin encontrar respuesta.

Lucía y yo no volvimos a hablar de *su* pérdida. Ella no sacó el tema y yo no me atreví a hurgar más en una herida que parecía demasiado dolorosa.

Alguien llamó a la puerta del baño, arrancándome de golpe del estado catatónico en el que me había sumido. Era viernes y esa noche me tocaba trabajar. En algún momento había terminado de maquillarme y me había quedado mirándome al espejo, con la mente a miles de kilómetros de allí.

—¡Sal de una vez, Becca! —me gritó Lucía desde el exterior—. Ni que estuvieras rehabilitando la Capilla Sixtina.

Terminé de pintarme los labios con un tono cereza que hacía siglos que no usaba y devolví la barra al interior del cajón que me habían asignado. Abrí y salí al pasillo de un salto, esperando encontrarme con Lucía y reprocharle su insinuación de que mi cara necesitaba una restauración. Aunque la realidad fuera que me veía obligada a camuflar las ojeras, producto del inoportuno insomnio que sufría.

Me estampé contra el pecho de Jota. Iba sin camiseta pero tenía la piel caliente. Mis manos reposaban en mitad de su pecho y, aunque inicialmente percibí sus músculos tensarse, se repuso enseguida y en sus

ojos asomó una mirada traviesa. Debía tener un buen día.

Sus dedos se clavaron en mis caderas y eliminó el escaso espacio entre nuestros cuerpos.

—Ya sabía yo que te morías por lanzarte en mis brazos, B. Tenemos tiempo para uno rapidito antes de ir a trabajar —comentó, con un tono de voz más ronco de lo normal, y mis pulsaciones se dispararon.

—No tendría ni para empezar —objeté, sin pensar en lo que decía.

—Déjame que lo dude —terció él. Incluyó la cabeza y acarició con la nariz la curva de mi cuello, desde la clavícula hasta el hueco tras la oreja. Pasaron unos segundos hasta que murmuró en mi oído—: Cuando quieras te lo demuestro.

No estaba bromeando. Sus palabras sonaron tan desafiantes que por un momento pensé que iba a alzarme en vilo y llevarme hasta su cama. Y el pensamiento no hizo más que incrementar la excitación que me provocaba tenerlo tan cerca.

Por el rabillo del ojo vi a Lucía asomarse desde el interior de su habitación. No creía que hubiera escuchado la última parte de nuestra conversación, pero podía imaginar que la escena era lo suficientemente reveladora para que dudara de si debía o no interrumpirla.

Ordené a mis manos empujar a Jota para apartarlo de mí.

—Tenemos que ir a trabajar.

—Suena demasiado a excusa, B —replicó él, reteniéndome contra su pecho—. No deberías empezar nada que no estés dispuesta a acabar.

El inocente juego había pasado a ser un intercambio de reproches en toda regla. Claro que no estaba del todo segura de quién tenía más munición para lanzar al otro.

—No tiene gracia, Jota.

—¿Quién ha dicho que esté bromeando?

No sabía si tenía más ganas de besarle o de abofetearlo.

Lucía lo llamó desde su dormitorio, alegando que necesitaba ayuda. Tendría que darle las gracias después.

—Por cierto —añadió, después de soltarme para acudir junto a su prima —, estás preciosa.

Me alisé la ropa que había elegido después de rondar mi armario media hora. No era partidaria de llevar falda cuando era consciente de que, si Lucas se empeñaba en que debía subir a la barra, no podría negarme. Pero estaba harta de ir al bar con pantalón y las noches se volvían cada vez más

frías, así que había optado por arrancarle la etiqueta a un vestido que me había comprado en un arrebató el fin de semana anterior. Era de un discreto tono negro, pero ceñía mis curvas, desde los hombros hasta la mitad de los muslos, con tanta suavidad que parecía hecho a medida para mí. Había recogido mi melena en un moño descuidado que dejaba algunos mechones sueltos, y completado el atuendo con unos zapatos de tacón medio para no terminar con los pies destrozados.

—La caja de arriba —escuché decir a Lucía. A saber qué excusa se había inventado para reclamar la atención de su primo—. Sí, esa.

Jota pasó por mi lado en dirección al salón mientras yo permanecía plantada ante la puerta del baño, luchando por recuperar el control de mis emociones. Lucía apareció a mi lado y me metió a empujones en su dormitorio.

—¿Qué haces? —me espetó en voz baja, a pesar de que había cerrado la puerta.

—¿Que qué hago yo? ¿Qué hace él? —me defendí—. ¡Me está acosando!

—No me refiero a eso, Becca —repuso, agitando la mano frente a mi cara—. Os morís por meteros mano y ninguno de los dos es capaz de dar el primer paso, cualquier que os vea juntos puede darse cuenta de eso. Es por tí. No sé cómo eras antes de venir a vivir a Madrid, pero en las últimas semanas parece que te hubieran metido un palo por el culo.

—Muchas gracias por el apunte, Lucía. —Me crucé de brazos, a la defensiva—. Te ha quedado muy gráfico.

Ella resopló y se sentó en la cama, frotándose el puente de la nariz.

—Venga ya. He hablado con Clara. Tú no eres así —señaló. Casi podía escuchar las protestas airadas de mi mejor amiga a través del teléfono.

—No sé cómo soy.

«Sensata. Cobarde». No había tomado una decisión.

—Me da igual lo que hagas o no con Jota. Pero no dejes que sus problemas se vuelvan los tuyos o pasarás el curso amargada. Te pedí que fueras su amiga, no pretendía que asumieras que lo que le pasa es culpa tuya.

Fue mi turno para resoplar.

—No estoy amargada —repuse, aunque puede que Lucía no andase tan desencaminada.

—Lo que sea. —Se puso los zapatos y abrió la puerta, dando por

terminada la reprimenda—. Pero piensas demasiado.

La seguí por el pasillo.

—¿Qué sugieres? ¿Que me lie con él?

—No, solo quiero que vivas, que no condiciones tu forma de actuar por un tío.

Su afirmación hizo que me detuviera. No sabía de qué habrían hablado Clara y ella, pero ya fuera debido a su charla o a lo intuitiva que era Lucía, había dado en el clavo. ¿Dónde habían quedado todos los propósitos con los que había iniciado mi aventura en tierras madrileñas?

—Tienes razón —admití, rindiéndome, porque sabía que así era.

Había pasado de querer comerme el mundo y disfrutar al máximo la experiencia de estar lejos de mi vida anterior, a aceptar que los días pasaran sin pena ni gloria. El problema no era Jota, sino mi forma de enfrentarme a los obstáculos que encontraba en mi camino.

—No me digas que no tengo... ¿Qué has dicho?

—Que tienes razón.

—Es para que me calle, ¿no? —repuso ella, y no pude evitar sonreír—. Me estoy metiendo donde no me llaman...

La abracé y le di un sonoro beso en la frente para agradecerle su sinceridad, dejando un rastro de carmín tras de mí.

—Estás justo donde tienes que estar, Lu.

14

Ari se presentó en el bar cuando ya llevábamos un rato abiertos al público, lo que hizo que Lucas desapareciera de la barra. El local estaba a rebosar y no parábamos de servir bebidas. Jota protestó en cuanto lo vio escaquearse de su puesto.

Le puse un par de cervezas a un tío y este me tendió un billete de veinte euros. Al ir a cogerlo retiró la mano. Le dediqué una sonrisa falsa, porque no había dejado de mirarme las tetas mientras lo atendía, y esperé a que se decidiera a darme el dinero. Él se apoyó sobre el mostrador y yo me obligué a no dar un paso atrás.

—Te he visto. Bailas muy bien.

—Gracias —me limité a contestar.

—¿Qué tal si luego me dedicas uno de esos bailecitos cachondos en mi casa? —preguntó sin el más mínimo reparo. Estaba tan borracho que, si prendía una cerilla frente a su boca, se convertiría en un lanzallamas humano.

—Creo que voy a pasar.

—Vamos, preciosa —insistió, y alargó la mano para alcanzar la mía. Jota se colocó a mi lado antes de que pudiera quitármelo de encima.

—¿Qué tal si la sueltas y arrastras tu culo fuera de mi vista? —Apartó la mano del tipo y se inclinó sobre la barra, preparado para saltar al primer indicio de provocación—. Porque yo sí estaría encantado de dedicarte un baile privado y no estoy seguro de que pudieras volver a casa por tu propio pie después de él.

El aludido levantó los brazos en gesto de rendición y esbozó una sonrisa estúpida. Yo solo rezaba por que no dijera algo aún más estúpido. Jota permaneció frente a él, con los puños cerrados a los costados. Le estaba costando serios esfuerzos no partirle la cara de un puñetazo, incluso yo podía darme cuenta.

Ignoré al borracho y me colgué de su brazo.

—No vale la pena, Jota.

—Oh, sí, sí que lo vale —replicó él, taladrando al tío con la mirada—. Por ti cualquier cosa vale la pena, B.

Se envaró en cuanto fue consciente de lo que había dicho, como si no hubiera pretendido poner voz a ese pensamiento. Me puse de puntillas y le

di un beso en la comisura del labio para atraer su atención. Él se giró con rapidez. Objetivo conseguido. Sus puños se aflojaron y pasó un brazo en torno a mi cintura.

—Gracias —murmuré, cohibida por la intensidad de su mirada.

Resultaba irónico que Lucía me acusara de aparcas mis emociones y en cambio Jota apenas lograra manejar las suyas. Su estado de ánimo era tan cambiante que nunca sabía cómo iba a reaccionar.

—Si sigues apretándote contra mí con ese vestido que llevas terminaré por proponerte algo peor que ese imbécil. O mejor, según se mire —comentó, ladeando la cabeza como si pensara en ello.

Su intento de aligerar el ambiente surtió efecto. Le di un golpe en el pecho y deshice el abrazo.

—Si vuelve, avísame. Estaré encantado de pagar mi frustración sexual con él —se lamentó, antes de regresar a su esquina de la barra.

Jota no tenía necesidad de reprimirse. Tenía un nutrido grupo de fans en el bar que babeaban por él y que no le quitaban ojo en toda la noche. Sin embargo, nunca le vi tontear con ninguna y mucho menos llevarse a una de ellas a casa. Solo de pensarlo me entraron náuseas.

En cambio, conmigo no hacía más que tirar el anzuelo, aunque luego diera marcha atrás y bromeara como si solo se tratara de un juego. Y yo empezaba a desear cerrar los ojos y caer en sus redes.

Lucía pasó junto a mí como una exhalación, abrió una nevera pequeña donde guardábamos los vasos de chupito para que estuvieran bien fríos y cogió dos. Se hizo con una botella de ron y volvió a la zona donde yo me encontraba.

—Tenemos que servirlos, no bebémoslos —subrayé, cuando llenó los vasos y se bebió uno de un solo trago.

—Bebe conmigo —me ordenó, poniéndome en la mano el otro vaso.

Me quedé mirándola sin entender a qué se debía su súbito interés por que ambas nos emborrachásemos en el trabajo, pero cogí el chupito y la imité. El alcohol me quemó la garganta y se me saltaron las lágrimas.

—Al menos podrías haberlo rebajado con algo —señalé, casi sin voz.

—Nico está aquí. Al fondo —me indicó.

Se tambaleó y tuvo que apoyarse en mí. Me pregunté cuánto hacía que su exnovio estaba en el local y si había empezado a beber desde el momento en que este había atravesado la puerta. Busqué a Nico con la mirada y lo encontré apoyado en una de las mesas y acompañado de una

rubia que se reía de forma exagerada. Podía verle los empastes desde donde estaba.

—Pensaba que pasabas de él —comenté, e hice una mueca al contemplar cómo la chica se restregaba contra el costado del que fuera novio de Lucía.

Mi amiga rellenó los vasitos de nuevo y se bebió el suyo antes de contestar. Acepté la bebida sin miramientos al ver a Nico corresponder a las atenciones sobándole el culo con muy poca discreción. Al ritmo que iban se lo montarían sobre el billar en cualquier momento.

—Y lo hago —farfulló, aunque no muy convencida—. Pero no me apetece ver cómo se revuelca con la tía con la que me puso los cuernos en mis narices.

Así que era eso. A estas alturas, y si fuera Lucía, era probable que yo ya estuviera arrastrando por los pelos a la rubita. Ella se limitaba a fulminarlos con la mirada.

—¿Quieres que le diga a Tony que los eche? —Seguro que el portero del bar estaba más que encantado si le proponíamos algo de acción.

Negó con la cabeza y en sus ojos se reflejó la humillación con la que tantas veces me había topado en el espejo. Parecía a punto de romper a llorar.

Cavilé durante unos segundos. Los tíos como Nico (o Mateo) nunca se paraban a pensar en el daño que podían hacerles a los demás porque eran incapaces de preocuparse por nadie que no fueran ellos mismos.

—¡Eh, preciosa! —gritó alguien desde el otro extremo de la barra.

Me giré dispuesta a ladrar cualquier sandez, pero cerré la boca de inmediato. Lucía debía tener un ángel de la guarda.

—¿Quieres volver con Nico? —interrogué a mi amiga. Me miró como si yo estuviera aún más borracha que ella. Lo tomé como una negativa—. Bien, porque vamos a demostrarle que te importa de poco a nada a quién se esté tirando.

Le hice un gesto con la cabeza para indicarle que el motero del culo espectacular con el que había tonteado el día de la fiesta no le quitaba el ojo de encima. A Lucía se le iluminó el rostro en cuanto lo vio.

—Un tío así no puede estar interesado en mí —se lamentó ella, y me dieron ganas de zarandearla.

—¡Venga ya! Está coladito por ti. Eres tú la que no deja de decir que disfrute de la vida. Pensé que predicarías con el ejemplo.

Se mordió el labio, indecisa.

—¿Te gusta o no?

—Lo ataría a mi cama hasta el final de los tiempos —respondió ella—. Pero no me parece justo aprovecharme de él para poner en su sitio a Nico.

—Vale —acepté con alegría, segura de que luego me mataría por lo que estaba a punto de hacer.

Fui hasta el motero, bajo la atenta mirada de mi amiga, y le conté una versión abreviada de la situación, tras asegurarme de que mi instinto no me engañaba y efectivamente le gustaba Lucía. Dani, que era como se llamaba *míster* culo perfecto, resultó ser un chico encantador. No entré en detalles acerca de cómo había terminado la relación entre Lucía y Nico, y me agradó comprobar que fue él quien sugirió una singular forma de matar dos pájaros de un tiro: besar a Lucía (algo que según confesó llevaba deseando desde hacía semanas) y darle una lección a Nico. Me reí a carcajadas al entender lo que se proponía.

Lucía se abalanzó sobre mí una vez que finalizó nuestra charla.

—¿Qué le has dicho? —me preguntó, mordiéndose las uñas. Paró en cuanto se dio cuenta de que Dani no dejaba de mirarla.

—Es muy simpático. —Hice una pausa, consciente de que estaba tan nerviosa que incluso había olvidado que su ex seguía morreándose con su amiguita a pocos metros—. Y me ha dicho que quiere que le sirvas tú.

Enarqué las cejas y solté una risita. Definitivamente iba a matarme, pero merecería la pena. La observé dirigirse hacia él.

Dani se encaramó a la barra y yo no pude reprimir las carcajadas por más tiempo. Agarró a Lucía de las manos y tiró de ella para izarla y colocarla frente a él. Yo silbé lo más fuerte que pude hasta conseguir que todas las cabezas se girasen en dirección a la pareja.

El motero tomó la cara de mi amiga entre las manos y le susurró algo al oído. Ella asintió. Fue un beso memorable, al menos estaba segura de que a Lucía no se le olvidaría jamás. Los clientes aplaudieron y los vitorearon. Si Lucas no nos despedía por esto, nos subiría el sueldo.

Busqué a Nico entre las caras de diversión que contemplaban el espectáculo y lo encontré de brazos cruzados, con la vista clavada en ellos. Ya no parecía estar pasándoselo tan bien.

15

—Le habéis cogido cariño a lo de subiros a la barra, ¿no? —se rio Ari, al final de la noche.

Lucas y ella habían reaparecido poco antes de cerrar. Según me había contado David, esa misma semana había sido su primer aniversario y Lucas le había preparado una romántica velada para celebrarlo. De ahí que se hubieran escabullido durante horas.

—Me han comentado que Nico se fue de aquí bastante cabreado. Tony dice que le vio tirar las llaves contra el coche y que se cargó el cristal —aseguró mi jefe.

—Se lo merecía —afirmé, contenta con el resultado de mi plan. Lo mejor de todo era que Lucía se había marchado con Dani hacía un momento. Iba a llevarla a casa.

—Un día me meteréis en un lío con el dueño —apuntó Lucas, aunque se le veía tan complacido como a mí—. ¿Podéis cerrar vosotros?

David se puso la chaqueta y solo le faltó correr hacia la puerta para dejar claro que no iba a pringar de nuevo. Yo asentí. Imaginé que Ari y él estarían deseando terminar su noche juntos. Ya había acabado de hacer caja, así que recogió el dinero y me lanzó las llaves.

—Te debo una —articuló, abrazándose a Ari.

No podía decir que no albergara algo de envidia por la relación que mantenían. Les había visto discutir con tanta pasión como la que empleaban para besarse. Lucas adoraba a Ari de una forma visceral y anteponía todo lo que tenía que ver con ella a sus propias necesidades. A ella le pasaba lo mismo. Y aun así chocaban continuamente, pero eso en vez de distanciarlos los unía más.

Coloqué la última tanda de vasos sucios en el lavavajillas, lo puse en marcha y me senté sobre uno de los frigoríficos a esperar a que hiciera su trabajo. Mis ojos tropezaron con Jota, que reponía las cervezas y refrescos con movimientos mecánicos. Como si hubiera notado que lo estaba observando, alzó la vista y sonrió.

Había estado demasiado callado durante la última parte de la noche, e incluso tuve que admitir que había echado de menos sus comentarios sarcásticos y sus pullas. No conseguía acostumbrarme a sus idas y venidas. Me volvía loca no saber cómo se comportaría la siguiente vez que se

acercara a mí.

—¿Qué tal la experiencia de estar fuera de casa por ahora? —me preguntó, mientras seguía colocando las latas.

—Bien, supongo. Es... diferente estar aquí, pero a la vez es igual.

—No parece que sea lo que esperabas —repuso, alzando las cejas para animarme a continuar.

No sabía muy bien lo que esperaba, o tal vez sí. Un cambio radical, algo milagroso quizás. Pero debería haber sabido que no se puede huir de lo que eres, y que si quieres que las cosas sean distintas, tienes que empezar por cambiar tu forma de verlas y enfrentarte a ellas.

Terminó lo que estaba haciendo y vino a sentarse a mi lado. Pero antes de acomodarse, se levantó y fue hasta el ordenador portátil. Eligió una canción y *Stranger*, de Secondhand Serenade, inundó el local, dándome la oportunidad perfecta para cambiar de tema.

—Te gusta mucho este grupo, ¿no? —inquirí, antes de darme cuenta de que se suponía que yo no debería estar al tanto de lo que él escuchaba en su dormitorio.

—No está mal —admitió, y ladeó la cabeza para mirarme—. Tienen buenas letras.

Presté atención al estribillo y el pulso se me aceleró al oír al cantante repetir *How beautiful you are* una y otra vez.

Con Jota todo tenía al menos dos lecturas. A pesar de parecer tan impulsivo me daba la sensación de que no hacía nada sin meditarlo antes, y que elegía con extremo cuidado las palabras que salían por su boca. Apreté los dedos contra el aluminio del refrigerador con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos.

Cuando creía que explotaría y me lanzaría sobre su boca él me pasó una cerveza helada. La acepté y me bebí la mitad sin respirar. Tenía serías dudas sobre mi capacidad para seguir manteniendo mi pose de indiferencia en lo referente a Jota. No solo porque cuando lo tenía cerca todo en lo que podía pensar era en sus labios deslizándose por mi piel, sino porque empezaba a creer que compararlo con Mateo solo había sido una excusa para mantenerlo alejado de mí.

Tenía miedo, más incluso del que había sido capaz de admitir delante de Lucía. Miedo de lo que pudiera pasar entre nosotros, de los sentimientos que Jota pudiera desencadenar en mí y, sobre todo, miedo de volver a repetir los errores del pasado. Sin embargo, me sentía cómoda a su lado.

Lo único que hacíamos era compartir una cerveza sentados sobre un refrigerador en un bar de copas, mientras de fondo sonaba la música que él había elegido expresamente para ese momento de nuestras vidas.

No deseaba estar en ningún otro lugar.

—¿Tienes hambre? —Dobló la rodilla y apoyó el pie sobre el aluminio. Su costado hizo presión contra el mío.

Estaba más relajado de lo que lo había visto nunca, como si no necesitara más que una buena canción y la soledad para ser feliz. Puede que fuera así, aunque quería pensar que mi compañía también sumaba puntos a su extraña definición de felicidad.

—Un poco —admití. Él se puso en pie de un salto y fue en busca de su móvil—. Pero a estas horas no creo que encontremos nada abierto.

Esbozó una sonrisa al más puro estilo *tranquila, nena, lo tengo todo controlado*.

—¿Qué tal una pizza? —sugirió, poniéndose el teléfono ya en la oreja.

La idea me hizo salivar. Emití un gemido de satisfacción al pensar en la esponjosa masa y el queso gratinado. Mi estómago rugió de forma audible y Jota soltó un risita mientras se alejaba para realizar el pedido.

Para cuando un chico de no más de dieciséis años golpeó la verja metálica del bar, yo ya había preparado una de las mesas para nuestra cena tardía. Continuamos bebiendo cerveza, a pesar de que yo ya empezaba a notar los efectos del alcohol, y dimos buena cuenta de la pizza familiar hawaiana que Jota había encargado sabiendo que era la que yo siempre pedía.

Mientras comíamos charlamos de temas intrascendentes. Confesó que desde que trabajaba en el Level había sobornado a los pizzeros de un establecimiento que había a dos manzanas para que le trajeran la comida hasta el local, porque casi siempre era él el que se quedaba a cerrar, y en realidad no tenían servicio a domicilio. Pero les daba buenas propinas y los chicos nunca protestaban por el paseo. Hablamos de la facultad, de algunos profesores, de las ventajas de desplazarse en moto en una ciudad como Madrid e incluso de si yo echaba de menos mi casa.

—¿Qué vas a hacer cuando termine tu beca? —me interrogó con naturalidad.

Busqué en sus ojos alguna señal de que le preocuparan las posibles respuestas. Ambos sabíamos que estaba allí de paso. A final de curso empaquetaría de nuevo mi vida en unas cuantas cajas y dos maletas y me

marcharía por donde había venido. Solo esperaba que junto con el equipaje tuviera algunos buenos recuerdos que llevarme conmigo. Aunque, pensándolo bien, ya había atesorado unos cuantos, incluido ese.

Su expresión no dejaba entrever qué esperaba oír. Quizá fuera yo, de los dos, la que tuviera más interés en dar con la respuesta correcta. La verdad era que no tenía ni idea.

—Volver a casa, supongo —comenté, encogiéndome de hombros, tratando de no darle importancia—. Si apruebo las dos troncales y cuatro asignaturas optativas tendré suficientes créditos para licenciarme. Es pan comido.

Él le dio un sorbo a su cerveza, aunque estaba prácticamente vacía, y miró alrededor, a todos lados menos a mí. Su inquietud resultó adorable. Nos quedaba aún un largo curso por delante, pero parecía que él ya valoraba lo que sucedería cuando sonase el timbre de la última clase.

Permanecimos varios minutos en silencio, acunados por el ritmo lento de la música. Del exterior no llegaba sonido alguno y, bajo la luz tenue de los focos que había dejado encendidos, el lugar se había convertido en algo casi mágico. Hubiera dado cualquier cosa por que Jota me dedicara una de sus sonrisas torcidas justo en ese momento.

—Entonces tendré que emplearme a fondo —repuso y, como si pudiera leer en mí, las comisuras de su boca se elevaron—. Tienes mucho que ver antes de que decidas dejarme... dejarnos, marcharte... quiero decir... —balbuceó. Se pasó la mano por la nuca y amagó con beber de nuevo de la botella, hasta que se percató de que estaba vacía.

Me mordí el labio para esconder la sonrisa, lo que atrajo su atención sobre mi boca. Se puso en pie tan de repente que se golpeó la rodilla contra la mesa. Las cervezas cayeron tintineando al suelo y yo solté una carcajada, incapaz de reprimirla por más tiempo.

—Jamie —lo llamé.

No sé muy bien por qué elegí ese momento para darle a conocer que sabía su nombre real. Puede que se debiera a la satisfacción de haber conseguido eliminar una de las múltiples capas con las que se protegía del resto del mundo, y eso alentara a la parte de mí que se moría por invadir su intimidad de la misma manera en la que él transgredía mis defensas una y otra vez.

Pero el resultado no podía haber sido más perturbador.

—No me llames así —bramó, y su voz retumbó en las paredes—. No

vuelvas a llamarme así jamás.

Recogió los restos de la pizza sin tan siquiera mirarme, mientras yo apenas si me atrevía a respirar. Sus rasgos se habían endurecido. Tenía los músculos de la mandíbula apretados y una mueca de desprecio en la cara que nada tenía que ver con su aspecto segundos antes. Su transformación fue completa cuando se metió tras la barra y lanzó la caja que llevaba en la mano contra uno de los estantes con botellas. La mayoría se estrellaron contra las baldosas, rompiéndose en miles de pedazos.

Suspiré. Mi relación con él era como una carrera de obstáculos que nunca podría completar. Daba un paso adelante y retrocedíamos dos de forma inevitable.

—¡Joder! —exclamó, y se lio a patadas con los pocos envases que habían salido indemnes de la caída.

—Jota —volví a llamarle, esta vez empleando su apodo—. ¡Jota! ¡Para de una vez!

Pasé mis brazos alrededor de su torso. Su pecho subía y bajaba con rapidez, y los temblores sacudían cada palmo de su cuerpo.

—No volveré a llamarte así —le aseguré, porque no sabía qué más podía decir.

Hubiera podido rogarle que no me echara de su lado y que no se encerrara de nuevo porque, aunque en demasiadas ocasiones se comportaba como un capullo, quería creer que era la forma más sencilla de fingir que no le importaba nadie. Pero no dije nada.

—No, no lo harás. —Me apartó de él y tomó las llaves del local.

—No podemos dejar esto así. Lucas nos matará.

No parecía que me estuviera escuchando. Empujó la verja y se quedó mirándome, aunque creo que en realidad no me veía.

—Te acompaño a casa. Luego volveré para limpiarlo —señaló, sin disimular su impaciencia.

La brusquedad de su reacción consiguió lo que no había logrado su demostración de rabia. Cogí mi bolso y avancé a grandes zancadas hacia la puerta, enfadada conmigo misma por permitir que me afectara su actitud. Nuestros hombros chocaron cuando me deslicé al exterior.

—No necesito que me hagas de canguro, gracias —le espeté, resentida.

Enfilé la calle y comencé a andar sin saber muy bien a dónde me dirigía. Me daba igual. Solo quería alejarme de él antes de ceder a la necesidad de gritarle. Sabía que mi comportamiento no mejoraba en nada la situación,

pero no había razón para que aguantara sus salidas de tono. ¡Ni siquiera estábamos saliendo! Y los amigos no te miraban como si quisieran asesinarte; no de verdad, al menos. Éramos compañeros de piso y punto.

La puerta metálica del bar chirrió y oí a Jota maldecir a mi espalda. Apreté el paso.

—No puedes irte sola —me chilló, con un tono de voz más conciliador.

—Mira cómo lo hago —respondí a gritos, sin volverme.

Al diablo con sus latigazos emocionales. También yo podía jugar a aquel juego.

16

Corrí para cruzar la calle, aunque los zapatos me rozaban y el vestido se me subió hasta el límite de lo indecente. Un coche pasó a pocos metros de mí, frenó en seco y dio marcha atrás. Bien, justo lo que necesitaba. Algún gracioso que quisiera terminar de convertir la noche en un fiasco total.

El cristal del conductor descendió y tras él apareció un tipo de treinta y pocos con pinta de haber arrasado las existencias de alcohol de la mitad de los garitos de Madrid. Lucía una sonrisa bobalicona, bastante reveladora, y sus ojos apenas si atinaban a concentrarse en mí. Se rascó la perilla con tanta insistencia que me dieron ganas de vomitar.

—¿Te llevo, preciosa? —balbuceó, bastante más cerca de desmayarse que de un estado que lo capacitara para conducir un coche.

Continué caminando deprisa por la acera. Si lo ignoraba era bastante probable que desistiera y me dejara en paz.

—Vamos, nena —insistió—. Pareces necesitar ayuda. Dime dónde vives y te acerco hasta allí.

¿De verdad aquel desgraciado esperaba que me subiera al coche? Lo único que me apetecía más que perderle de vista era quitarme los zapatos y lanzárselos. Con suerte uno le daría en la cabeza y lo dejaría inconsciente.

Otro vehículo paró detrás. Al ver que avanzaba despacio para seguirme el paso lo adelantó por la derecha e hizo sonar el claxon.

—Venga, conseguirás provocar un accidente.

Puse los ojos en blanco. Miré calle abajo, rezando para que apareciera un taxi, pero apenas circulaban vehículos por la zona y ninguno era uno de ellos. El borracho debió interpretar que me estaba planteando acompañarle, abrió la puerta y puso un pie sobre el asfalto. Me preparé para echar a correr de nuevo si sacaba la otra pierna del coche.

Di un par de pasos atrás al ver su sonrisa desquiciada.

El ruido de metal doblándose me hizo levantar la vista. La moto de Jota, reposando sobre uno de sus laterales, pasó deslizándose por el asfalto y se estrelló un poco más adelante contra un contenedor de basura. Mi corazón dejó de latir al imaginar su cuerpo tendido en mitad de la carretera, cubierto de sangre, herido, o algo peor. Pero un segundo después Jota saltaba por encima del capó del coche, vivo e ileso, y con la expresión de un perro rabioso que hubiera encontrado al fin a alguien a quien morder.

El borracho lo observó de arriba abajo antes de salir por completo de su vehículo. Jota se encaró con él y lo metió de nuevo en el interior a base de empujones. Al conseguir su objetivo, cerró la puerta de una patada, abollando la carrocería.

—¡Piérdete! —le ordenó, y apoyó ambas manos en el marco de la ventanilla. Tenía los nudillos raspados y ensangrentados—. Si vuelves a mirarla te arranco la cabeza.

La amenaza no tenía nada de banal, y juraría que Jota estaba deseando que el tío abriera la boca para terminar de perder los estribos y tener así una excusa para golpearle.

El borracho debió de decidir que en su estado tenía mucho más que perder que el arreglo de una puerta y aceleró, dejándonos atrás. Jota se volvió hacia mí. No parecía contento.

—¡Qué coño haces! Te he dicho que te acompañaría a casa.

—No pensaba ir con ese tío a ningún lado —repliqué, alzando la voz tanto como él—. No soy estúpida.

Salió de la carretera para situarse frente a mí. Puse una mano sobre su pecho para evitar que se acercara más.

—¡Podría haberte obligado! ¡Joder, Rebecca! ¡He saltado de la jodida moto en marcha!

El precario control que mantenía sobre mis emociones terminó de quebrarse. Si quería gritar, gritaríamos, y si lo que necesitaba era decir tacos, yo sabía tantos como él.

—¡Claro, qué tonta he sido! —aduje, con un tono que destilaba ironía—. Tendría que haberme ido con el tío que se lía a patadas con las botellas y pasa de sonreírme a echarme de su lado en un parpadeo.

Me puse de puntillas para que mis ojos quedaran a la misma altura que lo suyos.

—No me apetece seguir jugando, Jota. Búscate a otra a la que machacar con tus estallidos emocionales.

La ira que empañaba sus ojos se tornó en desesperación y el labio inferior le tembló. Apoyó su frente contra la mía, pillándome desprevenida, y mi desconcierto aumentó aún más cuando tiró de mí para eliminar el escaso espacio que nos separaba.

—No quiero a otra —murmuró, y sus labios rozaron los míos—. Y no es mi intención machacarte.

—Es lo que haces, Jota —rebatí, luchando por no rendirme al dulce

reclamo de su boca—. Te comportas como si desearas que fuéramos amigos, me preparas el desayuno y vas a buscarme a la salida de clase para que no tenga que volver en metro, y luego te enfadas por motivos que solo tú conoces y levantas muros a tu alrededor para dejarme fuera. Eso cuando no te comportas como un psicótico...

Mi instinto me decía que escapara de allí antes de que nos dijéramos cosas que luego no pudiéramos olvidar. Que no anduviera de nuevo un camino que me había esforzado por evitar, o acabaría inmersa en otro círculo destructivo del que no creía que pudiera salir entera.

—No quiero que me importes, B —confesó, al borde del llanto—. No quiero desearte ni anhelar el sonido de tu voz ni tu presencia. No quiero necesitarte...

De toda la gente de esta ciudad, el destino había enlazado las vidas de dos personas cuyos corazones no eran más que pedazos. Sentí deseos de reírme.

—No tienes que necesitarme. Solo déjame ser tu amiga, Jota. Déjame entrar.

Acaricié su mejilla y el agarró mi mano para evitar que la retirara.

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho? No quiero hacer las cosas que hago, pero las hago. No puedo dejarte entrar porque me aterra que descubras que estoy roto por dentro, que faltan partes de mí que jamás podré recuperar porque están muertas. Muertas y enterradas.

Me martirizó la idea de que Jota hubiera amado con tanta intensidad a otra chica que su pérdida lo hubiera destrozado de esa manera. No dejaba de recordar a Lucía, con los ojos llenos de lágrimas, revelándome que ese era el motivo de todo aquello. El problema no era que él estuviera roto, hubiera podido intentar lidiar con eso. Pero saber que siempre planearía sobre nosotros la sombra de ese amor convertía nuestros intentos en una falsa recreación que nunca colmaría del todo sus expectativas.

Un grupo de chicas nos contemplaban desde la acera de enfrente, murmurando entre ellas mientras no dejaban de observarnos. También había una señora asomada a uno de los balcones que quedaban justo por encima de nuestras cabezas. Y la moto de Jota continuaba empotrada contra el contenedor. Alguien terminaría por llamar a la policía, si no lo habían hecho ya.

—Vayámonos a casa —le dije. La noche ya había sido lo suficientemente emocionante para que acabásemos en la comisaría. No

creía que Jota superara con éxito un control de alcoholemia.

Tomé su mano y lo arrastré conmigo. Le costó un momento reaccionar. Esperaba que pudiéramos continuar con la conversación más tarde, aunque no tenía ni idea de a dónde nos llevaría.

Jota consiguió que la moto arrancara tras varios intentos, aunque la pintura de uno de los laterales estaba arañada y la chapa se había hundido en varias zonas. Creí que eso desataría su ira de nuevo, pero no dijo nada al respecto, a pesar de que la trataba como si fuera una extensión de su propio cuerpo.

—¿Puedes conducir? —inquirí, preocupada no solo por las cervezas que habíamos tomado sino por lo agotado que parecía.

Asintió en silencio, cediéndome su chaqueta para que no acabara por enseñar la ropa interior al subirme a la moto.

Palpé con cuidado la herida de sus nudillos y torció el gesto, pero no la apartó. Se había raspado la piel.

—No es nada —aseguró, mientras esperaba a que me pusiera el casco.

Le di vueltas a sus palabras durante todo el trayecto. Jota no quería necesiarme. Y en ese aspecto no nos diferenciábamos demasiado, porque yo misma luchaba por no anhelar algo más que una simple amistad.

Golpeé con la frente la espalda de Jota y maldije por lo bajo. ¿A quién quería engañar? La realidad era que, mientras yo era incapaz de penetrar en su interior, él ya había conseguido hundir la mano en mi pecho y hacerse con mi corazón.

—¿Todo bien? —Torció la cabeza para mirarme durante un instante.

«No, nada está bien».

—Sí —dije, cuando sus ojos retornaron a la carretera, segura de que cualquier explicación que añadiera sonaría a mentira.

Apoyé la mejilla en su hombro, cerré los ojos y dejé que la brisa me enfriara la cara, deseando que el calor que desprendía Jota no me resultara tan reconfortante.

Agradecí que Lucía ya se hubiera metido en la cama y no tener que sufrir su escrutinio, aunque eso nos hubiera dado una oportunidad para deshacernos del ambiente enrarecido que se había apoderado de nosotros. Era obvio que ninguno de los dos sabía muy bien en qué punto nos encontrábamos o cómo actuar a partir de ese momento. Y no parecía que Jota estuviera dispuesto a ser él el que retomara la charla.

Yo simplemente estaba exhausta. Me dolían la cabeza y los pies, y mi mente se había convertido en un agujero negro que no permitía que escapara ningún pensamiento coherente.

La inercia llevó mis pies hasta mi dormitorio. Lancé el bolso sobre la silla y me giré para encontrarme con que él estaba justo detrás de mí. Intenté dar un paso atrás, pero me topé contra la cama.

—Lo siento, B. Siento haber sido un capullo. No quería enfadarme. Yo solo... —Tomó aire y lo soltó, cerrando los ojos—. Me comportaré, lo prometo.

Deslicé el dedo desde su frente hasta su mentón, pasando por su nariz y los labios. Me hubiera gustado que la arruga de su ceño desapareciera, pero todo lo que hizo al percibir mi caricia fue abrir los ojos para mirarme. Sus iris brillaban.

¿Cuánto estaba dispuesta a sufrir? ¿Cuántas veces tendríamos una discusión similar? Y lo más importante, ¿serviría de algo o solo conseguiríamos hacernos daño?

—No pasa nada, Jota. Somos amigos —señalé, sintiéndome una completa cobarde.

Su expresión decepcionada me indicó que no era esa la respuesta que esperaba. Depositó un beso sobre mi sien y sus labios se demoraron contra mi piel varios segundos.

—Buenas noches, B —susurró en mi oído, antes de marcharse y dejarme sola.

No me moví hasta que escuché cómo se cerraba la puerta de su habitación y la primera canción se filtró a través del tabique que nos separaba. Me senté en la cama mientras trataba de reconocer la letra. *Declaration*. Aguanté la respiración hasta que David Cook se lamentó por no valer lo suficiente.

¿Era eso lo que Jota pensaba? ¿Que no valía la pena?

Me deshice de los zapatos y me quité el vestido. Apenas un minuto más tarde ya estaba bajo la ducha, dejando que el rumor del agua apagara el sonido de la música e intentando no ceder a la tentación de irrumpir en la habitación de Jota. No funcionó.

Cerré el grifo y salté fuera de la ducha una vez que eliminé el jabón de mi cuerpo. Cacé al vuelo una camiseta y unas bragas y me las puse de camino a su dormitorio. Ni siquiera me detuve para llamar.

Jota estaba tendido sobre su cama y vestía aun menos ropa que yo. Tragué saliva ante la visión del dragón que asomaba bajo el elástico de sus calzoncillos. Se apoyó sobre el codo y me invitó a entrar con un gesto de cabeza. Avancé hasta quedarme parada en mitad de la habitación, la alfombra de pelo largo que la presidía me hizo cosquillas en los pies.

—¿Necesitas algo? —me preguntó con cautela.

«A ti», exigió mi cuerpo.

Pero yo negué con la cabeza. Tiré del borde de mi camiseta hacia abajo, sintiéndome desnuda y estúpida por haber claudicado a mis temerarios impulsos.

Jota alargó el brazo y detuvo la canción que sonaba, como si esperase mi siguiente movimiento para elegir una más adecuada a las circunstancias. El corazón me golpeaba las costillas con tanto ímpetu que estaba segura de que en cualquier momento se daría cuenta.

—Ven aquí. —Se apartó para hacerme un sitio y levantó un poco el edredón—. Vas a coger una pulmonía.

No necesité que me lo dijera dos veces. Me deslicé a su lado y Jota nos cubrió a ambos. Las sábanas estaban impregnadas de su aroma y cuando pasó los brazos alrededor de mi cuerpo, y la calidez que emanaba de él me rodeó, tuve que contener un gemido de satisfacción. Encajábamos de una forma tan perfecta que me obligué a no pensar, por una vez, en lo que podría suceder al minuto siguiente.

Jota toqueteó el Ipod y yo esperé, conteniendo el aliento. Descubrir que contaba tantas cosas de sí mismo a través de la música y que nadie a su alrededor se daba cuenta me hizo sentir más cerca de él, aunque no sabía si eso me convertía en una especie de espía de sus sentimientos. Me pareció que tardaba más de lo habitual en dar con lo que buscaba o puede que ni siquiera supiera qué tema elegir. ¿Qué había entre nosotros? La atracción era tan obvia que no tenía sentido negarla. Pero ¿todo acababa en lo físico

o había algo más?

Me acomodé entre sus brazos, dispuesta a dejar que pasara lo que tuviera que pasar. Sin pensar. Solo vivir, tal y como había dicho Lucía. Percibía cada uno de los músculos de su abdomen tensarse contra mi espalda mientras manipulaba el reproductor de música.

—Duérmete y descansa, B —murmuró, y apagó la luz.

Su cuerpo se relajó y yo permanecí en silencio, ansiando conocer la respuesta que ambos nos hacíamos, en forma de notas musicales. Tras varios minutos comprendí que él estaba tan perdido como yo. No habría confesiones esa noche.

Debería haber caído inconsciente sin problemas. El día había sido lo suficientemente largo y ajetreado para que así fuera, pero la cercanía de Jota no es que indujera al sueño. Cada centímetro de piel en contacto con él enviaba estímulos de forma continua a mi mente, ya excitada de por sí. Le tenía casi desnudo a mi espalda y habíamos jugueteado tanto con la idea de acostarnos juntos, que ahora era incapaz de pensar en otra cosa. Tuve que asumir que me fastidiaba que él no estuviera intentando nada.

—¿Jota?

—¿Sí? —contestó él, sin rastro de somnolencia en la voz.

—¿Qué pasará mañana? —lo interrogué, a pesar de haberme prometido no darle vueltas al asunto.

—¿Qué quieres que pase?

«Bien jugado», pensé para mí.

—No lo sé.

Él suspiró. Se tumbó de espaldas y me acomodó contra su pecho. Sin pensar en lo que hacía enrollé su pierna con las mías y Jota volvió a exhalar aire con lentitud. Perderme en él resultaba demasiado fácil.

—Estoy al límite de mis fuerzas, B. No deberías empujarme más hacia el precipicio. —La penumbra ocultaba su rostro, pero apostaría por que sonreía—. Por si no te has dado cuenta, hace semanas que trato de meterte en mi cama.

Solté un carcajada. Él depositó un beso sobre mi frente y apoyó la mejilla sobre mi pelo.

—Pero ahora vamos a dormir. No quiero que hagas nada de lo que vayas a arrepentirte por la mañana.

Que estuviera conteniéndose me hizo desearlo todavía más.

—Lo has conseguido —afirmé, decidida a vivir—. Meterme en tu cama.

¿Y ahora qué?

—Becca... —Pronunció mi nombre en un murmullo ronco.

Dejé que mis dedos trazaran líneas imaginarias sobre su estómago y acaricié la zona tatuada de su cadera.

—No comiences nada que no puedas terminar —me recordó él, con la respiración entrecortada.

—¿Quién ha dicho que no quiera llegar hasta el final?

Al segundo siguiente lo tenía sobre mí. Me agarró las muñecas y las sujetó por encima de mi cabeza, manteniéndolas así con una de sus manos mientras se inclinaba para encender la lámpara de la mesilla de noche. Parpadeé varias veces, deslumbrada.

—Dilo otra vez —exigió, con el mar celeste de sus ojos clavado en mí—. Di que eso es lo que quieres. Que lo deseas de verdad.

—¿Llegar hasta el final? —repetí, confusa por su vehemencia.

—Cruzar esa línea conmigo. —Hizo una pausa y cerró los ojos un momento antes de volver a mirarme y continuar hablando, como si meditara lo que iba a decir—. Me vuelves loco, B. No puedo sacarte de mi cabeza, no puedo dejar de mirarte cuando estás en la misma habitación que yo, y cuando no estás lo único que ansío es ir a buscarte. He pasado el último mes luchando para no desearte porque tengo tanto miedo de que descubras que no soy merecedor de tu... De lo que sea que sientas por mí.

Estaba aterrorizado, al igual que yo. Parte de los *peros* que albergaba en contra de esta relación habían desaparecido al escuchar su apasionada confesión. Pero no solo él tenía miedo de dejarse arrastrar por la intensa atracción que había entre nosotros.

—¿Qué te parece si vamos poco a poco? —le propuse, aunque mi cuerpo me gritaba que me dejara llevar y no diera un paso atrás salvo para coger carrerilla.

Él me dedicó una sonrisa tan sugerente que dudé de lo que acaba de decir.

—No sé si podré ir despacio contigo, B. Ya te lo dije, tú y yo juntos podríamos alcanzar muchos más grados que cualquier whisky.

Desplazó su boca a lo largo de mi brazo y se me olvidó incluso sobre qué estábamos discutiendo. Ascendió por mi cuello, calentando con sus besos mi piel, hasta llegar al hueco tras mi oreja. Mordisqueó el lóbulo y se me escapó un gemido. Jota soltó una risita.

—No imaginas cuánto voy a disfrutar de esto —murmuró en mi oído—.

Pararé cuando me digas que lo haga. Tienes el poder para decidir hasta dónde quieres que lleguemos.

Como si yo fuera capaz de pensar en otra cosa que no fuera en él moviéndose dentro de mí.

Liberó mis muñecas y una de sus manos se coló bajo mi camiseta. Esta vez fue él el que jadeó al darse cuenta de que no llevaba sujetador. Envolví su cintura con las piernas y tiré de él, deseando fundirme en sus labios. Cuando nuestras lenguas se entrelazaron supe que me sería imposible echarme atrás.

Su aroma me envolvía y sus besos se tornaban más y más exigentes. Hundí los dedos en su pelo y agarré varios mechones, obligándolo a separarse de mí.

—Para —dije, totalmente seria, tragándome la risa que amenazaba con desbaratar la broma.

Su rostro palideció y, aunque tardó un momento en reaccionar, se sentó en el hueco de colchón que quedaba libre entre mis piernas. Aproveché para quitarme la camiseta. Entornó los ojos y negó con la cabeza, pero sus comisuras se elevaron.

—¿Me estás poniendo a prueba? —inquirió. Me tomó de los tobillos y me arrastró hasta que quedé sentada sobre su regazo.

Conmigo encima, se puso en pie y cruzó la habitación hasta llegar a su escritorio. Apoyó mi cuerpo en el borde de la madera y abrió uno de los cajones. Dejó tres condones sobre la mesa y arqueó la ceja, en un gesto desafiante.

—Si quieres jugar, juguemos.

Antes de que pudiera objetar nada se inclinó sobre mi pecho y capturó uno de mis pezones entre los labios. La frecuencia de mi pulso se duplicó y mi espalda se arqueó en un acto reflejo. Trazó círculos con la lengua alrededor de él y lo mordisqueó con deleite, hasta que mi respiración se convirtió en una serie de jadeos irregulares.

—¿Quieres que pare ahora? —gruñó, recostándose con delicadeza sobre la mesa.

Alzó mis caderas con una mano mientras que con la otra se deshacía de mis braguitas. Mientras lo hacía clavó su mirada en mí y no la apartó hasta que la prenda cayó al suelo. Entonces se concentró en mis piernas. Ascendió por ellas dejando a su paso un rastro de besos y pequeños mordiscos. Se tomó su tiempo, y para cuando alcanzó la parte interna de

mis muslos yo ya temblaba de deseo.

Pasó al menos media hora más torturándome, acariciando y lamiendo cada rincón de mi cuerpo. De vez en cuando se acercaba a mis labios y me daba un beso, largo y profundo, que me dejaba sin respiración. Pensé que terminaría por enloquecer.

—Jota —farfullé, demasiado excitada para resistir aquel tormento ni un segundo más.

—¿Quieres que me detenga?

—¿Quieres que te mate? —repliqué, desesperada.

—Tomaré eso como un no. —Sonrió, complacido, pero su pecho subía y bajaba a la misma velocidad que el mío.

Sus boxers fueron a hacer compañía a mi ropa interior y Jota tomó uno de los preservativos. Se hundió en mí sin titubeos. Me aferré con las manos al borde de la madera y apreté los labios para no gritar. Era mejor incluso de lo que había imaginado. Nuestros cuerpos encajaban en todos los sentidos, incluso en ese.

Mi cabeza cayó hacia atrás y cerré los ojos. Con cada embestida, mis caderas salían al encuentro de las suyas en un bamboleo sensual y tan placentero que creí desfallecer cuando Jota se detuvo.

—Voy a alargar esto todo lo que pueda, Becca, y cuando hayamos acabado comenzaré de nuevo. Y así hasta que amanezca porque ya será mañana y no tendrás que preguntarme qué va a ocurrir con nosotros. Esta noche serán todos los días y todas las noches a partir de ahora.

Se me encogió el corazón al oírle y comprendí que, para mí, no habría vuelta atrás después de esa declaración de intenciones.

Me tomó en brazos y me llevó hasta la cama. Volvimos a fundirnos en uno y el erótico baile se inició de nuevo. Jota aceleró el ritmo hasta que me estremecí bajo su cuerpo, murmurando su nombre y clavándole las uñas en la espalda. Cubrió de besos mi cara, sin dejar de moverse, y no tardó en derrumbarse a mi lado.

Rodó sobre la cama para alcanzar el iPod. En esta ocasión apenas tardó en comenzar a sonar una canción: *Hanging by a moment*, de Lifehouse. Me sorprendió tarareando la letra contra mis labios.

—No cierres los ojos —me rogó cuando entorné los párpados, abrumada por todo lo que dejaba entrever su elección—. Todavía no he acabado contigo.

Sonreí, agradecida por que le restara solemnidad al momento, y trepé

hasta quedar a horcajadas sobre él. Ladeó la cabeza, como un niño travieso que fuera consciente de haberse salido con la suya.

—Eres impredecible —afirmé. Me sentía más feliz de lo que lo había sido en mucho tiempo y mucho más libre, por extraño que resultara—. Me gusta.

—Me alegra, porque aún no ha amanecido —repuso, divertido—. Y pienso hacerte el amor hasta la hora del desayuno.

Me reí de él. Pero eso no evitó que cumpliera su promesa.

18

Desperté con una sonrisa en los labios y con los recuerdos de la noche anterior flotando tras mis párpados. Me dolía todo el cuerpo, partes de él que nunca pensé que pudieran dolerme. Pero incluso así la sensación de pesadez resultaba agradable. Me recordaba lo sucedido, los besos de Jota, sus caricias, las palabras que me había susurrado mientras hacíamos el amor e incluso el sonido de su risa, tan sincera y entregada que parecía pertenecer a otra persona.

Giré la cabeza y ahí estaba él, boca abajo y con el rostro vuelto hacia mí. Las persianas estaban bajadas casi por completo, pero había luz suficiente para que la curva de sus labios reclamara mi atención. Desvié la mirada de ellos, a pesar de que lo que más deseaba era inclinarme sobre su boca y volver a perderme en él. Su expresión era tan serena e inocente que merecía la pena renunciar a sus besos solo para tener la oportunidad de contemplarlo.

Mis ojos dibujaron su figura desnuda. La manta apenas le cubría la mitad del cuerpo. Una de sus piernas colgaba por el borde del colchón y, mientras que con un brazo agarraba la almohada, el otro se anclaba con firmeza a mi cintura. Respondí a aquella sensual estampa esbozando lo que debió de ser una sonrisa bastante bobalicona.

Lo había hecho. Había apartado a un lado mis miedos y celos. No sabía qué era lo que nos empujaba con tanta fuerza a uno en brazos del otro. No tenía claro nada de lo que sentía por él, salvo que me atraía de forma indecente. Y sin embargo, era feliz. Hubiera podido quedarme encerrada en aquella habitación para siempre.

Solté un risita y tiré de la manta hacia un lado. Su trasero quedó al aire. Definitivamente, los vaqueros que solía usar, por muy bien que le quedaran, no hacían justicia a aquella parte de su anatomía.

La mano de Jota se clavó en mi cadera y al instante siguiente me tenía contra su pecho. Sus ojos brillaban y en torno a ellos se formaron pequeñas arruguitas cuando sonrió.

—¿No tuviste suficiente con lo de anoche? —Sonó divertido y mucho más despejado de lo que podría esperarse.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—Lo suficiente como para captar tu interés por mi culo —se jactó, con

un tinte pretencioso pero a la vez juguetón—, aunque entiendo que hace unas horas no le prestaras mucha atención. Estabas demasiado concentrada en gemir.

—No gemía —protesté, y lo empujé con ambas manos, fingiendo estar indignada.

Solo conseguí que me apretara más contra él.

—Oh, sí, sí que gemías. Todo el tiempo.

Estaba radiante. Y no era solo que estuviera presumiendo ante mí del maratón de sexo con el que nos habíamos deleitado. De repente era como si la parte de él que siempre estaba entre las sombras resplandeciera en ciertos puntos.

Alargó el cuello para llegar hasta mi oído.

—Resultaba encantador —susurró, y la piel de la nuca se me erizó.

No tuve opción a replicar. Unas pisadas resonaron fuera y alguien entreabrió la puerta sin llamar.

Me escondí tras Jota y me tapé con la manta hasta los ojos, rezando por que la oscuridad me diera refugio. No era que Lucía no fuera a enterarse más tarde o más temprano, pero no estaba preparada para que me pillara desnuda en la cama de su primo.

—Es más de mediodía, Jota. ¿Piensas salir en algún momento de la cama?

No me atreví a moverme.

—En realidad, creo que me quedaré aquí todo el día. —Oí la sonrisa escondida en su voz y me dieron ganas de pellizcarlo.

Lucía resopló. Era obvio que no se había dado cuenta de que estaba allí. Si así fuera estaría dando saltitos o gritando, o ambas cosas.

—¿Sabes dónde está Becca? Su cama... bueno, está hecha. Debe de haber salido temprano.

Capté el mensaje implícito en aquella afirmación. Lucía no sabía si había pasado la noche fuera e intentaba abordar la cuestión con tacto frente a Jota.

—Ha pasado la noche con alguien —gruñó él, y esta vez sí que le pellizqué el brazo—. ¡Joder! —se quejó.

—¿Qué pasa?

—Nada, es solo un calambre —mintió, pero su pecho temblaba conteniendo las carcajadas.

Iba a matarlo. Ahora mi amiga pensaría que me había enrollado con

algún cliente del bar y tendría que contarle la verdad. Puede que eso fuera lo que buscaba.

—¿Estás bien? —le preguntó Lucía, preocupada.

Jota se tensó. No había previsto la respuesta de su prima al insinuar que yo me había liado con otro. Ella suspiró ante su silencio.

—Sé cuánto te gusta, Jota. No tienes que fingir conmigo.

—¿Podemos hablar luego? —repuso él, inquieto.

A la vista de su cambio radical de actitud, él tampoco estaba listo para gritar a los cuatro vientos nuestra relación.

—Esto no pasaría si no te comportaras como un capullo —prosiguió ella. Sonaba enfadada—. Becca es una buena chica, pero has soltado todas tus mierdas sobre ella. Yo te hubiera dado una patada en el culo mucho antes.

—No sigas por ahí —le advirtió Jota.

La advertencia no hizo mella en el ánimo de mi compañera de piso, que había adquirido un tono entre compungido y exasperado. Parecía como si no fuera la primera vez que discutían sobre su carácter.

—Yo también la echo de menos, pero no puedes seguir apartando a todo el mundo de ti...

—Déjalo estar. ¡Cierra la puerta y lárgate!

Me encogí aún más bajo la colcha, debatiéndome entre seguir escondida o descubrir mi presencia, aunque no creía que esto último fuera lo que Jota deseaba. Por suerte, escuché un portazo y unos pasos alejándose poco después por el pasillo.

Esperé sin moverme, consciente de que la reacción de Jota a lo sucedido podía hacer que mis miedos regresaran. Aunque había prometido comportarse, lo nuestro no había pasado de un comienzo tambaleante que podía acabar en un final prematuro en cualquier momento.

—Lo siento —farfulló, volviéndose hacia mí.

La arruga de su ceño había retornado y el azul de sus ojos se agitaba, turbulento y más oscuro que minutos antes. No obstante, la calidez de su boca sobre mis labios fue la misma cuando me dio un beso fugaz.

—No quería que te descubriese aquí. —Aquello me dolió, aunque yo misma me hubiera escondido como una cobarde—. Pensé que querías decírselo tú misma.

Mi enfado desapareció. Tendría que aprender a concederle el beneficio de la duda. Puede que fuera él el que debiera sentirse mal por mi forma de

actuar. Era yo la que me había atrincherado bajo las mantas.

—Puedo cederte ese placer si quieres —bromeé, enlazando mis brazos alrededor de su cuello y atrayéndolo hacia mí.

La sonrisa retornó a su cara. Con las palmas contra mis mejillas, fue depositando pequeños besos sobre mis labios. Introdujo una de sus piernas entre las mías.

—Sigues desnuda. —Su mano se deslizó por mi costado hasta llegar a mi muslo. Enlacé la pierna en torno a su cadera.

—Ajá.

Sabía que en algún momento Jota y yo tendríamos que sentarnos a hablar. Pero estaba dispuesta a aplazarlo hasta que él estuviera preparado, siempre que mantuviera su promesa.

—Yo también —apuntó, y su boca se desplazó hasta mi cuello.

El mismo fuego que me había consumido la noche anterior cobró fuerza de nuevo. Me pregunté si las llamas no terminarían por arrasar mi interior, si era eso lo que me esperaba junto a él.

Jota se detuvo, como si percibiera cierta indecisión en mis movimientos. No se le podía negar que era observador. Retiró un mechón de pelo de mi frente y me miró a los ojos. Había tanto escondido tras aquellos iris celestes. Por un momento sentí miedo de que si alguna vez alcanzaba su interior, fuera yo la que saliera corriendo en dirección contraria. Tampoco podía considerarme una persona demasiado estable.

—Todo irá bien, B —aseguró. Me obligó a girarme y acomodó mi espalda contra su pecho—. Duerme un poco más.

Me dejé acunar por la firmeza de su abrazo.

No sé quién de los dos se durmió primero, o si él llegó a hacerlo siquiera. Pero al despertarme estaba sola bajo las sábanas.

No supe qué pensar de su desaparición hasta que mis ojos tropezaron con una nota que llevaba mi nombre. Jota la había dejado sobre la mesilla de noche, apoyada en su iPod. La abrí sin saber muy bien con qué me sorprendería en esta ocasión.

Tú y yo. Pizza después del trabajo. ¿Tenemos una cita?

J.

Admito que pataleé sobre el colchón como una quinceañera a la que su ídolo hubiera dedicado un guiño durante un concierto.

Era sábado y ambos teníamos que trabajar, por lo que cualquier plan quedaba descartado, y aun así él se las había arreglado para convertir la

jornada laboral en un excitante prelude. Me permití sonreír y envié a paseo todos mis recelos.

Recuperé mi ropa del suelo, salí al pasillo y me escurrí en el interior de mi habitación. Cuando me aseguré de que estaba sola en casa me aventuré en dirección a la cocina. Eran las cuatro de la tarde y mi estómago rugía, reclamando algo de comida. Me preparé una ensalada y un sandwich a toda prisa y me senté en una de las sillas.

Ya había engullido gran parte de la ensalada cuando apareció Lucía. Llevaba puesta ropa deportiva. Supuse que habría salido a correr. Me escaneó de pies a cabeza antes de dirigirme la palabra. Pensé que daría algún tipo de rodeo para sonsacarme información acerca de con quién había pasado la noche, pero fue directa al grano.

—¿Dónde has dormido?

—Buenos días, Lu —contesté, solo por molestarla—. ¿Quieres?

Empujé la mitad del bocadillo en su dirección, pero negó con la cabeza.

—Querrás decir buenas tardes.

Hice un gesto con la mano, restando importancia a mi desfase horario, pinché con el tenedor un trozo de tomate y lo mastiqué con lentitud.

—¿Y Jota? —pregunté fingiendo desinterés, aunque estaba deseando saber si volvería pronto.

—No lo sé, estaba durmiendo cuando he salido.

No debía hacer mucho rato que se había marchado. Mi compañera de piso no era legendaria por su resistencia. Fue hasta la nevera y cogió una botella de agua, le dio un par de sorbos antes de volver a concentrarse en mí. Aproveché para hincarle el diente al sandwich.

—Puede que tenga uno de sus días malos —señaló, apoyándose en la encimera.

—¿Jota? —Ella asintió y me dieron ganas de reírme—. Estará bien.

—Te has tirado a otro tío, Becca —soltó, incapaz de contenerse un minuto más.

A pesar de que me esperaba algún tipo de comentario al respecto casi me atraganté con un trozo de pan. Tosí varias veces. Lucía me acercó el vaso del zumo que me había servido y había olvidado junto a la nevera.

—No me he tirado a nadie... Bueno, sí, pero... ¿Por qué estás tan cabreada?

Puso los ojos en blanco y vino a sentarse junto a mí.

—Jota a veces es un cabrón, pero es mi primo y lo quiero. Pensaba que

tú y él...

—¿Que él y yo qué?

Me sentí un poco mal por estar divirtiéndome a su costa. Pero todo el mundo parecía tener algo que decir acerca de nuestra relación, y por algún motivo no quería tener que explicarles cada paso que dábamos. No quería sentirme evaluada. Esto era algo entre Jota y yo. Bastante difícil lo teníamos ya lidiando con nuestros propios miedos.

—Solo digo que debe estar muy cabreado.

—¿Quieres apostar?

Soltó una carcajada, muy segura de que la próxima vez que su primo y yo nos encontráramos asistiría a una de nuestras épicas batallas dialécticas. Bien, estaría encantada de ver qué cara ponía cuando se diera cuenta de lo equivocada que estaba.

Apostamos. Ella contra mí, y yo contra el resto del mundo.

19

—¿Lista? —preguntó Lucía.

Ignoré el tono burlón de su voz. Durante el resto de la tarde había insistido en conocer la identidad de mi misterioso ligue. Yo no había hecho otra cosa que reírme. Puede que estuviera disfrutando más de lo que debiera.

Jota me envió un mensaje a las siete, informándome de que no pasaría por casa e iría directo al bar. No había nada que delatara cómo iba a reaccionar, pero medio minuto más tarde mi móvil volvió a vibrar.

¿Sigue en pie nuestra cita?

Le contesté con un escueto: *Sí.*

Encaraba mi reencuentro con él con una mezcla de ansiedad y felicidad. Estaba emocionada, no pensaba negarlo. No recordaba haberme sentido así desde hacía mucho tiempo. Ni siquiera las últimas reconciliaciones con Mateo tenían el dulce sabor del que disfrutaba en ese momento.

Le enseñé la lengua a mi compañera de piso de manera infantil, aunque ella correspondió al gesto con una carcajada.

—Enseguida acabo.

Me había enfundado unos pantalones oscuros y un corsé negro y blanco, regalo de Carla que no había querido estrenar aún porque me resultaba algo excesivo. Tenía una talla de sujetador que me permitía rellenarlo sin parecer vulgar, pero incluso así sabía que iba a llamar la atención. Me maquillé con discreción y me eché unas gotitas de Valentina tras las orejas y en las muñecas. Había cambiado mi perfume de toda la vida meses atrás en un intento por desvincularme de todo lo que me recordara a mi ex, y aunque era bastante especial en cuanto a los olores, una vez que había descubierto este no dudé en convertirlo en mi favorito. Y eso que no era nada barato.

—Lista —anuncié al entrar en el salón.

Lucía me examinó con atención y negó con la cabeza, aunque a sus labios asomaba una sonrisa pícaro.

—Vas a ponérselo difícil, ¿eh? —me reprendió de forma cariñosa—. Lo tiene merecido por imbécil.

—Eres peor que yo.

—¿Tu ligue irá esta noche?

Estuve a punto de claudicar y contárselo todo, pero me contuve.

Mi amiga llevaba bastante bien el hecho de creer que Jota se pondría hecho una furia en cuanto me viera. No sabía si esperaba que me arrepintiera al ver a su primo cabreado o bien creía que se merecía una lección. Seguramente ambas cosas.

—Puede —contesté, evasiva.

—Vale, le diré a Tony que esté atento. Que sepas que estás jugando con fuego, pero tranquila, estaré ahí para decirte «Te lo dije», y ganar nuestra apuesta, por supuesto.

—Ya veremos, Lu. —Abrí la puerta y ella salió pavoneándose—. Puede que Jota te sorprenda.

Se metió en el ascensor mientras yo cerraba con llave.

—Puede que me sorprenda incluso a mí —comenté para mí misma.

Llegamos tarde gracias a mi afán por arreglarme más de lo previsto. Mi amiga creía que lo hacía porque esperaba que mi chico misterioso apareciera en algún momento de la noche y yo no hice nada por sacarla de su error. Para cuando atravesé la entrada del Level —sola, porque Lucía se quedó regazada cuchicheando con el portero—, ya había gente pidiendo copas y desperdigada entre las mesas.

Nerviosa, descendí hasta la mitad de las escaleras sin apartar la vista del suelo. No había pensado en cómo iba a saludar a Jota. ¿Un beso? ¿Un pico? Ni siquiera estaba muy segura de que la noche pasada nos hubiera convertido en *algo*. Pero lo que sí sabía era que no iba a salir corriendo.

¿Me estaba volviendo tímida de repente? Sacudí la cabeza.

«Vive, vive, vive», el eco de las palabras de Lucía resonó en mi mente. Y fue el impulso que necesité para alzar la cabeza y buscar a Jota tras la barra.

Mis ojos dieron con él. Se inclinaba sobre su portátil de espaldas a mí, por lo que no se había percatado de mi presencia. Lucas, en cambio, me dedicó un sonrisa a modo de saludo. Pasé de largo, retrasando lo inevitable, y bajé al sótano para dejar el bolso y la chaqueta en el despacho.

Respiré hondo y me armé de valor, pero antes de darme la vuelta ya tenía a Jota pegado a mi espalda. Colocó un brazo a cada lado de mi cuerpo y me acorraló contra la mesa, impidiendo que me girase. Su aliento me acarició la nuca.

—No sé si podré esperar a que nos comamos la pizza —comentó, y sus labios rozaron mi cuello—. En realidad, estoy a punto de subir arriba y

echar a todo el mundo del bar.

Solté una carcajada.

—No creo que Lucas te lo permita —señalé, satisfecha por su visceral reacción.

—A la mierda Lucas.

Me alzó en volandas y me sentó sobre el escritorio. Tenía esa mirada turbulenta en los ojos y una sonrisa condenadamente sexy. Con la mano sobre mi nuca, me atrajo hacia él y me dio un beso largo y profundo. Las mariposas de mi estómago se transformaron en dragones.

No nos separamos hasta que nos vimos obligados a respirar.

—Estás preciosa y hueles demasiado bien, B —dijo, aún contra mi boca—. Dudo tener el control necesario para no cargarte sobre mi hombro y sacarte del bar antes de que acabe la noche.

—¡No serías capaz! —Me reí. Enarcó las cejas, y me quedó claro que no bromeaba—. Sí, sí lo eres. Tenemos que trabajar.

Ladeó la cabeza y su mano ascendió por mi estómago hasta al alcanzar la puntilla que remataba mi escote. Me mordí el labio inferior. Jota sabía cómo ponerme a mil, daba igual la situación en la que nos encontráramos. Destilaba ese erotismo innato que solo poseen unos cuantos tíos. Cualquier cosa en sus labios sabía a sexo.

—Lo único en lo que voy a pensar durante toda la noche va a ser en desatar las tiras de este corsé —admitió, mientras jugueteaba con los cordones—. Yo, y todos los tipos de este local.

El tinte celoso de sus palabras consiguió que me envalentonase. Lo normal hubiera sido que huyera de ese tipo de demostraciones posesivas, pero mentiría si dijera que no sentí que había ganado una pequeña batalla.

—¿Inseguro? El gran Jota está celoso... —me jacté. Puse las manos sobre el escritorio y me incliné hacia atrás.

—Para nada, B —repuso él—. Cuando acabe la noche y ellos se marchen solos a casa, seré yo el que te desnude y te lo haga sobre una de esas mesas.

Dicho lo cual se dio media vuelta y abandonó el despacho, dejándome sola y, para qué negarlo, con un calentón de narices.

Me costó un par de minutos recobrar la compostura y que mi respiración volviera a la normalidad. Lucía me encontró sentada aún en la mesa y con la mirada perdida en el infinito. Lo que no sabía era que yo me estaba imaginando lo que sucedería al final de mi jornada laboral.

—Tienes cara de imbécil —me soltó en cuanto traspasó la puerta.

Parpadeé varias veces y la tórrida escena que llenaba mi mente se esfumó. Me puse en pie y me alisé la ropa. Mi amiga no perdía detalle de mis movimientos.

—¿Qué pasa? Ya te has cruzado con Jota, ¿no? —Dejó el bolso sobre la silla y sonrió con malicia—. ¿He ganado la apuesta?

—No, de eso nada. La apuesta sigue en pie.

Subimos juntas las escaleras. Lucía fue directa hacia la barra y yo la seguí, haciéndome la remolona. Un tío se interpuso en mi camino, cortándome el paso.

—¿Puedo invitarte a una copa? —La propuesta me pilló tan desprevenida que no pude evitar sonreír.

Malo. Si un tío te invita a tomar algo y le sonríes, suele creer que tiene algo que hacer contigo. Lo más probable es que, si consigue que accedas, esté ya comprobando que lleva condones en la cartera. Y aunque el chico no estaba nada mal —rubio de ojos claros y con una bonita sonrisa—, yo tenía un plan más interesante para el final de la velada.

—Lo siento, trabajo aquí.

—Entonces hoy serás tú nuestra camarera —apuntó, devolviéndome la sonrisa y tirando del brazo del tipo que estaba a su lado para atraer su atención—. Trabaja aquí.

Mientras que él parecía simpático, a pesar de su poco sutil abordaje, el amigo era el típico baboso de bar. Me dio un repaso de arriba abajo que consiguió que me sintiera desnuda, y a sus labios asomó una sonrisa lasciva. Me dieron ganas de ir a por una botella de agua fría y derramarla dentro de sus pantalones.

—¿Qué tal si nos traes dos cubatas, preciosa? —También arrastraba las palabras, lo cual era síntoma de que ya se había tragado una buena dosis de alcohol.

—Puedes ir a la barra a buscarlos tú mismo.

Me despedí del chico amable con un gesto y me di media vuelta, pero él me agarró de la mano.

—No le hagas caso, es un gilipollas —me susurró, acercándose a mí más de lo necesario.

Retrocedí un paso y miré la mano que mantenía entre las suyas. Me soltó de inmediato.

—Iremos a por las copas —le oí decir, aunque yo ya estaba de camino a la barra.

Crucé una mirada con Lucas, que debía haber observado lo sucedido, y vino hasta mí cuando me disponía a atender al primer cliente de la noche.

—Si ese par de imbéciles vuelve a molestarte me lo dices. Tony estará encantado de patearles el culo.

—Puedo manejarlo —repliqué, aunque agradecía el gesto.

Cuando Lucas regresó al trabajo miré en dirección a la esquina reservada a Jota, pero no estaba allí. Barrí con la mirada el resto del local. Lucía danzaba entre las mesas recogiendo vasos vacíos y a David no lo encontré por ninguna parte, supuse que llegaría tarde, como siempre. Ni rastro de Jota.

Una chica me pidió dos cervezas y se las serví. Puse el dinero en la caja y me giré de nuevo para escrutar las caras de la gente que empezaba a llenar el bar. Tras unos clientes más, aparecieron ante mí los dos tíos de antes. Se me escapó un suspiro de resignación.

—¿Qué os pongo? —Reprimí una carcajada en cuanto me di cuenta de que el baboso llevaba la camisa empapada.

La canción que estaba sonando terminó y me volví en un acto reflejo para comprobar si Jota ya había acudido a su sitio. En cuanto mis ojos dieron con él me dedicó un guiño. Fruncí el ceño y él señaló en mi dirección, conteniendo la risa.

—¿Te importa dejarnos algunas servilletas? Un idiota le ha derramado la bebida encima.

No me llevó más de un segundo comprender quién era el *idiota*. Traté de no reírme. Al menos no le había partido la cara.

—Sí, claro.

Le tendí varias aunque dudaba de que pudiera arreglar el desaguisado de su ropa con ellas. Emanaba un fuerte olor a whisky. Jota debía de haber llenado el vaso solo con alcohol, y aquel desgraciado no iba a poder deshacerse de ese hedor hasta que se metiera bajo la ducha.

El tipo se frotó con el papel sin dejar de soltar tacos. Cuando se dio cuenta de que era inútil se rindió y se marchó en dirección al baño.

—Al fin solos. Me llamo Mateo. —Juro que me dieron arcadas—. ¿Puedo saber cuál es tu nombre?

Valoré la posibilidad de imitar a Jota y tirarle por encima una cerveza, pero me contuve. Tampoco es que él tuviera la culpa de tener el mismo maldito nombre que mi ex.

20

La afluencia característica de un sábado por la noche me salvó de aguantar a Mateo. Le serví su bebida y me excusé con rapidez alegando que debía seguir trabajando. No tuve un segundo libre durante las siguientes horas y Jota no se separó de su portátil en ningún momento, aunque de vez en cuando me miraba y sonreía. Ni siquiera Lucía pudo permitirse el lujo de estar pendiente de su primo y lo que esperaba fuera una de sus reacciones desproporcionadas.

David se había llevado una buena bronca de Lucas por su retraso y su premio había sido subirse a la barra aunque no le tocara. Sin embargo, las chicas que atestaban el Level lo agradecieron y aplaudieron sus movimientos desde el inicio hasta el final de la canción.

—Tú eres la siguiente —me chilló Lucas al pasar por mi lado en dirección a la cubitera.

Lucía sirvió un chupito y lo deslizó sobre la barra hasta que quedó justo delante de mí. Dio un salto de emoción, encantada con su buena puntería. Me lo tragué sin pensar. No había vuelto a bailar desde la fiesta de los moteros. Le hice un gesto para que me pasara otro. No sabía qué demonios le había echado, pero me quemó la garganta y mi estómago se calentó en apenas una fracción de segundo.

—¿Quieres matarme? —articulé con los labios.

Ella alzó las cejas y, con un gesto de barbilla, señaló a mi espalda. Se cruzó de brazos y sonrió ufana. Me volví para ver lo que le hacía tanta gracia y me encontré con Jota a pocos centímetros de mí.

—Ya no me hace tanta gracia que esa panda de tipejos te babea encima —me espetó sin miramientos.

—Solo voy a bailar. —Sin querer, me reí en su cara. Iba a tener que hablar con Lucía sobre su forma de preparar los chupitos.

—Y ellos a follarte con la mirada.

Se me abrieron los ojos de par de par. Estaba acostumbrada a las salidas de tono de Jota, pero aquello era demasiado incluso para él. Me pareció escuchar la risita de mi compañera de piso a mi espalda.

Tomé aire despacio y lo solté de igual manera. Si había algo que sabía reconocer eran los ataques de celos, y el de Jota era brutal. Y eso me llevaba a otra cuestión crucial: ¿qué creía él que había entre nosotros?

Porque si éramos pareja, yo resultaba ser la última en enterarme.

—Es trabajo —repliqué—, si tanto te molesta habla con Lucas.

El aludido se acercó a nosotros sin saber muy bien sobre qué discutíamos.

—Hay clientes esperando —nos reprendió. Echó un vistazo rápido a la expresión malhumorada de Jota y puso los ojos en blanco.

—Esto es una gilipollez —se quejó él.

Otro chupito resbaló en mi dirección pero Jota se hizo con él y se lo bebió antes de que pudiera impedirlo. Lucía debía de estar pasándose de miedo con el espectáculo.

—Deja de animarla, Lu —le gruñó a su prima.

La gente empezaba a mirarnos. David también había dejado lo que estaba haciendo para contemplar la escenita, y en primera fila de la barra teníamos a un grupo de chicas que parecían de lo más interesadas en nuestra disputa.

—¿Qué demonios os pasa a los dos? —nos amonestó Lucas, que empezaba a perder la paciencia.

—Jota se cree con derecho a decirme lo que tengo que hacer —me burlé, solo Dios sabe por qué razón.

En realidad creo que lo hice por miedo a sacar conclusiones equivocadas de su forma de actuar. ¿Quería decir aquello que estábamos saliendo? Y si de verdad era así, ¿creía él que por ser su novia iba a agachar la cabeza y obedecerlo? No, esta vez no. Nunca volvería a darle a nadie semejante poder sobre mí.

Y como siempre, Jota hizo lo que menos esperaba. Acortó la distancia que nos separaba y me besó. Su lengua tanteó mis labios hasta que no me quedó más remedio que abrirlos y darle paso. Había rabia contenida en aquel beso, pero también pasión y deseo. Una de sus manos descendió a lo largo de mi columna mientras que la otra me aferraba de la nuca para evitar que pudiera separarme. Dejé de pensar con lucidez a los pocos minutos, aunque seguía enfadada con él.

Durante el tiempo que duró nuestro numerito escuché a Lucas soltar una carcajada y a Lucía maldecir, además de unos cuantos silbidos y comentarios bastante vulgares. Al separarnos los ojos de Jota brillaban expectantes. Hasta que alcé la mano y le crucé la cara.

—¡Eso ha estado fuera de lugar! —le reproché—. No soy una vaca a la que marques con tu sello para que ningún otro vaquero se acerque a ella.

Sonó mejor en mi mente que al pronunciarlo en voz alta, pero ya estaba dicho. Jota besaba jodidamente bien, tanto que ardía en deseos de arrancarme la ropa y arrancársela a él, sin importar quién estuviese mirando. Pero mi cabreo se impuso a mi libido. Por muy poco, he de admitir.

Se tocó la mejilla y me sonrió. Sí, una sonrisa amplia y descarada. Le encantaba sacarme de quicio.

—Pensaba que teníamos algo, aunque me encantaría poder marcarte —dijo, muy pagado de sí mismo.

Bufé y les di la espalda a Lucas y a él. Evité también la mirada de Lucía y me dispuse a ignorarlos para concentrarme en mi trabajo. Las chicas que esperaban a ser atendidas me miraron perplejas. Las reconocí como el grupito de fans de Jota que acudía cada fin de semana y no le quitaba los ojos de encima. Seguro que me acababa de ganar un puñado de enemigas.

Jota regresó junto al portátil.

—No soy su novia —les comenté en un gruñido. Ni siquiera sabía por qué les estaba dando explicaciones.

—Mejor —exclamó una con alegría, y fue la gota que colmó el vaso.

Tenía que salir de allí o acabaría gritándole a aquella chica o poniéndome en evidencia.

—Lucas, necesito unos minutos. —Señalé la puerta.

—No se comportaría como un imbécil si no le gustaras, Becca —afirmó él, conciliador, aunque los exabruptos de Jota tampoco le gustaban lo más mínimo—. Te lo dice alguien que ha hecho muchas tonterías por amor.

Negué con efusividad.

—Terminará por volverme loca. No soporto la montaña rusa de sus emociones.

—Que yo sepa, nunca ha estado tan pillado por nadie —terció, acercándose a mí para que nadie más que yo pudiera oírle—. No sabe cómo hacer frente a eso. Ten paciencia, B.

Lo miré como si me hubiera dicho que la Tierra era plana. ¿De dónde se sacaba Lucas que Jota nunca había tenido esa clase de sentimientos por nadie? ¿Y la chica que había fallecido? ¿Y cómo sabía él que estaba tan *pillado* por mí?

—¿De qué hablas? —lo interrogué, ignorando las protestas de las clientas que me reclamaban para que terminara de atenderlas.

—Solo es un consejo. Deberías hablar con él.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —me quejé—. Voy a salir a tomar el aire.

Mi jefe me dejó ir después de dedicarme una mirada de comprensión y una de sus espectaculares sonrisas. Ari tenía suerte de tenerlo a su lado. Parecía un tío de lo más coherente y centrado.

Me entretuve charlando con Tony, que se aburría apoyado contra la fachada del edificio. En un principio me había parecido una exageración que un local de las características del Level contara con portero, pero vista la cantidad de problemas que traía consigo el hecho de que los camareros bailásemos sobre la barra, resultaba todo un acierto contar con él.

Paseé calle arriba y abajo para despejarme y de paso hacer frente a la brisa fresca que se había levantado. ¿Qué quería Jota de mí? Y aún más complicado, ¿qué esperaba yo de él? Había venido hasta Madrid huyendo de una relación y sin ninguna intención de meterme en otra. Y aquí estaba, devanándome los sesos por un tío que si no era bipolar estaba bastante cerca de serlo. Casi parecía una broma del destino.

Enfilé la calle y volví sobre mis pasos. A pocos metros del bar vi que Jota salía del local y miraba a ambos lados. Cuando me vio se lanzó a la carrera en mi dirección como si le fuera la vida en ello. Me preparé para lo peor. Cualquier cosa viniendo de él...

21

—Me he pasado. —Enarqué la ceja ante lo que me pareció una versión edulcorada de la realidad. Él se revolvió el pelo con la mano, giró sobre sí mismo y se alejó varios pasos para regresar enseguida junto a mí—. Mucho, me he pasado muchísimo, B. Lo siento.

Suspiré y lo agarré de la camisa para detener su andar errático. Me estaba poniendo de los nervios.

—¿Qué es lo que quieres, Jota? —inquirí, arrepintiéndome de haberlo sujetado. Su cara había quedado a escasa distancia de la mía—. Me da la sensación de que esto no es más que un juego para ti. Y es lo último que necesito.

Se puso tan serio que pensé que a continuación se produciría uno de sus estallidos emocionales. No fue así.

—Estar contigo, B —afirmó, con cierto tono desesperado—. Y dejar de cagarla. No sé si seré capaz de lo segundo, pero respecto a lo primero no había tenido algo tan claro desde... Bueno, desde nunca.

Lo miré a los ojos. Sus palabras estaban cargadas de sinceridad y, aún peor, de angustia, como si pensase que no iba a creerle. Tenía un aspecto vulnerable. No parecía más que un niño, y me pregunté si Lucas llevaba razón al decir que nunca había tenido una relación seria con nadie.

Pero en la otra cara de la moneda estaba yo, alguien a quien habían destrozado el corazón, de quien se habían aprovechado, y que no sabía amar de otra forma que no fuera entregándolo todo. Por eso me resistía tanto a dejarme arrastrar por aquella relación, porque sabía que, si cedía, acabaría dándole a Jota la llave de mis sentimientos y, con ello, la posibilidad de destruirme.

Daban igual los consejos que me diera Lucía o los que me gritara mi lado más temerario cuando le tenía frente a mí, como ahora. Vivir para mí significaba amar de verdad. No podía ponerme condiciones ni trazar líneas, porque al final terminaría traspasándolas.

—No sé si puedo con esto, Jota —reconocí, y sus labios se entreabrieron para dejar escapar un suspiro. Volví a reconocer el olor a granadina en su aliento y eso me hizo evocar el sabor de sus besos—. No... no estoy preparada.

Jota era apasionado. No importaba lo que sus amigos o su propia prima

pensaran de él. En el fondo había algo que latía dentro de él y guiaba sus actos, de la misma manera que yo no podía evitar implicarme si alguien me gustaba. Y eso me atraía, pero en mi estado era como mantener una granada sin anilla en la mano; acabaría explotando.

Ladeó la cabeza y entornó los ojos, y durante un instante pensé que observaría el dolor a través de mi mirada.

—Lu dijo que fuera cuidadoso contigo. Pensé que era una forma de hablar, pero no es así. —Di un paso atrás. No deseaba tener esa conversación con él—. ¿A qué se refería?

—No quiero hablar de eso.

Me crucé de brazos y adopté una actitud distante. Él avanzó y me agarró de los codos, impidiendo que retrocediera de nuevo.

—Puedes contarme lo que sea, B. Confía en mí.

—¡No quiero! —exclamé con rabia, y él apretó los labios, dolido.

—No pasada nada, está bien —se apresuró a decir—. No tienes que contármelo.

Dejó caer las manos y la piel de mis brazos echó en falta la calidez de su contacto.

—Volvamos —sugerí, desalentada por cómo había transcurrido la noche. No era lo que esperaba—. Lucas debe preguntarse dónde estamos.

—Te estás alejando de mí —repuso él, a pesar de que no me había movido de su lado—. Desde que llegaste no me has mirado como los demás. No te ha importado lo que dijera o lo que pareciera ser. Seguías ahí, plantándome cara, escarbando más y más profundo.

Hizo una pausa para rodear mi cara con sus manos y acarició mis labios con el pulgar. El azul turbio de sus iris parecía capaz de tragarme entera.

—Dime que sigues aquí, por favor —suplicó, y mi determinación se tambaleó. Yo quería seguir allí. Dijera lo que dijera mi mente, el resto de mi cuerpo deseaba continuar allí.

Tras su ruego Jota depositó un beso sobre mi frente. Dejó sus labios apoyados en mi piel, alargando el momento de aquella extraña despedida. Había multitud de emociones impregnadas en ese sencillo beso.

El gesto me desarmó, como si algo saltara dentro de mí y los sentimientos que había ido escondiendo durante semanas se negaran a permanecer ocultos por más tiempo. La veleta en la que me había convertido giró y lo señaló a él, sin importar de dónde viniera el viento.

Llamadme tonta, ilusa o soñadora, pero nunca nadie me había dicho

tantas cosas con tan pocas palabras. Ni siquiera Mateo al inicio de nuestra relación, cuando aún se molestaba en aparentar que yo le importaba.

Me dio la espalda y yo me quedé inmóvil, asumiendo lo que acababa de ocurrir en mi interior.

—Jota. —Volvió a mirarme y le dediqué una sonrisa, tímida al principio pero que se fue extendiendo por mi cara sin que pudiera hacer nada para contenerla.

Juro que sus ojos relampaguearon.

Le apunté con el dedo e hice todo lo posible para ponerme serio. Él se acercó, cauteloso, hasta que mi dedo se clavó en mitad de su pecho.

—Necesitas trabajar tus modales. —Asintió—. Mucho. Y si vuelves a liar alguna parecida, juro que le prenderé fuego a tu moto y me sentaré a ver cómo arde. Y no estoy bromeando.

Sus manos volaron hasta mi cintura y esbozó una sonrisa ladeada que me robó el aliento. Resultaba curioso que el carácter de Jota estuviera repleto de zonas oscuras, porque las que brillaban lo hacían con tanta intensidad que era imposible no sucumbir a él. Siempre había deseado mi propia historia de amor, épica e inolvidable, y allí estaba, frente a mí, a la espera de que redujera la distancia entre nuestros labios y, con ello, aceptara de una vez por todas que no quería alejarle de mí.

Mi cuerpo tomó la decisión mucho antes de que mi mente diese la orden. Mis labios se entreabrieron, dispuestos a saborear sus besos, y mis manos se anclaron tras su nuca, decididas a no dejarlo escapar. Cuando su boca atrapó la mía la calle desapareció. Su olor, su tacto, su sabor... todo era él, y solo él. Pero, además, las dudas se diluyeron conforme nuestras lenguas se dedicaban caricias y los dedos de Jota se clavaban en mis caderas, acercándome más a su pecho.

—Prométeme una cosa —rogó, con la emoción tiñendo su voz—. Si cambias de opinión... Prométeme que me avisarás antes de que decidas dejarme. No te alejes de mí sin más, no lo soportaría.

Lo besé en la comisura de los labios y hundí la cara en su cuello para llenarme los pulmones con su aroma.

—No voy a ir a ningún lado, Jota.

—Promételo —insistió—. Me da pánico levantarme un día y darme cuenta de que ya no estás.

Lo miré y la expresión atormentada de su rostro fue suficiente para darme cuenta de que no estaba exagerando. La idea le aterraba.

—Lo prometo.

Nos besamos de nuevo con un ansia apenas contenida, como si lo hiciéramos por primera vez y nos estuviéramos descubriendo el uno al otro. Hubiéramos seguido haciéndolo toda la noche, sin importar que la gente pasara a nuestro lado o que la temperatura del ambiente no hiciera más que descender. Ninguno de los dos parecía prestar atención a nada que no fuera la presencia del otro.

—¡Eh! ¡Tortolitos!

Un gruñido reverberó en el pecho de Jota.

Abrí un ojo y vi a Lucas calle arriba plantado en la puerta del bar con los brazos en jarras y una mueca burlona en el rostro. Empujé a Jota con suavidad, pero se resistió a abandonar mis labios. Me reí.

—Trabajo —farfullé contra su boca. Volvió a gruñir—. Jota, ahora sí que tenemos que volver.

—Está bien —terció él, liberándome—. Hagámoslo oficial.

Fruncí el ceño sin saber muy bien a qué se refería, pero él no tardó ni un segundo en alzarme en brazos y comenzar a andar con tranquilidad hacia la entrada del Level. Lucas apenas podía contener las carcajadas, incluso Tony había empezado a sonreír, y eso que siempre iba de un lado a otro con cara de pocos amigos.

—¿Puedo? —me preguntó, antes de llegar hasta ellos—. No quiero estropearlo, pero me encantaría gritarles a todos que eres mi chica.

—Lo de gritar es figurado, ¿verdad?

Hizo un gesto de asentimiento, aunque tras él se le escapó una risita.

«¡Qué demonios!», pensé, y le di vía libre.

—¿Os importaría echar una mano? Tengo una horda de clientes sedientos y os recuerdo que os pago por servirles —nos regañó Lucas. No obstante, pareció más divertido que enfadado.

—Tú también te escaqueas con tu chica —apuntó Jota, remarcando la última palabra.

Estaba disfrutando con aquello. Disfrutando mucho. Se me encogió el corazón al verlo tan feliz.

Lucas le dio una palmadita en el hombro y él se adentró en el bar conmigo todavía en brazos. Descendió por las escaleras y se dirigió hacia la barra con parsimonia. Yo escondí la cabeza contra su pecho, abochornada. Pero Jota no se limitó a dejarme en el suelo. Plantó mi culo sobre la madera del mostrador, y para cuando ya se había asegurado la

atención de la mayoría de la clientela y la de todos los camareros, incluida su prima, me tomó del cuello y me dio un largo beso. Los silbidos se elevaron por encima de la música y yo me derretí entre sus brazos, deseando que, esta vez sí, aquella noche fueran todas las noches a partir de ahora.

22

El resto de la noche lo pasamos entre miradas provocadoras, roces casuales —y no tan casuales— y un sinfín de besos robados. Para cuando llegó la hora de cerrar no veía el momento de quedarme a solas con él. Al mismo tiempo que servíamos copas, Jota no se cansó de ir calentando motores, y las caricias en la parte baja de mi espalda y las insinuaciones en susurros cuando pasaba a mi lado no ayudaban en nada a que yo me concentrara en el trabajo.

Lo observé con disimulo mientras recogía vasos a medio beber y botellas de cerveza. Los vaqueros le caían sobre las caderas y la camiseta se le subía cada vez que se inclinaba sobre una de las mesas, mostrando una franja de su firme abdomen. El tatuaje del dragón asomaba de vez en cuando y el color de las llamas que escupía por la boca variaba del naranja al rojo según la posición. Me dieron ganas de ir hasta él y acariciarlo.

Le di un trago a la botella de agua que tenía entre las manos. Lucía vino hasta donde estaba y se apoyó en uno de los taburetes.

—Si las miradas follasen.

Escupí todo el agua que tenía en la boca, y la que ya me había tragado se volvió sólida en algún punto intermedio de mi esófago.

—Joder, Lucía —le espeté entre toses.

No me sorprendió que me pillara, más bien que fuera tan directa. Me dio un par de golpecitos en la espalda, pero se partía de risa.

—Es que te lo estás comiendo con los ojos. Conseguirás que su ego nos aplaste a todos contra la pared hasta morir asfixiados —bromeó, y tuve que darle la razón.

Jota nos miró al escuchar nuestras risas. Enarcó una ceja, probablemente preguntándose qué nos hacía tanta gracia, y siguió a la suyo.

—Bueno, he ganado la apuesta.

—¡De eso nada! —repuso ella, indignada—. Pero si le has calentado la cara delante de todo el mundo.

—Sí, pero él no estaba enfadado.

David pasó a nuestro lado cargado con dos bolsas enormes de basura.

—No ayudéis, ya puedo yo —ironizó mientras las subía por las escaleras.

—No lo hemos dudado ni por un segundo —le contestó Lucía. Hizo un

gesto con la mano, animándolo a darse prisa, y retomó nuestra disputa—. Da igual, Becca, habéis montado el numerito.

—Apostamos a que él estaría muy cabreado, lo de las escenitas creo que es algo intrínseco a nuestra relación.

—Así que ahora tenéis una relación —replicó con malicia, dándome con el codo en el costado.

—Eso espero, porque anoche dormí en su cama.

La mandíbula se le descolgó de la impresión. No entendía cómo era posible que no hubiera atado cabos, pero su sorpresa era evidente. Antes de que pudiera empezar un intenso y agotador interrogatorio me levanté y fui hasta Jota, dejándola en pleno *shock*.

Lo abracé por la espalda, tomándolo desprevenido. Se puso tenso un segundo, pero sus músculos se relajaron enseguida.

—Hueles jodidamente bien, B —ronroneó de placer, dándose la vuelta para apresarme contra su pecho.

Me acarició el cuello con la nariz y sus dedos jugaron con los cordones del corsé. Miré por encima del hombro, Lucía continuaba observándonos.

—Está alucinando —le comenté a Jota—, no sabía nada de lo de anoche. Esperaba que estuvieras cabreado.

—¿Y eso por qué? —Sus manos se deslizaron espalda abajo.

Metí las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros y lo empujé disimuladamente hacia mí.

—Porque estaba convencida de que anoche me había liado con otro tío. Así que me aproveché del malentendido e hicimos una apuesta.

Movió las manos hasta mis nalgas y me alzó en vilo hasta afianzarme sobre sus caderas. Me vi obligada a rodear su cintura con las piernas. Fue caminando hasta su prima y me sentó a su lado.

—Así que apostando contra mí, Lu.

—Sois lo peor. Los dos. —Nos señaló fingiendo estar enfadada, pero en realidad creo que le hacía feliz vernos juntos—. Y tú, Becca, has perdido. No me importa lo que digas, os habéis gritado como energúmenos.

Se cruzó de brazos y amagó un puchero. Me recordó al gato con botas de *Shrek*. Era adorable.

—¿Qué habíais apostado?

Lucía y yo intercambiamos una mirada y nos echamos a reír.

—¿Qué? Venga, no seáis malas.

—Lucía estaba tan segura de que ganaría que prometió ser ella la que baile la próxima vez que Daniel, alias *señor culo perfecto*, venga al bar. Y yo elegiría la canción.

—¿Señor culo perfecto? ¿Tengo que preocuparme? —inquirió Jota, desconcertado.

Le pellizqué el trasero y le di un beso rápido.

—El ligue de tu prima y al que no se atreve a llamar.

—Voy a hacerlo, ¿vale? —repuso ella, pero yo sabía que seguiría esperando hasta que él apareciera de nuevo.

La había acompañado a casa y se habían despedido en la puerta tras media hora de fogosos besos. Ella no lo había invitado a subir porque no quería precipitarse y él tampoco insinuó nada al respecto, pero sí que le había dado su número de teléfono para que lo llamara si le apetecía volver a verlo. Y a Lucía le apetecía mucho, muchísimo.

—¿Y si perdías tú?

—Tenía que hacer lo mismo —terció mi amiga. La sonrisa de Jota se esfumó—. Pero contigo. Es decir, dedicarte un bailecito sobre la barra. Justo delante de tu portátil para que no pudieras perdértelo de ninguna de las maneras.

—Prima, a veces no sé bien de qué lado estás —replicó él, negando con la cabeza.

Debí imaginarme que contarle aquello a Jota no era buena idea y que lo utilizaría en mi contra en algún momento. Pero en ese instante todos nos reímos y no le di más importancia hasta que el resto volvió a casa y los dos nos quedamos a solas para terminar de cerrar.

Dejamos todo ordenado y Jota volvió a pedir un par de pizzas para aplacar nuestro hambre. Se sentó a esperar al repartidor en uno de los bancos de madera mientras bebía a sorbos una cerveza. Fui a acomodarme en su regazo pero me lo impidió.

—¿Qué pasa?

Las comisuras de sus labios se elevaron y supe que tramaba algo. Me apoyé en la mesa frente a él, luego lo pensé mejor y me escurrí tras la barra para servirme un chupito.

—Estabas dispuesta a torturarme.

—Tenía más información que ella, no podía perder —asegué. Me lo bebí de un trago y rellené el vaso.

Aunque, si lo pensaba bien, prever las reacciones de Jota era algo así

como jugar a la ruleta rusa.

—¿Te ha molestado? —Soltó una carcajada.

—No, pero solo porque ya he encontrado la manera de que me compenses por ello.

Engullí un tercer chupito. Era una mezcla de granadina, amaretto y lima. Sabía a chupete de Kojak, de ahí su nombre.

Unos golpes en la verja de la entrada evitaron que lo interrogara acerca de lo que su mente perversa había ideado. Desde que se había enterado de lo de la apuesta hasta ese momento no se había acercado más a mí.

Nos comimos la pizza mientras charlábamos. Apenas conocía nada de su pasado ni del resto de su familia. Jota era poco dado a hablar de ellos. Lo más que sabía era que sus padres se habían ido a vivir a un pueblo de Guadalajara hacía unos años y que él no los visitaba con frecuencia. Y eso me lo había contado Lucía.

Le pregunté dónde pasaría las vacaciones de Navidad.

—Aquí. Lu no sabe aún si irá a Londres a visitar a mis tíos, pero ya ha desistido de pedirme que la acompañe. ¿Y tú? —comentó, y no me pasó por alto el matiz triste que adquirió su voz.

Mi madre no dejaba de insistir en que fuera a pasar las fiestas a casa, pero la verdad era que lo único que me atraía de ese plan era poder ver a Carla. Mi familia no poseía un gran espíritu navideño y encontrarme con Mateo era lo último que deseaba. Aunque quedaba más de un mes, yo ya había decidido no ir.

—Me quedaré en Madrid.

Pareció alegrarse cuando lo dije. Al menos podríamos pasar las vacaciones juntos.

Recogí la caja vacía y Jota se levantó para ir hacia el equipo de sonido. Me estaba poniendo nerviosa que se mostrara tan frío teniendo en cuenta que yo me moría por ponerle las manos encima.

Tras unos instantes toqueteando el portátil se volvió en mi dirección.

—Ya que parecías tan dispuesta a castigarme no te importará bailar para mí. —A su boca asomó una sonrisilla traviesa.

—No voy a hacerte un *striptease*, Jota.

Aunque la idea me pareció excitante, seguramente porque las bombas que me había preparado Lucía horas antes acababan de encontrarse en mi estómago con mis chupitos.

—Tienes la mente sucia, B —se burló él—. He dicho bailar.

Apretó un botón del ordenador y casi esperé escuchar la banda sonora de *Nueve semanas y media*, pero en su lugar comenzó *Bad things*, de Jace Everett. Jota se aproximó hasta mí y su mano ascendió desde mi muslo hasta mi hombro, dibujando las curvas de mi cuerpo.

—Llevo pensando en esta canción desde que entraste por la puerta del bar —confesó, con la respiración agitada.

Sonreí. Ese era el Jota que yo conocía. Pero al ir a besarle se apartó.

—No, si te beso no podré parar —afirmó, y me invitó a subirme a la barra—. Quiero que bailes para mí.

Así que de eso iba todo aquel rollo de mantenerse apartado de mí. Pues si quería jugar, jugaríamos. Pero yo tenía mis propias reglas.

—Está bien —cedí, y le dediqué un parpadeo inocente.

El gesto le hizo dudar y estuvo a punto de lanzarse encima de mí. Me reí para mis adentros. Aquello iba a ser muy divertido.

23

Jota reinició la canción cuando yo ya había tomado posiciones y fue a sentarse sobre una de las mesas. Me propuse conseguir que viniera a por mí antes de que finalizara la música.

Me deshice de los tacones y comencé a mover las caderas. Era la primera vez que hacía algo así, pero he de decir que el alcohol que me corría por las venas y tener a Jota delante representaban un gran estímulo. Me pasé las manos por los muslos sin dejar de mirarle. Le di la espalda y tiré de la cinta que cerraba el corsé, sin llegar a desatarlo por completo. Juro que le escuché jadear. Al darme la vuelta él ya estaba al pie de la barra.

—Baja —me rogó, con la voz ronca de deseo.

Negué y me desplazé a lo largo del mostrador sin dejar de moverme, encantada de que no fuera capaz de contenerse. Notaba sus ojos fijos en mí, anticipando el momento en el que podría tocarme. Tenía los labios ligeramente entreabiertos y contemplaba absorto cada uno de mis movimientos.

Me arrodillé y avancé hasta él con lentitud, disfrutando al máximo de su expresión ansiosa. Era obvio que había pensado que no me tomaría tan en serio su petición y estaba dividido entre dejar que continuara con el sensual baile u obligarme a descender.

Al llegar a él me incliné hasta quedar a pocos centímetros de sus labios. Sonrió satisfecho, creyendo que iba a besarle, pero me desvié en el último momento para alcanzar el hueco detrás de su oreja y regalarle varios mordiscos y pequeños besos.

—Becca... —Me mordí el labio para no reír al escucharle gruñir mi nombre.

Retrocedí con rapidez antes de que le diera tiempo a reaccionar y esta vez fui yo la que le dedicó una de esas sonrisas torcidas. Él cabeceó e hizo ademán de subirse a la barra. Negué con la cabeza.

—Si te subes, me largo de aquí —aseguré, con tanta seriedad como pude. Aunque sabía que no podría cumplirlo.

—Becca —repitió, pero permaneció inmóvil.

Me había retado dando por sentado que me rajaría y en cambio era él el que parecía incapaz de esperar un segundo más. Me puse en pie de nuevo y

su mirada se desplazó de mi boca hasta mis caderas, para luego desandar el camino y concentrarse en mis ojos.

Y en ese momento, allí arriba, con Jota a mis pies temblando de deseo, me sentí libre. No se trataba solo de que ambos nos muriéramos por saciar nuestra sed del otro ni de que hubiera conseguido desbaratar la pose confiada que mostraba al resto del mundo. Era más que eso.

Me daba cuenta de que ambos arrastrábamos recuerdos de un pasado doloroso, aunque todavía no hubiera conseguido descubrir qué era lo que pesaba tanto en su corazón, pero en mi caso lo vivido conformaba una parte importante de mí. Me había convertido en alguien más fuerte, alguien con miedo pero con el valor suficiente para afrontar cualquier cosa si la recompensa valía la pena. Y estaba segura de que la personalidad que Jota proyectaba no era más que una forma de evitar que le hicieran daño. En el fondo no éramos tan diferentes.

La canción llegó a su fin y el silencio nos envolvió, roto solo por el eco de nuestra respiración entrecortada. Aflojé de un tirón el corsé y eso fue todo cuanto necesitó para olvidar mi advertencia y llegar hasta mí antes de que pudiera protestar. Solté un carcajada contra su boca.

—Eres increíble, B. Y perfecta, demasiado perfecta para mí.

No me dejó contestar. Me empujó con suavidad hasta dejarme tendida sobre la madera y me besó con fiereza, como si ansiara comprobar que estaba allí con él y no era producto de su imaginación. Sus manos estaban por todas partes: en la curva de mi cintura, sobre mi pecho, en mi cuello, paseándose por mis muslos. Agarré el dobladillo de su camiseta y se la saqué por la cabeza, desesperada por eliminar cualquier barrera que se interpusiera entre nuestros cuerpos. Nos fuimos deshaciendo de la ropa sin dejar de besarnos y a punto estuvimos de caer al suelo enredados varias veces.

Jota fue dejando un reguero de besos desde la curva de mi cuello hasta llegar al ombligo. Trazó círculos alrededor de este con tanta calma que supe que se estaba vengando por haberlo torturado momentos antes. Su mano ascendió por el interior de mi pierna. Todo lo que nos separaba era la tela de nuestra ropa interior, y aun así yo quería más. El pulso me golpeaba en las sienes y todo mi cuerpo lo reclamaba. Sin embargo, él parecía dispuesto a alargar los preliminares una vez más hasta que tuviera que rogar por tenerle dentro.

Sus dedos se colaron bajo el encaje negro de mis braguitas y me acarició

la ingle. Alcé las caderas, buscando su contacto, y no tuve que darle más explicaciones. Cuando los hundió en mí tuve que agarrarme al borde del mostrador y no pude contener un jadeo. Levantó la cabeza para observar mi reacción y yo me mordí el labio al comprobar que, a pesar de estar esbozando una sonrisa sexy que dejaba claro cuánto me deseaba, sus ojos tenían una expresión tierna cargada de emociones mucho más profundas.

Estaba tan al límite que no me sorprendió cuando el calor se extendió desde mi vientre en todas direcciones, dando paso a un orgasmo demoledor. Jota gruñó al percibirlo y no tardó en apropiarse de mis labios. No me dejó reponerme. Mientras yo aún me estremecía, se deshizo de nuestra ropa interior y rebuscó en sus pantalones hasta encontrar la cartera y sacar de ella un preservativo. Unos segundos más y tenía sus caderas presionando contra las mías.

Gimió contra mi cuello al enterrarse en mí. Yo le clavé las uñas en los hombros y arqueé la espalda, ayudándole así a hundirse más y más, hasta que nos volvimos uno y ya no fuimos él y yo, sino un nosotros, jadeante y feliz.

—¿Quién es el que gime ahora? —comenté sin aliento.

Se incorporó sobre los codos y frunció el ceño en un intento por parecer contrariado. Incluso en ese momento me era imposible no provocarlo. Creo que llevaba razón cuando le dije a Lucía que los encontronazos que teníamos Jota y yo formaban parte de nuestra relación. No podíamos evitar chocar. Ambos disfrutábamos demasiado incitando al otro.

Envolvió mi cara con sus manos y volvió a embestirme, sin pausa, una y otra vez hasta conseguir que mis jadeos retumbaran en las paredes del local, superando a los suyos. No apartó la vista en ningún momento y yo tuve que luchar para no sucumbir al placer de sus movimientos y cerrar los ojos.

Me estremecí de la cabeza a los pies un momento antes de que él se derrumbara sobre mí murmurando mi nombre con devoción. Ambos estábamos bañados en sudor y completamente exhaustos. Pero el peso de su cuerpo resultaba agradable y reconfortante.

—Creo que no voy a poder concentrarme en el trabajo nunca más —admitió, mientras rozaba su mejilla contra la mía.

—Siempre nos quedará el almacén —repliqué yo, recordando nuestro primer beso. Parecía que hacía siglos de aquello.

—Mmm... —Apartó un mechón de pelo de mi cara y sonrió—. Te tomo

la palabra.

De algún modo una de sus manos fue a parar a una zona de mi cadera especialmente sensible. Me revolví, riendo a carcajadas y tratando de apartarlo. Pero descubrir que tenía cosquillas fue para él como encontrar un nuevo pasatiempo, una forma más de torturarme.

Estuvimos un rato peleándonos, él empeñado en someterme a base de risas y yo fingiendo que me enfadaría si no se detenía de una vez. Pero escucharlo reír de una manera tan despreocupada y sincera era un aliciente demasiado tentador para no permitirle salirse con la suya.

—No sé qué estás haciendo conmigo, B, pero no quiero que termine —reconoció, dejando que su frente reposara en la mía.

Y la chica romántica que había en mí se derritió y suspiró al comprender que otra de las capas de Jota acababa de caer frente a sus ojos.

—Recuerda eso la próxima vez que te suelte una bofetada —repuse, capturando uno de sus labios entre los míos.

—¿Estás apostando contra mí? —murmuró, juguetón, y sus palabras se perdieron en mi boca.

—No, Jota, apuesto por nosotros. Voy a apostar por nosotros.

Nuestras piernas se enredaron al mismo ritmo que nuestras lenguas. Y sus manos volvieron a recorrer mi piel.

Ya había asumido que la forma en la que Jota y yo chocábamos iba a ser una constante, ahora solo nos quedaba aprender a vivir con ello y volverlo en nuestro favor. Después de todo, formaba parte de lo que éramos y, siendo sincera, empezaba a gustarme que fuera así.

24

La cafetería de la facultad estaba concurrida ese día. No había cesado de llover desde por la mañana y casi todas las mesas las ocupaban alumnos deseosos de llevarse algo caliente a la boca. Lucía y yo conseguimos un par de asientos junto a unos chicos de primero que no tardaron en marcharse. Ari y Lucas aparecieron minutos más tarde, aunque Lucas se tomó un café a toda prisa y se fue a su siguiente clase.

Me esforcé por descifrar unos apuntes que me habían dejado, sin mucho éxito.

—Esto es imposible —protesté, lanzando el bolígrafo contra mi carpeta.

Ari extendió la mano y echó un vistazo a la libreta que tenía ante mí.

—Tuve esa asignatura el año pasado y tengo todo guardado en casa —comentó tras un par de minutos—. Pásate cuando quieras y te los dejo.

—Te debo una —repliqué, aliviada.

Me había perdido varias clases gracias a la costumbre de Jota de apagar el despertador por las mañanas y seguir durmiendo. Claro que tampoco podía culparle porque al oírlo me acurrucaba contra él murmurando cosas sin sentido y olvidando que debíamos levantarnos.

Habían pasado algo más de dos semanas desde que comenzamos a salir *oficialmente*, pero al lunes siguiente ya era de dominio público que la nueva, es decir, yo, estaba liada con el chico solitario, es decir, Jota. Era como volver al instituto o, peor aún, ser parte de un episodio de *Gossip Girl*. Que Jota me llamara B añadía un toque surrealista a la historia. Casi esperaba que en cualquier momento alguien colgara en la página de la facultad una foto de ambos morreándonos.

Jota no prestaba oídos a lo que decían y yo procuraba hacer lo mismo, aunque de vez en cuando les diéramos motivos para seguir hablando.

La compañera de piso de Ari se dejó caer en la silla que había a mi lado con pinta de necesitar un café incluso más que yo. Y eso que ya había tomado tres y estaba valorando ir en busca del cuarto. Sabía que Jota y ella habían tenido una historia, pero no habíamos coincidido hasta entonces.

—No dejo de repetirme que es jueves, pero las horas no pasan más rápido —se lamentó mientras dejaba varios libros sobre la mesa y los apartaba a un rincón para no tener que mirarlos.

—Alba, ¿conoces a Becca? —intervino Ari, señalando en mi dirección.

La aludida se giró hacia mí y esbozó una sonrisa cansada.

—¿Tú eres la chica de Jota? —Asentí y ella me observó con detenimiento, sin ningún tipo de pudor—. Te admiro, no es fácil lidiar con él.

«¿Me lo dices o me lo cuentas?».

No supe muy bien cómo tomarme que la ex de mi novio me dijera aquello. Opté por considerarlo un halago.

—Merece la pena —repuse, encogiéndome de hombros.

—No pensé que viviera para ver a una chica domar al gran Jota.

—¡Alba! —Ari le dio un manotazo en el hombro.

—¿Qué? Es verdad.

—¿Quién dice que me haya domado? —inquirió Jota a mi espalda.

Eché la cabeza hacia atrás para encontrarme con una de sus sonrisas ladeadas. Llevaba el pelo mojado y revuelto. Una gota le resbaló por la nariz y fue a parar a sus labios. No importaba el tiempo que pasara con él ni las veces que me besara, mi cuerpo respondía a su mera presencia siempre de igual forma, reclamándole cerca.

Se quitó la cazadora y me lanzó una chocolatina de coco.

—He tenido que recorrerme medio campus para conseguirla.

Era una estupidez, pero que se hubiera empapado para ir en busca de mi golosina favorita, solo porque había comentado que me apetecía una, me pareció un detalle por su parte.

—¿Decías? —se rio Alba.

Pero él la ignoró y se inclinó sobre mí para besarme. Ni siquiera fue un beso rápido, sino uno de sus característicos besos en los que el resto del mundo parecía desaparecer y no me dejaba ir hasta que se veía obligado a respirar. El resto de la mesa prorrumpió en aplausos, lo que nos valió la atención de toda la cafetería.

Les mostré el dedo corazón sin separarme de Jota.

—Me debes una —susurró en mi oído, y me dieron ganas de saltarme la última clase y llevármelo a casa.

Fue a sentarse al lado de su prima, sin darle importancia al hecho de que todos nuestros compañeros nos miraban.

—No sé quién ha domado a quién —farfullé para mí misma.

Jota frotó su pierna contra la mía por debajo de la mesa y se dedicó a traspasarme con la mirada.

—Te estás ablandando, primito —bromeó Lucía, dándole varias

palmaditas en el hombro.

—¿No tenéis bar en tu facultad o qué? —le reprochó este, fastidiado, aunque seguía concentrado en mí.

No parecía incómodo por la presencia de Alba, lo que ayudó a que yo tampoco me desquiciara pensando en su pasado juntos. Aunque, siendo sincera, un rumor sordo de celos se arremolinaba en la boca de mi estómago.

Lucía le dio un pequeño empujón a su primo y volvió a su conversación con Ari.

—¡Mierda! —exclamó Jota, estirando el cuello para fijar su atención en algún punto a mi espalda.

Se levantó apresuradamente y pasó por mi lado.

—Te veo en casa —comentó, y me acarició la mejilla con la punta de los dedos antes de marcharse a toda prisa.

Le vi abordar a un hombre que, por la edad, supuse sería alguno de sus profesores. Jota gesticulaba mientras le explicaba algo. No parecía contento.

Alba siguió mi mirada y se quedó observándolos también.

—Jota lleva detrás de un proyecto desde el año pasado —indicó, como si supiera de lo que estaban hablando—. Ha estado peleando por una plaza para esa beca en Londres y necesita una carta de recomendación de al menos dos catedráticos del departamento de Biología ambiental.

Todo lo que mi cerebro registró fue «beca» y «Londres», y casi pude imaginarme ya en el aeropuerto despidiéndome de él. Aparté la vista y la clavé en la mesa. Jota no había mencionado nada al respecto. No es que hubiéramos hecho ningún tipo de planes de futuro juntos, apenas llevábamos juntos dos semanas y yo era la primera que tendría que regresar a casa cuando el curso finalizara. No podía esperar que dejara pasar una oportunidad de ese tipo por algo que ni siquiera sabíamos a dónde nos llevaría ni cuánto duraría.

Pero yo quería... deseaba que durara.

Lucía debió percatarse de mi cambio de humor porque me dio un apretón cariñoso en el brazo. No dijo nada, pero era obvio que sabía exactamente en qué estaba pensando.

Atendí solo a medias a las elocuentes explicaciones del profesor de mi última clase. Me reprendí a mí misma en varias ocasiones no solo por no estar prestando atención, sino por desear de forma egoísta que no le

concedieran la beca a Jota y se quedara en España, o que él decidiera no marcharse.

Hundí la cabeza entre las manos y me autofustigué en silencio imaginando a Jota cumpliendo su sueño en Londres. Feliz pero lejos de mí. Era irónico que fuera él el que me hubiera rogado que le avisara antes de que decidiera marcharme.

«Eso te pasa por implicarte», me reprochó la vocecita insidiosa de mi parte más racional, esa que solía aparecer justo en esas ocasiones para meter el dedo en la llaga.

La acallé con no poco esfuerzo, recordándome que acabábamos de empezar a salir, aunque me sonó a excusa barata incluso a mí. No engañaba a nadie. Jota se había apropiado de mi corazón. Mientras yo me dedicaba a retirar las capas más superficiales de su imprevisible carácter, él se había colado por la puerta de atrás y puesto mi mundo patas arriba. Porque, aunque no se lo había confesado a nadie, la idea de quedarme en Madrid por un tiempo indefinido rondaba mi cabeza desde hacía días.

Solté un sonoro resoplido y el profesor interrumpió su disertación para lanzarme una mirada airada. Me encogí en mi asiento y me obligué a dejar de darle vueltas al asunto, aunque mi mente parecía dispuesta a no permitir que me olvidara de ello durante mucho tiempo.

Recogí mis cosas con desgana en cuanto sonó el timbre, sabiendo que Lucía ya habría vuelto a casa y Jota tampoco me había esperado. Maldije al darme cuenta de que tendría que correr casi seiscientos metros bajo la lluvia para llegar hasta la parada de metro e iba a calarme hasta los huesos porque se me había olvidado el paraguas.

El agua chorreaba de mi ropa sobre el suelo del ascensor cuando me metí en él, y mi humor era mucho más oscuro que las nubes de tormenta que poblaban el cielo de Madrid.

«Vaya día de mierda».

Esperaba que Jota no tuviera alguna salida impertinente, porque en aquel momento iba con las pilas cargadas de mala leche y unas ganas terribles de iniciar una pelea. No sabía si era por miedo a perderle, porque no me hubiera contado nada de la beca o por no ser capaz de afrontar el hecho de que necesitaba a Jota más de lo que quería admitir.

25

—¡Oh! —Fue todo cuanto se me ocurrió decir al abrir la puerta y entrar en el salón.

Las cortinas estaban corridas y solo había encendida un lampara de pie que Lucía había comprado poco después de mi mudanza. Sobre una mesa, que no sabía muy bien de dónde había salido, llameaban dos velas y alguien había colocado con esmero dos servicios completos, incluso me pareció que las servilletas eran de tela (y estaba segura de que no teníamos porque siempre usábamos de papel). Casi se me saltaron las lágrimas.

Me quedé plantada junto a la entrada con las llaves en la mano y el bolso colgado del hombro, sin terminar de procesar qué estaba ocurriendo.

—¿Jota? ¿Lucía? —los llamé, temiendo haberme equivocado de casa o que mi amiga hubiera organizado algún tipo de cena romántica a la que yo no estuviera invitada.

—En la cocina. —Oí gritar a Jota.

Me encaminé hacia allí sin apartar los ojos de la mesa, como si fuera a cobrar vida y saltar sobre mí empuñando los cubiertos a modo de arma.

Asomé la cabeza y me lo encontré con una espumadera en la mano y el delantal puesto. Aunque parecía imposible, incluso así estaba tremendamente *sexy*. Había cambiado el jersey que llevaba en la facultad por una camiseta blanca sin mangas que se le pegaba a la piel, resaltando su buena forma, y además vestía los vaqueros negros que tanto me gustaban. Su pelo continuaba despeinado. Me dieron ganas de hundir los dedos en él.

No podía creer que hubiera hecho semejante despliegue en tan poco tiempo.

—¿Y todo esto? —pregunté, recelosa.

El olor a comida me recordó el hambre que tenía. Había comido poco y mal en el almuerzo y, salvo la chocolatina de media tarde, no había vuelto a probar bocado desde entonces.

Me hizo un gesto para que me acercara y fui hasta él. Echó un vistazo a mi ropa mojada y me apartó un mechón de la cara antes de darme un beso que a mí me supo a poco.

—Tienes el baño listo —replicó él, sin pararse a explicarme a qué se debía todo aquello—. Pensé que te apetecería.

Recé por que la organización de una velada romántica no fuera una forma de amortiguar el golpe y confesarme que, después de todo, sería él el que había decidido dejarme.

—¿Celebremos algo? —insistí, sin disimular mi nerviosismo.

Se le formaron arruguitas en torno a los ojos al sonreír y me empujó hacia el pasillo.

—Vamos, ve o cogerás un resfriado.

Mis músculos se estremecieron de placer cuando el agua caliente envolvió mi cuerpo. Si aquello era un truco de Jota para suavizar el mazazo que vendría después, estaba funcionando. Había llenado el baño de velitas y la espuma rebosaba hasta caer al suelo. Cerré los ojos y me apoyé en el borde de la bañera, eliminando cualquier pensamiento negativo que amenazara con estropear mi momento de paz.

No abandoné mi refugio hasta que el agua comenzó a enfriarse. Me envolví en una toalla y pasé por mi habitación a vestirme. No sabía qué más había planeado Jota, así que estuve un rato dudando frente al armario. Al final me decanté por un vestido vaporoso de tirantes, agradeciendo que la calefacción central del edificio estuviera siempre demasiado alta, aunque normalmente me quejara de ello. Me recogí el pelo húmedo en un moño y descarté el calzado.

Suspiré al contemplar mi reflejo en el espejo y me dirigí al salón.

Jota me esperaba sentado ya a la mesa. Había varios platos: una ensalada con nueces, lo que intuí eran dos solomillos salteados con verduras y vino blanco. Él sabía que lo prefería, aunque el protocolo dictara que la carne se acompañaba de tinto.

—Hola —me saludó, más tímido que de costumbre.

Empezaba a estar acojonada.

—Hola.

Tomé asiento frente a él y me quedé esperando a que llegaran las explicaciones. Demasiado bueno para ser verdad. No era la primera vez que cocinaba para mí. Jota tenía muy buena mano y Lucía y yo le obligábamos a menudo a prepararnos la cena, pero aquello era muy diferente.

—¿Tienes hambre? —Asentí y él señaló la comida.

Me serví ensalada y mastiqué en silencio. Él llenó las copas y se me quedó mirando, aumentando mi nerviosismo. Estaba a punto de ponerme a gritar cuando por fin habló.

—Tres meses.

Solté el tenedor.

—¿Cómo? —inquirí. No entendía nada.

—Hoy hace tres meses que entraste por esa puerta —se explicó por fin. Una sonrisa ladeada bailó en sus labios y hubiera jurado que se ruborizó—. Quería salir a celebrarlo, pero David está enfermo y tengo que ir en un rato a sustituirlo.

Volví a contemplar la mesa, las velas y la comida, para acabar en sus ojos.

—¿Has preparado esto porque hoy hace tres meses que me mudé a Madrid?

La pregunta salió de mi boca con escepticismo. No era que no me estuviera derritiendo por el gesto, pero pensaba que soltaría la bomba de que se marchaba a Londres en mitad de la cena y yo tendría que fingir que me alegraba y brindar por ello para no sentirme como la arpía que estaba claro que era.

Jota arrugó el ceño y dejó la copa junto a su plato.

—¿Por qué creías que lo hacía?

Un incómodo silencio se instaló a nuestro alrededor.

—Becca... —me instó, al ver que no tenía intención de contestar.

—¿Te vas a Londres?

«Sutil, sí señor, muy sutil».

Jota parpadeó varias veces y, tras unos instantes, su expresión de perplejidad se transformó en otra de comprensión. De repente estalló en carcajadas.

A mí no me hizo tanta gracia.

—¿Por eso tenías esa cara cuando has llegado? —me interrogó sin parar de reír—. Pensaba que era por la lluvia.

Me crucé de brazos y le di una patada por debajo de la mesa.

—¿Y bien? ¿Te vas?

En vez de contestar se levantó y rodeó la mesa, acuclillándose junto a mí.

—Llevo año y medio haciendo méritos para conseguir esa beca, B.

Lo dicho, una verdadera arpía.

Quería alegrarme por él, de verdad que quería, y era cierto que acabábamos de conocernos. Pero precisamente por eso no quería perderle tan pronto. Creía ser de las que pensaban que era mejor haber amado y

perdido, pero a la mierda con los refranes populares. Deseaba con todas mis fuerzas que permaneciera conmigo.

—Podrías habérmelo dicho —le reproché—, así no hubiera tenido que enterarme por tu ex.

No estaba celosa, o puede que sí y mi enfado no se limitara solo al hecho de que nuestra relación tuviera fecha de caducidad.

—No creo que Alba y yo podamos considerarnos expareja, ni siquiera llegamos a serlo nunca, B —se defendió, porque era obvio que había captado un matiz acusador en mi tono.

Agité la mano para evitar que continuara excusándose. No quería hablar de Alba, sino de él y de mí, de nosotros. Después de apenas unas semanas yo ya quería alargar mi estancia allí por tiempo indefinido y él mientras tanto planeaba marcharse.

—Lo que sea que hay entre nosotros... Tenía derecho a saber que pensabas irte.

—¿Y qué hay de ti? —replicó él, esquivando mis ataques.

Sabía que Jota podía agarrarse al mismo razonamiento que estaba usando yo, pero me pareció injusto que tratara de darle la vuelta a la situación.

—Sabes que mi beca acaba en junio y que tengo que regresar —señalé, y aparté mis ojos de su rostro—. Pero quiero quedarme. En cambio tú...

—No es seguro que vayan a aceptarme como parte del proyecto, y en realidad... —Dudó antes de continuar. Se pasó la mano por el tatuaje del brazo de forma distraída y agachó la cabeza unos segundos—. Los motivos por los que lo solicité... Solo quería irme de aquí.

—¿Por qué?

No pensaba que fuera a contestar. Pasé dos dedos bajo su barbilla y la empujé hacia arriba.

—Porque todo en esta ciudad me recuerda que soy un cabrón y solo quería olvidar —admitió, dejando caer los párpados para evitar mi mirada—. Hasta que llegaste tú.

Su confesión difuminó en parte mi enfado. Eché la silla hacia atrás y me senté en el suelo para estar más cerca de él.

—Un poco cabrón sí eres —bromeé, arrancándole una sonrisa que no llegó a los ojos—. No sé qué fue lo que pasó, Jota, pero no puedes castigarte ni castigar a los que están a tu alrededor eternamente.

No quería presionarlo para que hablara, pero era lo más cerca que había

estado de conseguir que me contara quién era esa chica a la que había perdido y por qué parecía culparse por ello.

—¿Era tu novia? —me aventuré a decir.

La cuestión lo pilló desprevenido. Titubeó ligeramente antes de contestar.

—No. No tienes que estar celosa, B —afirmó, recuperando parte de su insolencia habitual.

Me debatí entre ahondar en el tema o aprovechar aquel resquicio de buen humor. Opté por lo segundo. Satisfacer mi curiosidad no valía la pena si tenía que ver cómo se rompía en pedazos.

—¡No estoy celosa! Te tengo comiendo de mi mano —lo pinché, sabiendo que saltaría. Y antes de que completara la frase ya me había acorralado y tumbado sobre el parqué.

—No es tu mano lo que voy a comerme, B.

Alcé las cejas, invitándolo a cumplir su amenaza. Su mano se deslizó bajo el vestido, ascendió por mi muslo y sobrepasó mi cintura. Me retorcí bajo su cuerpo al comprender a dónde se dirigía.

—Cosquillas no, cosquillas no —grité, tratando de zafarme, sin mucho éxito.

Su risa se unió a la mía y, a pesar de la tortura que estaba padeciendo, me sonó a música celestial. Decidí aplazar la conversación sobre nuestro incierto futuro hasta más adelante y permitirme disfrutar de aquel momento.

Tras hacerme admitir —bajo coacción, claro está— que su reputación de chico rebelde seguía intacta y era yo la que había caído rendida a sus pies, me tomó en brazos y se encaminó a su habitación cargando conmigo.

—El solomillo va a tener que esperar hasta que me haya saciado de ti.

Resoplé de forma exagerada.

—Qué dramático te pones cuando quieres —me burlé.

Él me soltó encima de la cama sin agacharse siquiera y mi culo rebotó contra el colchón. Se quitó la camiseta y los pantalones a toda prisa y los lanzó a un rincón.

—Es solo una manera delicada de decir que voy a follarte hasta que olvides cómo te llamas.

Al final de la velada no había olvidado mi nombre, pero Jota se había encargado de grabar a fuego el suyo en cada centímetro de mi piel... y de mi alma.

26

Los días se sucedieron con relativa tranquilidad. Jota y yo convertíamos cada pequeña disputa en verdaderas batallas campales. No obstante, creo que solo era nuestra particular forma de lidiar con la intensidad de lo que sentíamos el uno por el otro. Nos llevábamos al límite, nos apasionábamos a cada paso que dábamos, con cada palabra. Pero lo hacíamos juntos.

Lucía asistía maravillada al cambio que se había operado en su primo. De manera paulatina había dejado de gruñir y despotricar a todas horas. No era que se hubiera convertido en un angelito, Jota nunca sería la clase de tío que pone buena cara o derrocha amabilidad con cualquiera, pero se podría decir que el dragón de su interior procuraba templar sus ánimos y no escupir fuego por la boca día y noche.

El fin de semana antes de las vacaciones de navidad quedamos en celebrar una fiesta en casa, dado que Lucía pasaría las fiestas en Londres con sus padres y Lucas y Ari tenían planeada una escapada a Tenerife en honor a sus tortuosos comienzos. La idea era cenar con un grupo reducido de amigos, ya que luego debíamos ir a trabajar, pero la cosa se nos fue un poco de las manos y al final el espíritu navideño de Lucía se desbordó e invitó a media facultad.

—Joder, Lu —protestó Jota por enésima vez—. ¿Quieres explicarme cómo harás para echar a todo el mundo luego? Te recuerdo que curramos los tres.

Mi amiga desechó la pregunta con un gesto de la mano, tal y como había hecho las veces anteriores, y continuó sacando latas de cerveza, sidra y botellas de alcohol de las bolsas. Parecía que la pequeña reunión entre amigos había pasado a ser un macrobotellón.

—Te has pasado un poco, ¿no? —comenté, al ver que la relación comida-bebida estaba bastante descompensada.

—Tú no has visto cómo tragan los biólogos. Mejor pecar de exceso que quedarse corta.

—La cuestión es pecar —me reí.

Bailoteó de un lado a otro del piso, apartando muebles y dejándolo todo listo para la tarde. A ese ritmo llegaríamos todos borrachos al Level y le daríamos al dueño más motivos aún para ponernos de patitas en la calle. Confié en que Lucas y Jota se mantuvieran sobrios, porque el resto ya nos

habíamos dejado contagiar del entusiasmo de Lucía.

Puesto que se trataba de una cena temprana —muy temprana— a las cinco de la tarde comenzaron a llegar los primeros invitados. Pronto el salón estuvo atestado de gente con ganas de fiesta y sed, mucha sed. Tuve que darle la razón a mi amiga: sí que era verdad que bebían sin control.

—Deja de refunfuñar. —Jota se había atrincherado en un rincón de la sala y observaba a los asistentes con su mejor expresión de perro rabioso.

Me colgué de su cuello, sonriendo ante su gesto contrariado. Él aprovechó para rodearme la cintura con los brazos y esconder la cara en el hueco de mi cuello. Su boca dejó un rastro de besos sobre mi piel mientras sus manos se deslizaban hasta mi trasero.

—No me gusta tener que compartir tu atención con esta panda de descerebrados —se quejó—, y si Kike no deja de mirarte el culo voy a tener que empezar a cumplir amenazas.

Compartía grupo de laboratorio con Kike y, aunque era bastante simpático, nunca había notado que se interesara por mí. Es más, desde que se corrió la voz de que Jota y yo estábamos saliendo, un par de compañeros que tonteaban conmigo dejaron de hacerlo de inmediato.

Fruncí el ceño y esta vez fui yo la que puso cara de pocos amigos.

—Dime que no has ido por ahí amenazando a la gente para que se mantenga apartada de mí.

Me apretó contra su pecho, inmovilizando mis brazos y, aunque trató de ocultarlo, vi la sombra de una sonrisa maliciosa asomar a sus labios.

—No —negó él, pero seguía conteniendo la risa—. Solo a los tíos.

—¡Serás cabrón! —le espeté, entre asombrada y rabiosa por su osadía.

No pudo aguantar más y su cuerpo se convulsionó al ritmo de sus carcajadas.

—Solo quería asegurarme de que preferían conservar intactos sus huesos antes que ligar con mi novia —señaló, divertido por mi reacción.

Le lancé una mirada asesina.

—No tiene gracia. ¡Los has acojonado!

Conseguí liberar una mano y le aparté la cara de la mía. No pensaba dejar que me besara. Esa era la mejor táctica de Jota para hacerme claudicar. Solía terminar con él regalándome un orgasmo —o varios— y yo sonriendo de forma estúpida. Dios, qué débil era.

—¡Eh! No hagas eso. ¿Acaso ves a alguna chica rondándome? —se defendió.

Evitó mis intentos de interponer entre nosotros distancia suficiente para no sucumbir a la tentación y me robó un beso.

—En mi vida no ha habido nadie como tú, B, y no voy a permitir que conozcas a otro y te des cuenta de que no merece la pena aguantarme.

Al menos era sincero. Excesivamente dramático, pero sincero. Lo peor era que yo sabía que lo decía en serio.

—No voy a correr riesgos —concluyó, convencido de sus razones.

—No tienes que ir intimidando a nadie, Jota. Me gusta lo que tenemos. Es una locura, y la mitad de los días te abofetearía por ser tan cabezota, pero me gusta quién eres. Me gustas tú.

Acallé el «te quiero» que ascendía por mi garganta. La desmesurada atracción inicial que había entre Jota y yo se había transformado en mucho más. A pesar del poco tiempo que llevábamos juntos, todo lo que tuviera que ver con nosotros parecía magnificarse en relación a otras parejas.

Buscó de nuevo mi boca y esta vez se lo permití. Acarició mi lengua con la suya, deleitándose en cada movimiento. Cuando hice ademán de retirarme dejó escapar un gruñido ronco para mostrar su disconformidad al respecto. Me olvidé de que a nuestras espaldas estaba teniendo lugar una celebración y mordisqueé su labio inferior, sabedora de que ese gesto lo ponía a cien.

Lo único que consiguió que Jota se apartara de su rincón fue una canción: *Crazy*, de Aerosmith; la misma que ambos habíamos bailado por primera vez sobre la barra del Level. Y, como en aquella ocasión, nos reunimos en el centro del salón y jugamos a provocarnos el uno al otro.

Lucía apareció a mitad de la canción con las mejillas encendidas y expresión risueña.

—¡Está aquí! ¡Está aquí! —exclamó, dando saltitos a nuestro alrededor.

—¿Quién? —la urgimos a explicarse Jota y yo al unísono.

—¡Daniel! No sé quién lo ha invitado ni cómo ni por qué, pero le acabo de ver entrar por la puerta y ahora está hablando con Lucas allí —dijo, señalando un punto entre la marea de estudiantes.

¿Cómo era posible que nuestro salón diera para albergar tal cantidad de gente? Me puse de puntillas para dar con ellos y Lucía me tiró del brazo.

—Deja de mirar, doña discreta. ¿Cómo se ha enterado? ¿Sabrá que esta es mi casa? ¿Que estoy aquí? ¿Habrá venido por mí? —formuló las preguntas como si fueran una sola, sin pararse a respirar. Parecía que le fuera a dar un ataque, o puede que ya le estuviera dando.

—He sido yo.

Mi amiga y yo nos volvimos a la vez en dirección a Jota.

—No conocía esta faceta tuya de casamentero —me burlé, porque era obvia la razón que lo había llevado a traer a Dani a la fiesta.

—Lo que sea para que deje de quejarse a todas horas —replicó él, aludiendo a las horas que Lucía pasaba debatiéndose entre llamar o no llamar. Sus charlas en torno al tema eran interminables.

Su prima le regaló una colleja, pero en sus ojos brillaba el agradecimiento.

—Y ahora ve. —La empujó en su dirección, no supe bien si para alentarla o para deshacerse de ella.

Toda mi atención retornó a Jota cuando Lucía decidió armarse de valor e ir en busca de Dani.

—Eso ha sido todo un detalle por tu parte, pitufo gruñón —comenté complacida. Por mucho que renegara de ella, Jota adoraba a su prima.

—Espero no tener que arrepentirme —repuso él, mientras seguía atentamente a Lucía con la mirada.

Me planté delante de él, por si sentía la necesidad de ir a comprobar las intenciones de Daniel, y lo tomé de las manos.

—Vamos, cupido. Déjalos que encuentren su propio camino y ven a bailar con tu novia.

Nos unimos a nuestros compañeros y nos dejamos llevar por la música. Jota se movía al compás que dictaban mis caderas, con la mejilla apoyada contra mi sien y una de sus manos deslizándose arriba y abajo entre mis omóplatos. Daba igual que estuviéramos en mitad de una marabunta de estudiantes medio borrachos y que no dejara de llegar más y más gente.

Unos molestos toquecitos en el hombro me obligaron a abandonar la burbuja de calma en la que me encontraba. Jota volvió a gruñir y yo me giré riendo. La sonrisa se me congeló en la cara en cuanto me di cuenta de que no era ninguno de mis amigos el que se había atrevido a interrumpirnos.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

El grito estrangulado que brotó de mi boca alertó a Jota de que algo no iba bien y se situó a mi lado, agarrándome por la cintura en un ademán tan protector como posesivo.

Frente a mí se encontraba Mateo, al que no había visto desde hacía meses. Me percaté de que llevaba varias semanas sin acordarme de él y del

suplicio por el que me había hecho pasar. Jota había ido borrando sus huellas sin que yo misma fuera consciente de ello.

—La puerta estaba abierta —contestó con hastío, como quien responde a preguntas estúpidas.

Qué poco le había echado de menos.

—Sabes a lo que me refiero.

—Quería ver qué tal estabas —comentó, dándole un repaso a Jota con la mirada.

Sujeté de inmediato la mano de este, que ya se había adelantado ligeramente en su dirección. Si no manejaba la situación con delicadeza acabarían enzarzados en una pelea. Jota lo mataría si supiera la mitad de la historia que teníamos en común y a Mateo no le hacían falta motivos para mostrar su carácter violento.

—¿Y tú quién cojones eres? —le espetó Jota, pero ni siquiera esperó a que el aludido se presentara—. ¿Quién es este capullo, B?

Eso no había sido muy delicado que dijéramos. Imprimí todas mis fuerzas para conseguir que apartara la vista de él y me prestara atención.

—¿Puedes darnos un minuto?

—No hasta que sepa quién es —arguyó, cruzándose de brazos. Ahora sí que iba a empezar a echar fuego por la boca, porque ya lo echaba por los ojos.

Me estiré para darle un beso en la comisura de los labios y susurrarle al oído:

—Confía en mí, te lo explicaré luego. Un minuto. Es todo lo que necesito.

«Para sacarlo definitivamente de mi vida», pensé, pero preferí ahorrarme ese detalle.

Accedió a regañadientes y regresó al rincón del que tanto me había costado sacarle, no sin antes dedicarle a mi ex una mirada de advertencia.

Suspiré aliviada por haber evitado el desastre, al menos de forma temporal. Solo restaba sacar a Mateo de allí lo más rápido posible. Me importaba de poco a nada lo que tuviera que decirme.

Salí de entre la gente y me dirigí al pasillo, aunque no fui más allá de la puerta de la cocina. Ni loca pensaba quedarme a solas con él.

—¿Quién es el macarra? —me soltó en cuanto estuvimos frente a frente. No me molesté en responder.

—No sé quién te ha dicho cómo encontrarme, pero quiero que te marches ahora mismo.

—Dime que no estás liada con ese tipo —comentó con desprecio, adoptando el tono paternalista que solía usar para rebajarme cuando discutíamos.

—No te importa con quién salga. No es asunto tuyo —repliqué, reacia a prestarme a sus juegucitos—. Y ahora vete.

Se masajeó las sienes y respiró profundamente, como si mi insistencia estuviera agotando su paciencia.

—Tu madre me ha dicho que no pensabas ir a casa por navidad, y esto ya ha durado lo suficiente. Te he dado espacio, te he dejado cruzar medio país para que te tranquilizaras y recapitaras sobre lo que te conviene.

Decir que estaba alucinando era quedarse corto, muy corto. No sabía qué clase de película se había montado su retorcida mente, pero yo había puesto punto y final a nuestra relación en su momento. No le pedí nada, no empleé la manida excusa de «vamos a darnos un tiempo» ni ninguna otra frase que le permitiera albergar esperanzas al respecto. Pero él parecía convencido de lo que estaba diciendo.

Di un paso atrás.

—Se acabó, Mateo. Vete.

Jota no nos quitaba ojo de encima, y Lucía estaba ya a su lado. Me pareció que trataba de tranquilizarlo, pero dudaba de que pudiera retenerlo si decidía que mi minuto había terminado. Recé por que no ataran cabos y entre ambos acabaran por descubrir quién era Mateo.

—¿Es por ese perdedor? —Señaló a Jota y pude ver la ira concentrándose en sus ojos.

—Estás enfermo.

Me agarró del brazo y su mero contacto me provocó náuseas. ¿Cómo había estado tan ciega? Y lo que era peor, ¿cómo había podido pensar que Jota y él se parecían en algo? Mientras el uno solo buscaba aislarse de los

demás para no tener que exponer ante ellos su dolor, el otro ansiaba someterlos a su voluntad y rebajarlos para compensar sus carencias. Me invadió una rabia ciega y sentí deseos de gritarle que el único perdedor allí era él. Pero reprimí el impulso, tratando por todos los medios de no empeorar la situación.

Tiré de mi mano con la intención de buscar a Lucas si hacía falta y rogarle que lo echara de la casa. No quería arriesgarme a que Jota perdiera los estribos si le contaba lo que estaba sucediendo. Hablaría con él cuando Mateo se hubiera marchado.

Pero en el momento en que me giraba sus dedos me atenazaron la muñeca.

—No te atrevas a darme la espalda, zorra.

Me empujó contra la pared y presionó sus caderas contra las mías, restregándose contra mí como si fuera un perro. No tuve tiempo de gritar. Una de sus manos me agarró por el cuello y me golpeé la cabeza con la pared. Varios puntos luminosos danzaron frente a mis ojos.

—Jota —gemí, con el escaso aire que quedaba en mi pulmones.

La presión sobre mi cuello se esfumó y la mano que me sostenía desapareció. Caí de rodillas al suelo tosiendo sin control y haciendo esfuerzos por respirar.

—Estás muerto, cabrón —oí gritar a Jota—. ¡Muerto!

La garganta me ardía y tardé en recuperar el aliento más de lo que hubiera deseado. Cuando finalmente alcé la vista Mateo y él rodaban ya sobre el parqué.

Jota consiguió colocarse encima de mi ex, pero este lanzó un puñetazo y lo alcanzó en plena mandíbula, derribándolo y tomando la ventaja que necesitaba para invertir sus posiciones. Lucía apareció junto a mí y me preguntó si me encontraba bien, pero yo era incapaz de apartar los ojos de la pelea.

Me arrastré hacia ellos como pude, haciendo caso omiso a los ruegos de mi amiga y arriesgándome a recibir una patada. Lo único que deseaba era que parasen. No me había dado cuenta hasta ese momento de que Jota, a pesar de su mal carácter y su tendencia a “amenazar” a todo aquel que se acercase a mí, jamás había optado por recurrir a la violencia como primera opción. Antes de esto, tan solo en el caso de Nico lo había visto golpear a alguien, y bien sabía yo que sentía verdadera adoración por su prima. Mateo hubiera apaleado sin mediar palabra al chico que trató de ligar

conmigo en el Level semanas atrás.

Odiaba ver a Jota perder los estribos por mi culpa.

Volvieron a rodar por el suelo y se alejaron más de mí. Mi ex le sujetó las manos y Jota respondió con un cabezazo. Mateo cayó hacia atrás, aturdido por el golpe, y yo dejé de respirar al ver la sangre manar de una brecha en la ceja de Jota.

Lucas me sobrepasó y alzó a Mateo, agarrándolo de la chaqueta. David también se unió a él para ayudarlo. Apenas si era capaz de mantener la cabeza recta por sí solo. Lo sujetaron contra la pared. Lucas miró a Jota y este a mí.

Debió comprender, por la mueca de horror de mi cara, que la situación me superaba.

—Sácalo de aquí antes de que me arrepienta y lo mate. Si vuelves a acercarte a ella —añadió, dirigiéndose a mi ex con un tono de voz que me dio miedo incluso a mí—, no habrá nadie para detenerme.

Todos los presentes guardaron silencio y la amenaza flotó en el aire en torno a nosotros. Había tanta rabia impregnada en las palabras de Jota que durante varios segundos ni siquiera Lucas se atrevió a moverse. Pero además de rabia había algo más, algo que puede que los demás no percibiesen pero que yo sabía que estaba ahí: amargura.

Fui la primera en reaccionar. Desterré el dolor que palpitaba en la parte trasera de mi cabeza y gateé hasta él. Lucas y David arrastraron a Mateo hacia el salón. Apenas estaba consciente. Solté una risita histérica al pensar que Jota debía tener la cabeza muy dura para haberlo dejado en ese estado.

En cuanto me vio a su lado me envolvió con los brazos y me apretó con fuerza. Mis pulmones protestaron ante la falta de aire una vez más. No obstante, enseguida me separó y revisó mi cuello de forma minuciosa.

—Jodido maníaco —farfulló entre dientes. Y pasó a comprobar palmo a palmo mi piel.

Atrapé su rostro entre mis manos para obligarlo a mirarme. La sangre seguía brotando de la brecha de su ceja, pero él parecía no haberse dado cuenta de que estaba herido.

—Te has abierto la ceja. —Pasé el dedo por debajo para limpiarle el párpado y evitar que se le metiera en el ojo.

Lucía se acuclilló frente a nosotros. Estaba tan pálida que temí que fuera a desmayarse.

—¿Estáis bien?

Asentí, pero Jota no dijo nada. No dejaba de mirarme con esa expresión de tristeza rebosando a través de sus pupilas, como si ya no tuviera capacidad para albergarla en su interior y tuviera que sacarla de alguna manera. Lucía desplazó su atención hacia él y creo que también se dio cuenta de que algo iba mal, porque le acarició la mejilla con una ternura inusitada.

—Traeré algo para curarte.

Jota salió de su trance y detuvo a su prima, que ya se estaba poniendo en pie.

—No, ya voy yo —señaló con determinación—. Puedo curarme solo.

Acto seguido se levantó y tiró de mí con cuidado para izarme. La mayor parte de la gente ya había abandonado la casa y los pocos que quedaban cuchicheaban en el salón. Mi amiga podía encargarse de desalojarlos.

Me dispuse a seguirlo, preocupada por la escandalosa cantidad de sangre que seguía perdiendo y porque tanto mi mente como mi cuerpo se negaban a separarse de él. Necesitaba sentirlo cerca.

—Puedo solo —repitió, al percatarse de mis intenciones.

Lucía suspiró a mi espalda.

—Jota...

—Lucía debería acompañarte a urgencias y que te echen un vistazo —atajó él.

—No soy yo la que está sangrando como un cerdo —repliqué, exasperada por su trato distante.

—No es nada. Solo es... una herida.

No insistí, pero me negué a que mi amiga me acercara al hospital. Mis amigos se habían llevado a Mateo, lo cual agradecí. Echamos a todo el mundo y me quedé en el salón esperando a que Jota saliera del baño y hablara conmigo. Tenía un mal presentimiento.

Lucía subió los pies al sofá y se encogió como si deseara que el asiento se la tragara. Estaba demasiado callada, lo cual no contribuía a tranquilizarme. Mientras ella suspiraba sin descanso, yo no dejaba de frotarme el cuello. Intenté convencerme de que lo sucedido nos había dejado trastornados y que todo volvería a la normalidad al día siguiente.

Cuando por fin se escucharon unos pasos avanzar por el pasillo, tanto como Lucía como yo nos pusimos en pie. Jota se había cambiado la camiseta y llevaba puesta la chaqueta de cuero, por lo que intuí que iba a salir. Una simple tirita decoraba su ceja, aunque al menos parecía que el

flujo de sangre se había cortado.

Tomó las llaves de la moto del mueble de la entrada y abrió la puerta, y solo entonces me miró. La pregunta que ascendía por mi garganta murió antes de llegar a mis labios. Un escalofrío reptó por mi columna al contemplar sus ojos vacíos e inexpresivos. No había nada, ni dolor ni tristeza, ni siquiera rabia.

Y entonces lo comprendí. El Jota que yo conocía y al que quería había sido engullido y sepultado hasta desaparecer. Había redoblado las capas bajo las que se protegía de todo y yo no lograba entender por qué. ¿Pensaba acaso que entre Mateo y yo había todavía algo? ¿Le había escuchado afirmar que lo nuestro no terminó hacía meses? ¿Por qué si no estaba alejándose de mí?

La humedad me empañó la visión. El portazo resonó en toda la casa y el sonido de aquella puerta cerrándose entre nosotros fue el último empujón que necesitaron las lágrimas para rodar por mis mejillas.

Y sin poder ni querer evitarlo lloré como no había llorado nunca, como si más que de los ojos me estuvieran arrancando las lágrimas directamente del corazón.

28

—Volverá —me aseguró Lucía, pero ni siquiera ella parecía convencida—. Solo necesita pensar las cosas con calma.

Una hora antes me había dejado caer en el sofá como un peso muerto y así continuaba, con la cabeza entre las manos y el pecho temblando a causa de los sollozos. Mi amiga ya no sabía qué decir para consolarme. No la culpaba. Ella también se había percatado de la transformación de Jota, e incluso debía conocer qué la había motivado. Desesperada por encontrarle un sentido a todo aquello, me decidí a preguntarle.

—¿Tú sabes qué le pasa? —la interrogué, aunque en mi mente la frase sonaba a afirmación.

Apoyó la mejilla contra el respaldo y desvió la vista al techo. Tenía casi tan mal aspecto como yo. El rimmel se acumulaba bajo sus pestañas inferiores y seguía más pálida de lo normal. Su perenne sonrisa también la había abandonado.

—Me hago una ligera idea —contestó al fin, mordiéndose las uñas de la mano derecha.

—¿Y bien? —la urgí, olvidando por completo mi promesa de no hurgar en las heridas de los demás.

Hubiera esperado lo necesario para que Jota se abriera por completo a mí y me dejara intentar aliviar su dolor, pero se me había acabado el tiempo. Cada vez que parpadeaba, la imagen de sus ojos vacuos y carentes de vida regresaba para atormentarme.

—Me matará si se entera de que te he contado esto, así que ya puedes mantener la boca cerrada —aseguró, inquieta, y me pareció que ni siquiera estaba segura de continuar hablando—. Todo es por Annie, siempre ha sido por Annie. Antes no actuaba así. Siempre ha sido algo arrogante, pero era extrovertido, quedaba con sus amigos y no pasaba las noches encerrado o torciendo el gesto cada vez que alguien le dirige la palabra, como hace ahora. O hacía hasta que apareciste tú.

»Mi prima, su hermana... murió. Falleció en un accidente de tráfico. Perdió el control del coche y se empotró contra un árbol en una carretera comarcal. —Sus ojos se humedecieron y tuvo que hacer un pausa para no romper a llorar—. Jota y ella eran mellizos, estaban muy unidos.

La tristeza impresa en su voz me sacudió con tanta fuerza que permanecí

inmóvil y no dije ni una sola palabra. Yo era hija única, jamás había disfrutado de ese compañerismo que se establece entre hermanos, pero podía imaginar lo que supondría la pérdida de alguien al que habías estado ligado desde el momento de tu concepción, como era el caso de Jota.

Lucía tomó aire antes de proseguir el relato.

—Eran inseparables —prosiguió con la mirada perdida, como si estuviera evocando toda clase de recuerdos—. Nunca existió entre ellos rivalidad alguna ni se peleaban por nada. De pequeños compartían todos sus juguetes e incluso tuvieron que cambiar a Annie a la clase de Jota en los primeros años de colegio porque los habían separado y se pasaban las horas llorando y llamando al otro.

»Cuando crecieron mantuvieron el mismo tipo de relación. Annie era pura luz, como un ángel. Cuando entraba en una habitación deslumbraba a todos con sus sonrisa. Y con Jota, aunque te cueste creerlo, pasaba exactamente lo mismo.

El cariño que había sentido por Annie y que seguía sintiendo por Jota quedaba patente con cada palabra. Me imaginé a un chiquillo con una mata de pelo negro y dos grandes ojos azules de la mano de su versión femenina, ambos sonriendo. La escena me rompió el corazón.

Ahora entendía por qué Jota no quería hablar de ello. Vivir sabiendo que ella ya no estaba a su lado debía ser tremendamente doloroso para él.

—*Parte de mí* —murmuré, captando el significado del tatuaje que Jota lucía en el brazo.

—Se lo hizo poco después del funeral —repuso mi amiga, comprendiendo a qué me refería.

—¿Qué pasó? —inquirí—. Jota se culpa de ello, ¿no es así?

—En realidad fue un cúmulo de casualidades. Pero sí, mi primo cree firmemente que fue culpa suya. Aunque él solo trataba de protegerla, como siempre. —Lucía cerró los ojos e hizo una pequeña pausa antes de continuar. No volvió a abrirlos cuando prosiguió con el relato—. Mis tíos estaban en Escocia en uno de sus múltiples viajes de placer, y Annie y Jota disponían de la casa para ellos solos. Por aquel entonces mi primo aún no trabaja en el Level, aunque pasaba tanto tiempo allí que bien podría haber formado parte del personal. Esa noche en concreto volvió un poco antes de lo normal y al ir a comprobar que su hermana ya estuviera en la cama se encontró con que estaba allí, pero no sola.

»Annie ya no era una niña y su hermano lo sabía. Conocía incluso a

algunos de sus anteriores ligues y, salvo sus poco sutiles advertencias de que si le hacían el más mínimo daño se las verían con él, nunca había representado un problema que ella saliera con alguien. Hasta que Jota cayó en la cuenta de que había visto a aquel tipo la noche anterior metiéndole mano a otra chica en el Level.

»Sacó a su hermana de la habitación y le preguntó si iban en serio. Annie afirmó que llevaban un par de meses saliendo, pero que él era reacio a conocer a su familia. Ella no había querido presionarlo y pensó que ya se lo presentaría más adelante.

»Jota no esperó a escuchar el resto de la historia. Perdió los papeles. Entró en la habitación y, sin darle opción a vestirse, lo echó de la casa. Sé que estuvo a punto de liarse a golpes con él, y todavía no entiendo cómo consiguió contenerse.

Lucía abrió los ojos y me miró, estudiando mi reacción. No quería interrumpir la historia. Aún no comprendía qué relación había entre la muerte de su hermana y su actitud tras lo sucedido con Mateo así que, aunque me sentía como si estuviera invadiendo la intimidad de Jota, no pude evitar indagar.

—¿Por eso reaccionó de tan mala forma a lo de Nico? —intervine, comprendiendo mejor si cabía lo sucedido entonces.

—Jota puede tener muchos defectos, pero es leal a la gente a la que quiere —me confirmó mi amiga—. No soporta las infidelidades.

—¿De eso se trata? ¿Cree que entre Mateo y yo hay algo todavía?

Lucía negó con la cabeza y sentí un peso liberarse dentro de mí. Pero incluso así seguía sin entender qué estaba pasando.

—Tras echar al novio de Annie de su casa, Jota le contó lo que sabía. Le gritó, más bien. Estaba tan enfadado en aquel momento que creo que pagó su frustración con su propia hermana, a pesar de que ella era tan solo la víctima. Se pelearon. Annie era una persona con un carácter fuerte, nunca se achantaba ante Jota. En eso me recuerdas a ella.

Cerré los ojos y recordé las palabras que Jota había pronunciado en el exterior del Level: «No te ha importado lo que dijera o lo que pareciera ser. Seguías ahí, plantándome cara, escarbando más y más profundo».

La voz de Lucía me trajo de nuevo al presente.

—No sé con exactitud qué se dijeron, pero sí que Annie no creyó a Jota y se marchó en busca de su novio. Dos horas después lo llamaron del hospital. Dijeron que conducía demasiado rápido, perdió el control del

vehículo y... el resto ya lo sabes —concluyó. Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas, pero ella ni siquiera parecía darse de cuenta.

—Yo... —me callé, sin saber qué decir.

Lucía llevaba razón al comentar que el accidente era fruto de una serie de desgraciadas coincidencias, pero también entendía que Jota se sintiera culpable. Comprendía su dolor y su ansia por escapar de cualquier relación que le provocara un sufrimiento similar. No era tanto que le diera miedo amar, sino más bien perder lo amado.

Nos quedamos unos minutos calladas. Mi amiga ensimismada y exhausta por recordar aquel horror, y yo esforzándome por asumir que, por algún motivo, mi irrupción en la vida de Jota había empeorado su situación. Se había levantado para caer de nuevo con más fuerza.

—¿Qué puedo hacer, Lucía? No hay nada entre Mateo y yo, nada —subrayé, desolada por que fuera eso lo que le hubiera empujado de nuevo a las sombras—. Yo... quiero a Jota —admití, no solo ante ella sino ante mí misma.

Amaba a Jota, incluso cuando discutíamos, con sus defectos y sus virtudes. Era caótico e imprevisible, pero también apasionado y detallista. Me hacía sentir única, y cuando me miraba el mundo entero podía desaparecer a nuestro alrededor y yo seguiría viéndolo solo a él frente a mí. Y no solo eso, sino que además me había hecho luchar contra mis propios miedos. Hacía de mí alguien más fuerte, más capaz.

—No lo entiendes, Becca —terció ella con tono triste—. El problema no eres tú, el problema es él. Jota no se está protegiendo del daño que tú puedas hacerle, te está protegiendo a ti. Podía haber sido Mateo u otro cualquiera, el caso es que lo sucedido le ha hecho creer que va a hacerte algo malo en algún momento, que perderá los estribos y sufrirás, igual que pasó con Annie.

—Pero es...

—Retorcido —concluyó ella por mí—. Lo sé. Se siente tan culpable por lo que ocurrió que cree que no merece que nadie vuelva a quererlo de esa manera. Incluso a mí me mantiene al margen la mayor parte del tiempo, y ni siquiera ha querido ver a sus padres desde el funeral de su hermana.

Apoyé los codos en las rodillas y me sujeté la cabeza con ambas manos, desesperada por la confesión de mi amiga. ¡Él me protegía a mí! Por inconcebible que fuera, ese detalle hizo que lo amara aún más. Había pensando tantas cosas de él, y tan contradictorias, pero Jota conseguía

sorprenderme de nuevo.

—¿Qué voy a hacer ahora, Lu?

Mi amiga me pasó el brazo en torno a los hombros y se acurrucó contra mí, haciendo que me sintiera arropada.

—Eso depende de ti, únicamente de ti.

29

Lucía y yo tuvimos que ir a trabajar, aunque llegamos tarde, pero no podíamos dejar a Lucas sin camareros un viernes por la noche. No sobreviviría. Y permanecer en casa comiéndome la cabeza no iba a hacerme ningún bien. Así que compuse algo similar a una sonrisa y me dediqué a hacer mi trabajo.

Jota no se presentó, lo cual tampoco me sorprendió demasiado. Pero me preocupaba dónde se encontraría y qué estaría haciendo. Me lo imaginé conduciendo por cualquier carretera poco transitada y dándole gas a la moto hasta que el motor rugiera tanto que acallara incluso el recuerdo de mi voz. No solía necesitar excusas para correr, y ahora contaba con una.

Por fin tenía mi épica historia de amor, solo que nadie me había dicho que también tuviera que acabar en tragedia.

—Perdona, te pedí un ron cola —señaló el chico al que estaba atendiendo, empujando su vaso hacia mí—. Esto es whisky.

Las palabras traspasaron la bruma que se había instalado en mi mente y mi vista fue de su cara a la bebida y de vuelta a su cara.

Lucas se acercó y retiró el vaso. En apenas unos segundos le preparó lo que había pedido y se lo pasó por encima de la barra. El chico se perdió entre la gente y yo todavía no me había movido.

—No hacía falta que vinieras —comentó. Sus ojos vagaron por mi rostro, inquietos. Debía tener un aspecto horrible—. ¿Cómo estás?

—Jodida —admití, sin fuerzas para mentir—. Y también cabreada.

Mi jefe frunció el ceño, como si no hubiera esperado esa respuesta.

—Ven conmigo.

Le dio instrucciones a David de que nos cubriera y me llevó a la planta baja. Le seguí, en parte intrigada y en parte agradecida por poder alejarme de la algarabía típica del comienzo del fin de semana.

Una vez en el despacho no se anduvo con rodeos.

—Jota me ha llamado para decirme que venía de camino. —Me quedé esperando el «pero», porque su expresión dejaba claro que habría uno—. No le queda más remedio que coincidir contigo los viernes y sábados, pero —ahí estaba— me ha pedido que os asigne turnos separados si vienes entre semana.

No había tardado en mover ficha. Debería haber intuido que Jota no era

de los que se sientan a esperar a ver qué pasa, sino que iría cortando uno a uno los lazos que lo unían a mí. Me pregunté si tendría valor suficiente para pedirme que me fuera del piso, o para irse él.

—Os habéis peleado —sugirió con cautela.

—¿Sabías lo de su hermana? —Lucas asintió y mi enfado creció—. Todos lo sabíais menos yo, alguien podría habérmelo dicho.

—No nos correspondía a nosotros, Becca. Solo hubiéramos conseguido que se apartara de ti.

Me dejé caer en la silla y alcé las manos en señal de protesta.

—Es lo que ha hecho de todas formas. Apartarme.

Lucas se me quedó mirando, pensativo.

Sentía ganas de gritar y maldecir. Lo había entregado todo, había dejado a Jota llegar hasta mí, y ahora solo conservaba un corazón destrozado y la sensación de haber rozado la felicidad con la yema de los dedos para que luego esta desapareciera.

—¿Qué sabes de Ari y de mí?

El cambio de tema me pilló desprevenida. Me encogí de hombros y le resumí lo que Lucía me había contado. Sus idas y venidas, el miedo de Ari a estropear su amistad y la inesperada declaración al ritmo de una canción de Revólver.

—¿Sabes el tiempo que tuve que esperar para poder estar con ella? ¿Los días que pensé que no podría seguir adelante siendo solo su amigo porque lo único que deseaba era lanzarme sobre ella y besarla?

—Eso no funcionará con Jota —repliqué, sin estar segura de lo que estaba proponiendo—. Cada hora que transcurre el verdadero Jota se aísla más y más y se convierte en el mismo tipo gruñón que me encontré al llegar aquí.

Sabía que eso era justo lo que estaba pasando dondequiera que él se encontrara. Estaría blindando las defensas que yo había conseguido derribar durante esos meses, sellándolas y haciéndolas más gruesas.

—¿Y qué piensas hacer? —repuso, y percibí un matiz desafiante en su tono. Tal y como había demostrado, Lucas no era de los que se daban por vencidos.

«¿Qué vas a hacer, Becca?», me repetí a mí misma. Podía rendirme o podía luchar. Podía agachar la cabeza y volver por donde había venido, con la maleta cargada con unas cuantas piedras más, o arriesgar hasta la última gota de mi integridad mental, lo poco que me quedaba, y esperar que

funcionase.

Jota se presentó en el bar apenas media hora más tarde de mi conversación con Lucas, de la que no había sacado mucho en claro. No quería retirarme, tal y como estaba haciendo él, pero a veces el miedo es un consejero demasiado taimado y cruel.

Los pedazos de mi corazón vibraron al verle. Pasó frente a mí y fue directo hacia David, que había ocupado su puesto habitual. Pensé que se haría cargo de la música, pero me sorprendió que, tras decirle algo al oído, dejara atrás su rincón para ponerse a atender a los clientes.

Me situé a su lado, esperando a que dos chicas le abonaran sus consumiciones.

—Has pedido a Lucas que no nos haga coincidir —le espeté, en cuanto les devolvió el cambio.

Me miró de soslayo antes de contestar. Sabía que me estaba evaluando, eligiendo con cautela sus palabras. Tuve que contenerme para no zarandearlo y exigirle que le diera una patada a su autocontrol y soltara de una vez lo que estaba pensando.

—No quiero hablar de eso.

—Me importa una mierda que no quieras hablar —exploté. Estaba claro cuál de los dos tenía mayor capacidad para mantener en marcha aquella pantomima.

Me apoyé en la barra para quedar de espaldas al resto del bar. Él se cruzó de brazos, a la defensiva. Eché de menos el azul turbulento que adquirirían sus iris cuando discutíamos.

—Esto no va a funcionar —comentó con gesto inexpresivo.

—¿El qué? —repliqué, forzándole a seguir hablando. Quería ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

—Tú y yo. —Enarqué las cejas—. Ha estado bien, pero...

—¿Que ha estado bien? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? Esperaba algo más creativo del rey del sarcasmo.

La impotencia que me producía la situación me desbordó. ¿Qué sentido tenía que Jota tratara de protegerme si lo único que conseguía era hacerme más daño? No era nadie para decidir por mí.

—Todo esto no es por mi ex. Ni siquiera es por mí.

—Así que ese era tu ex. Tiene un buen gancho —comentó, y su intento de desviar la conversación me enfureció aún más.

—Eres un cobarde —lo atacé, decidida a enfrentarlo de una vez por

todas a sus miedos. No era sutil, y puede que no funcionara, pero debía quemar mi último cartucho—. ¿Quién se está alejando ahora, Jota? ¿Quién ha decidido marcharse?

—Iba a ocurrir más tarde o más temprano —argumentó—. Nos pasamos el día discutiendo.

—Te gusta que nos peleemos tanto como a mí —le rebatí, sin pensarlo dos veces, porque ambos sabíamos que era verdad—. No busques excusas, no las hay. Es por Annie.

Me fulminó con la mirada en cuanto mencioné a su hermana, y me alegré de que por fin demostrara algún tipo de emoción, aunque fuera ira. Apretó los dientes, pero de su boca no salió una sola palabra. No gritó ni se enfadó, tal y como esperaba que hiciese, sino que echó a andar y me dejó allí plantada.

Lucía vino hasta mí al percatarse de que Jota subía ya las escaleras que conducían a la salida.

—¿Qué ha pasado?

—Que la he cagado a lo grande. Quería que reaccionara y dejara de comportarse como un autómata, y le he dado a entender que sé lo de su hermana.

Lucía chasqueó la lengua y miró una vez más en dirección a la entrada.

Había metido la pata hasta el fondo. No estaba segura de si Jota había tratado de ocultarme su pasado o mantenerme al margen de él, lo cual, en aquel instante, se me antojó muy diferente. Su figura permaneció durante unos instantes en la puerta de acceso al Level, como si dudara, pero enseguida desapareció, tragada por la noche.

—Dale tiempo —propuso Lucía, y supe que era lo único que no teníamos.

El tiempo transcurrido ya nos había alejado, ya había abierto un abismo entre nosotros y Jota pensaba ampliarlo más, hasta que pudiera volver a anestesiar sus sentimientos y retomar su vida. Y yo no estaba dispuesta a permitir que eso sucediese.

Salí corriendo sin pararme a explicarle a mi amiga cuáles eran mis intenciones, tampoco yo tenía demasiado claro qué iba a decirle. Pero sentía que era ahora o nunca, que tenía que mostrar todas mis cartas y no darle más opciones que hacer frente a sus emociones.

Llegué a lo alto de las escaleras con rapidez, aunque al asomarme a la puerta me encontré con que Jota ya había recorrido la mitad de la distancia

hasta su moto. Agradecí no haber tenido ánimos suficientes esa noche para calzarme unos tacones porque no me quedaba más remedio que seguir corriendo para llegar hasta él.

—¡Jota! —le grité. Ladeó la cabeza y supe que me había oído, pero no se detuvo.

Al llegar a su altura me interpuse en su camino. Me agarré el costado, deseando estar en mejor forma, e intenté normalizar mi agitada respiración. Él me contempló con una mezcla de tristeza y ternura casi dolorosa, y aquello me suministró el ápice de esperanza que necesitaba. Mi Jota seguía estando ahí.

—No te vayas —supliqué, y no me importó tener que rogar, porque lo único que sabía era que necesitaba soltarlo todo antes de que se marchase.

«Tienes que plantarle cara», me gritó esa parte de mí que se había enamorado de él desde el primer momento en que lo vio, la que me había empujado a sus brazos, la que lo amaba.

Y eso fue lo que hice.

30

—Becca... —Agachó la cabeza y suspiró—. No va a salir bien.

—Eso no lo sabes —le rebatí—. No puedes apartarme solo porque crees que me harás daño. No puedes seguir culpándote de lo que le sucedió a tu hermana, Jota.

Sus hombros se crisparon ante la sutil mención del accidente, y cuando me miró sus ojos estaban vacíos otra vez. Me rodeó e introdujo la llave en el arranque. Puse mi mano sobre la suya para detenerlo. Su piel estaba fría, pero incluso así su tacto evocaba caricias y besos robados, sonrisas pícaras y decenas de momentos compartidos que no creía ser capaz de olvidar.

Entregarse a alguien siempre es difícil y a veces no logramos hacerlo por completo, siempre guardamos un pequeño resquicio para nosotros mismos. Pero, en mi caso, el último atisbo de mí se lo ofrecí en ese momento.

—Te quiero, Jota —murmuré, inclinada sobre su oído y con voz clara y firme, a pesar de que temblaba de pies a cabeza.

Su mano se aflojó bajo la mía, y por un instante pensé que se derrumbaría sobre el suelo. No volvió la cabeza para mirarme. Si lo hubiera hecho hubiera visto las lágrimas que corrían por mis mejillas.

—Le grité, le grité mucho —susurró, de forma queda—. No quería que nadie le hiciese daño y fui yo el que se lo hice. Le dije que se merecía lo que le pasase si no me creía.

El dolor se pegaba a cada una de sus palabras, como si estas le arañaran la garganta al salir. Cerré los ojos, contagiada por su pesar. Diminutas gotas de lluvia se unieron a la humedad que brotaba de entre mis párpados.

—No fue culpa tuya —repetí, pero fue como si no reparase en que estaba a su lado.

—Sabía que iba a pasarle algo malo, lo sabía —prosiguió—. Podía sentirlo. Y aun así dejé que se fuera tras él porque pensé que se lo estaba buscando.

Tomé su cara entre las manos, buscando su mirada, pero él se resistió.

—Fue un accidente, Jota —señalé, buscando una forma de que lo comprendiera—. No puedes proteger a los que quieres de cosas que podrían suceder de cualquier manera. No puedes seguir eligiendo el pasado y el dolor.

Me agarró de las muñecas para liberar su rostro y, durante unos breves segundos, sus ojos se cruzaron con los míos. Había miedo en ellos, pero también tanta determinación que dejé de respirar. Lo estaba perdiendo.

—Te amo, Jota. No quería hacerlo, no quería enamorarme de ti, no quería necesitarte —lo cité, porque eso era justo lo que él me había dicho—, pero lo hago. Y créeme, nunca he amado a alguien así y no me arrepiento en absoluto. Incluso si decides marcharte y esto se acaba aquí. Aunque me rompas el corazón en mil pedazos y nunca sea capaz de reconstruirlo, me dará igual. Habrá valido la pena y eso es lo que cuenta. Yo te he elegido a ti.

Los labios de Jota se posaron sobre los míos con tanta delicadeza que pensé que eran una ilusión, producto del deseo desesperado que me quemaba por dentro. Apoyó una de sus manos en la parte baja de mi espalda y me atrajo hacia él. Regresar por fin a sus brazos avivó mi llanto y me encontré saboreando sus besos junto con la sal de mis lágrimas. Pero nada de eso importaba, porque estábamos juntos y podíamos arreglarlo.

Su boca se apretó contra la mía tan solo unas décimas de segundo antes de separarse de mí. El sonido del motor se filtró por mis oídos y Jota se subió a ella antes de que comprendiera lo que estaba pasando. Aquello solo era una despedida.

—No puedo, B.

Fue todo lo que dijo antes de derrapar con la rueda trasera sobre el asfalto y acelerar para dejarme atrás.

Me quedé en mitad de la acera, con la lluvia empapando mis ropas y calando hasta mi corazón, dejándolo frío, como si Jota se hubiera llevado con él toda la calidez que lo entibiaba hasta ese momento.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que Lucía me encontró allí y me abrazó. Quise que su calor se colara bajo mi piel, que me llenara por dentro, porque lo que le había dicho a Jota era cierto y no me arrepentía en absoluto de haberlo intentado. Por mucho que él se hubiera escondido de mí, yo llevaba una parte suya conmigo, y eso jamás me abandonaría. Todos los recuerdos continuarían ahí, y me prometí no hacerlos dolorosos sino conservarlos como lo que eran: pequeños bocados de verdadera felicidad.

—Se ha ido —señaló ella, subrayando lo evidente.

—El mundo es de los valientes —repliqué yo, ensimismada.

Y ella no pudo ocultar su preocupación.

—Necesitas cambiarte de ropa y tomar algo caliente.

Me llevó de vuelta al bar. Fingí no darme cuenta del cuchicheo que compartieron Lucas y ella ni de sus insistentes miradas, y me dediqué a rememorar el día que Jota me llevó al parque de las siete tetas, las veces que encontraba notas suyas junto al desayuno o cómo era capaz de pasar horas deslizado sus dedos por la curva de mis caderas.

Para cuando estuvimos de vuelta en casa había hecho un repaso exhaustivo a nuestra relación desde el instante en que, somnoliento y de mal humor, me abrió la puerta de ese mismo piso hasta que perdí de vista su moto escasas horas atrás. Si se lo hubiera contado a Lucía me habría dicho que me estaba recreando en mi pérdida, pero yo sabía que lo único que hacía era atesorar recuerdos.

Jota no estaba allí, aunque no esperaba que así fuera. Pero había otras ausencias. Faltaba la mochila que usaba para llevar los libros a la facultad, varias de sus chaquetas que siempre dejaba en el perchero junto a la entrada, e incluso un gorrito que yo le había regalado y del que apenas se separaba. Ni siquiera necesité ir hasta su habitación para saber que había recogido sus cosas y se había marchado, para siempre.

Lucía sí lo buscó y lo llamó varias veces al móvil. Yo sabía que no le contestaría, al menos no esa noche. Aunque era probable que le mandara algún mensaje tranquilizador al día siguiente. A ella, no a mí. Cuando por fin comprendió lo que había sucedido volvió a mi lado.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho? ¿Dónde cojones está?

Era la primera vez que Lucía empleaba un taco en mi presencia. No pude reprochárselo. Se lanzó sobre el sofá y yo con ella. Estaba desolada.

Le expliqué lo mejor que pude lo ocurrido. La tristeza de su primo, el miedo, su incapacidad para dejar de vivir en el pasado. Puede que, al igual que yo me aferraba a cada segundo que había pasado con él, seguir culpándose le ayudara a mantener viva a su hermana. Tal vez pensaba que, si se perdonaba, la estaría olvidando.

El amanecer nos encontró en la misma posición, envueltas en una manta y hablando entre sollozos. Compartir mi dolor con el suyo no lo hizo menos real, pero a ella pareció reconfortarle mi compañía, y a mí me aterraba avanzar por el pasillo y pasar frente al dormitorio de Jota, ese en el que nos habíamos susurrado bromas bajo las mantas infinidad de veces; el mismo en el que habíamos hecho el amor en tantas ocasiones.

Las siguientes horas las pasé en un duermevela desasosegado. Ni siquiera fui hasta mi habitación sino que, cuando Lucía aceptó mis ruegos

para que descansara y fue a acostarse, me tumbé en el sofá y permanecí mirando al techo, esperando a que el cansancio consiguiera abatirme. Y mientras las manecillas desfilaban por el reloj me di cuenta de que no sabía muy bien cómo rendirme.

A pesar de la insistencia de todos también fui a trabajar la noche siguiente. Incluso David se acercó para asegurarme que podrían apañárselas sin mí, pero yo me negué a regresar a casa. No era que en el Level los recuerdos no me asaltaran a cada paso que daba, pero allí al menos estaba rodeada de amigos y tenía algo que hacer.

31

—No quiero que vuelvas a acercarte a mí. —Escupí las palabras impregnadas de rabia—. No me importa el derecho que creas tener sobre mí. Nunca me has tenido, no de verdad.

Mateo entrecerró el ojo derecho y la zona de la ojera le tembló. Sabía que aquel tic nervioso era señal de que debía dar un paso atrás y callarme; estaba a punto de explotar.

Mi ex había reaparecido unos días después de la marcha de Jota, con la cara aún magullada por la pelea y la misma creencia de que nuestro destino era estar juntos. La determinación que mostraba no consiguió otra cosa que me riera en su cara. No era consciente de que la Rebecca a la que había manipulado tiempo atrás ya no existía y, lo que era más importante, que lo que había habido entre nosotros jamás podría compararse a lo que sentía por Jota.

Me daba igual que él hubiera huido de mí, o que sus fuerzas para luchar por nuestra relación no resultasen suficientes para quedarse a mi lado. Resultaba curioso que, a pesar de su imposibilidad para entregarse del todo, me hubiera enseñado precisamente que darlo todo era la mejor forma de permanecer fiel a mí misma, que no podría ser feliz de otra manera.

Y de eso Mateo no tenía ni idea. Nunca se rendiría a nadie que no fuera él mismo, su egoísmo no se lo permitiría.

—¿No traes hoy al macarra contigo? —se burló mi ex—. ¿O ya se ha cansado de tus estupideces?

—Vete, Mateo. No vas a conseguir que vuelva contigo —me reafirmé.

Sentí el impulso de correr a refugiarme en el portal de casa, aunque llegara tarde a clase. Pero quería zanjar el tema de una vez por todas y sacarlo de mi vida.

Avanzó un paso hacia mí y me juré que si se acercaba más le clavaría la rodilla en la entrepierna sin vacilar.

—Sé que aún me quieres —apuntó él, y yo no pude reprimir una carcajada cínica.

—No tienes ni idea. Todo lo que sabes sobre el amor es lo que ves cuando te miras al espejo, así que no intentes darme lecciones. Lo quiero a él —afirmé, resuelta. La crueldad no solía contarse entre mis defectos, pero en aquel momento el dolor que vibraba dentro de mí por la ausencia

de Jota me empujó a serlo—. Lo amo de una manera en la que jamás podría haberte amado a ti.

—No eres más que una zorra patética.

Levanté la barbilla, orgullosa de hacerle frente por fin, y apreté los dientes para no responder al insulto. Así reaccionaba siempre Mateo cuando escuchaba algo que no quería oír.

—No entiendo qué haces aquí entonces, rogando por que vuelva contigo.

La pulla le hizo torcer el gesto.

—Porque eres *mi* zorra patética.

Un viandante que pasaba a nuestro lado se volvió para mirarnos. Mateo lo fulminó con la mirada.

—Nunca seré nada tuyo.

«Soy de James», murmuré para mí misma, empleando su nombre real por primera vez desde que me enterase de él. Ese que no quería escuchar de labios de nadie por ser el que siempre usaba su hermana para dirigirse a él. Era una de las pocas explicaciones que Lucía había podido darme acerca de los súbitos cambios de humor de su primo, más allá de lo que ambas sabíamos: que el sufrimiento y la culpa lo habían convertido en una sombra de sí mismo.

Pero mientras que para mi ex las personas de *su* propiedad no eran más que peones de los que disponer a su antojo, para mí aquella afirmación no tenía que ver con ningún tipo de derecho que Jota poseyera sobre mi vida, era mucho más que eso. Pasase lo que pasase yo sabía que Jota formaba parte de mí.

—Vete, Mateo —repetí—. Vete y no vuelvas. Esta vez has perdido.

Y era verdad, Mateo había perdido, aunque yo no me sintiera ganadora.

Eché de menos a Jota una vez más, tanto que hundí los hombros para hacer más llevadero el dolor de mi pecho. Me di la vuelta y dejé a Mateo allí, solo y enfurecido, y me liberé del peso que llevaba acarreado desde hacía años. Y aunque la libertad me supiera amarga, le agradecí a Jota de manera silenciosa haberme proporcionado la fuerza para enfrentarme a todo lo que una vez me dio miedo.

Durante las siguientes semanas descubrí lugares de Madrid que desconocía. Me dediqué a vagar por la ciudad en mis ratos libres, porque estar en casa avivaba los recuerdos hasta convertirlos en heridas en carne viva. No obstante, en varias ocasiones mis pasos me llevaron hasta el Cerro del Tío Pío, donde me tumbaba en la hierba a contemplar la puesta de sol y

me imaginaba a un Jota más joven correteando con una niña, feliz y despreocupado, sin rastro de amargura o pesar. Esa imagen me reconfortaba y me atormentaba a partes iguales, porque yo hubiera querido escucharle reír con la inocencia del que no ha perdido nada.

Lucía me animaba a salir e incluso se le ocurrió que podría acompañarla a una de sus múltiples citas con Daniel. *Míster culo perfecto* había resultado ser un tipo encantador y atento, que se desvivía por hacer feliz a mi amiga. Yo me alegraba de que hubiera encontrado a alguien que difuminara la cicatriz de la traición de Nico, pero era inevitable que me sintiera incómoda en su presencia.

Decliné sus repetidas ofertas de la manera más educada posible, intentando que no se sintiera mal por mi rechazo, y continué asistiendo a clases y con mi trabajo en el Level, saliendo adelante lo mejor que pude.

Tras enterarse de lo ocurrido, Clara me llamaba por teléfono a diario, puede que para compensar lo poco que habíamos hablado desde mi mudanza, o tal vez porque sospechaba que divagar sobre cosas sin importancia era la única forma con la que contaba para mantener mis pensamientos alejados de la tristeza. No me guardé para mí lo mal que me sentía, no quería ceder y recubrirme de la misma coraza que había utilizado Jota para esconderse, porque eso me hubiera convertido en una hipócrita. Por lo que le conté lo sucedido y le prometí que la llamaría siempre que lo necesitara.

Y así, los días transcurrieron sin más. Uno detrás otro en una lenta y, la mayoría de las veces, agobiante rutina. Me faltaban sus besos y nuestras peleas, y diría que echaba de menos ambas cosas por igual. Y en algún momento entre las clases, el trabajo y sus ausencias, comprendí por fin que se había ido.

Así, la aventura que inicié huyendo se convirtió en mi épica historia de amor.

EPÍLOGO

El primer paquete llegó dos meses después. Lo encontré sobre la encimera de la cocina con el resto del correo. Me extrañó que no llevara remitente y estuve a punto de no abrirlo, pero al final mi curiosidad se impuso y tiré de la solapa del sobre. Del interior extraje un iPod y lo que parecía ser una carta.

El papel tembló entre mis manos en cuanto leí la primera frase: *Hola, B.*

Solo había una persona que me llamase así, ni Lucía ni el resto solían emplear ese apodo conmigo y menos aún nadie de mi anterior vida. Plegué la hoja de nuevo e hice lo único que se me ocurrió: ir hasta el dormitorio de Jota y sentarme en su cama. Lucía no había vuelto a alquilarlo. Creo que albergaba la esperanza de que su primo regresase, aunque este había abandonado las clases y nadie sabía dónde estaba, o eso me decían.

Respiré hondo y releí el familiar saludo.

Hola, B.

Si te conozco bien, estarás en mi habitación. Espero que así sea, porque entonces es posible que no tires esta carta a la basura y olvides que la has recibido. Si aún sigues leyendo, conecta el iPod a los altavoces y escucha la primera canción. Solo la primera, por favor.

Me tomé mi tiempo para asimilar aquel párrafo. ¿Qué significaba aquello? Yo conocía de sobra la afición de Jota a ponerle banda sonora a su vida (y a la mía durante el tiempo que estuvimos juntos), aunque mirando atrás me daba cuenta de que según avanzaba nuestra relación no había echado mano de ella tan a menudo como solía.

Me resigné e hice lo que me pedía. Los nervios apenas me permitieron atinar con los botones. Los primeros acordes de *Crazy*, de Aerosmith, llenaron la habitación y dejé de respirar por un instante. Mis ojos retornaron a la carta, ansiosa por desvelar qué trataba de decirme al obligarme a escuchar precisamente esa canción.

La noche que bailaste conmigo por primera vez sobre la barra del Level no imaginaba lo que vendría luego. Solo quería darte una lección, enseñarte que no debías contradecirme. ¡Qué equivocado estaba contigo! En el momento en que te plantaste frente a mí y tu mano descendió por mi pecho supe que estaba perdido. Había tanta fuerza en ti, tantas ganas de luchar. Desde esa noche todo en lo que podía pensar era en cómo sabrían

tus besos.

Supongo que querrás saber dónde he estado los dos últimos meses, o igual andas maldiciendo entre dientes y no te importa en absoluto. No lo sé, nunca aprendí a prever tus reacciones, y aunque eso me encantaba, ahora me doy cuenta de que me inquieta que no llegues a leer estas palabras.

Jamás me creí con derecho a nada, por lo que tampoco lo haré ahora.

No quería que me importases, pero lo haces.

J.

Releí la carta al menos una docena de veces. No deseaba pensar, no quería avivar ningún tipo de anhelo, pero me di cuenta de que estaba sonriendo de forma estúpida y de que, por mucho que intentara evitarlo, Jota seguía anclado en mi corazón.

No informé a Lucía de que había recibido noticias de Jota. Sus palabras me resultaron demasiado íntimas para compartirlas con alguien, aunque se tratara de mi amiga. Continué mi día a día como si tal cosa, aunque en mi interior se había desatado una lucha titánica por el control de mis emociones. La duda ya no estaba en si sería sensata o cobarde, porque había optado por la valentía semanas atrás y me juré que nunca me arrepentiría de las cosas hechas sino de aquellas que dejara por hacer. Mi ansiedad se debía al hecho de desconocer, como siempre, cuáles eran las intenciones de Jota.

No pensaba dar nada por sentado. No obstante, había dicho que le importaba. Solo esperaba que fuera en la misma medida que él a mí.

Dos semanas más tarde apareció frente a mi puerta un mensajero con una carta certificada. Firmé el albarán de entrega y corrí de nuevo a su dormitorio. Entrar en él se me antojaba imposible el resto del tiempo, pero con una nueva carta en la mano me sentí valiente.

Pulsé el botón de reproducción para darme cuenta de que el siguiente tema era *Something for the pain*, de Bon Jovi. Una sonrisa asomó a mis labios cuando imaginé de qué iba a hablarme Jota en esa ocasión.

Hola, B.

¿La recuerdas? La noche en que claudiqué a mi deseo y te besé. En cuanto te vi entrar por la puerta pensé en marcharme del bar y, aunque aguanté, pasé toda la fiesta cabreado por no ser capaz de hacerle frente a lo que sentía. Y tú terminaste por enfadarte también, lo que fue peor aún porque estás preciosa cuando te enfadas.

Te prometo que al ver cómo hacías esfuerzos por respirar no pretendía aprovecharme, pero tenerte tan cerca... Parecías tan desvalida que me asusté, y no me preguntes, porque aún no sé en qué estaba pensando para lanzarme sobre ti.

Me dije a mí mismo que no era una buena idea, que no saldría bien, pero creo que ya era demasiado tarde... Lo único que deseaba era estar contigo, que me conocieras y... que me quisieras. Porque, aunque tratara de negarlo, me estaba enamorando de ti.

No quería anhelarte, pero lo hago.

J.

Respiré profundamente. Saber que Jota había empezado a sentir algo por mí incluso antes de que yo lo sintiera por él fue abrumador. Retuve las lágrimas en mis ojos y meforcé a no llorar. No ahora que mis recuerdos se superponían a los suyos, dándome una visión todavía más hermosa de nuestra relación.

Supongo que Lucía debió percatarse de que algo ocurría porque, aunque no dijo nada, era difícil no darse cuenta de que se me escapaban sonrisas sin motivo y lo primero que hacía al llegar a casa era rebuscar entre el correo. Más de una vez la pillé observándome con el ceño fruncido y expresión pensativa. No podía asegurar que su primo no se hubiera puesto en contacto también con ella y estuviera al corriente de lo que se traía entre manos, pero por mi parte no deseaba compartirlo con nadie más.

Su siguiente misiva tardó en llegar tan solo una semana. Era consciente de que representaba un avance, y tenía la sensación de que, a donde fuera que llevara la estrategia de Jota, los acontecimientos se estaban precipitando.

Inicié la siguiente canción, *Suppose*, de Secondhand Serenade.

Hola, B.

Echo tanto de menos a mi hermana. Cada día, cada hora. Solíamos escaparnos en multitud de ocasiones al Cerro del Tío Pío. Nos tumbábamos sobre la hierba y nos quedábamos en silencio hasta que el sol se escondía tras los edificios. No necesitábamos hablar.

No tenía en mente llevarte allí, solo quería sacarte un poco de quicio antes de regresar a casa, pero de alguna manera me encontré deseando saber si podía compartir contigo ese lugar. Sé que no resulté una compañía agradable, y sin embargo te quedaste conmigo y me hiciste sentir que todavía podía haber en mi vida algo bueno, aunque no lo

mereciera.

No quería echarte de menos a ti también, pero lo hago.

J.

Alcé la cabeza y me encontré con Lucía.

—¿Vas a contármelo? —preguntó.

Negué con un gesto.

Ella suspiró y se abrazó a sí misma, agarrándose los codos.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras, ¿verdad? —apuntó, y por su mirada supe que estaba conteniéndose para no interrogarme acerca de mi presencia en el dormitorio de su primo.

Estaba asimilando las confesiones de Jota y todavía me quedaba por descubrir qué me esperaba al final del camino. Si él volvía a mi lado...

Me levanté de la cama y le dediqué una sonrisa tranquilizadora, era lo único que podía concederle por el momento.

A los tres días el mensajero al que ya conocía me entregaba otra carta. Le pregunté si sabía de dónde venían pero se dio la vuelta y salió corriendo escaleras abajo, sin esperar siquiera a que firmase el recibo. Me imaginé a Jota amenazándolo para que mantuviera la boca cerrada y se me escapó una carcajada. Sí, eso sería muy propio de él.

*La melodía de *Declaration*, de David Cook, me envolvió. Me tumbé sobre el colchón, sabedora del momento al que correspondía.*

Hola, B.

¿Me creerías si te dijera que aquella noche no pensaba que fuéramos a hacer el amor? Te deseaba tanto... pero me hubiera bastado con dormir a tu lado. Cuando apareciste en mi habitación iluminaste algo dentro de mí.

No imaginas lo que supuso tenerte bajo mi cuerpo, que me permitieras hacerte mía. En ese momento exacto comprendí que era un tío afortunado, demasiado afortunado. Y empujé todos mis miedos a un rincón. Solo quería estar contigo, sentirte cerca. Gracias por permitírmelo.

He visto a mis padres. Estoy tratando de hacer las cosas bien, y hablar con ellos me ha ayudado a entender ciertas cosas. Voy poco a poco, B, tanto que a veces desespero y me hundo, y pienso que jamás podré merecerte.

No encontrarás más canciones. Después de ese día no fui capaz de encontrar una adecuada para describir cómo me hacías sentir y todo lo que significabas para mí, y aún sigo buscándola...

Solo deseo que sepas que he pensado mucho en todo lo que me dijiste la

última vez que hablamos. Gracias por elegirme a mí.

No quería...

J.

¿Qué era lo que no quería? Fulminé con la mirada a aquellos tres puntos suspensivos, como si así fueran a revelarme el resto de la frase.

El timbre hizo que pegara un bote sobre el colchón. Me puse en pie de un salto y me dirigí a la entrada. Mentiría si dijera que no se me pasó por la cabeza la idea de que fuera Jota el que me esperaba detrás de la puerta, pero cuando la abrí me encontré con Lucas. No pude disimular mi decepción.

—¿Llego en mal momento?

—No, pasa, pasa. —Me aparté a un lado para dejarlo entrar y suavicé la expresión abatida de mi rostro.

Lucas accedió al salón, pero no tomó asiento. Fue hasta la ventana y se quedó mirando el exterior. De madrugada había empezado a llover y ya no cesó durante todo el día. Muy de vez en cuando se escuchaba el retumbar sordo de un trueno. La primavera había hecho su aparición cargada de agua y frío, y el final de mi aventura estaba cada vez más cerca.

—He venido a por los apuntes —comentó, girándose para mirarme.

—¿Eh?

Mi mente estaba a años luz de allí y tardé un momento en comprender a qué se refería. Lucía me había dejado una carpeta para que se la entregase a Ari cuando pasara a recogerla. Supuse que Lucas, siempre tan atento, se habría ofrecido a venir en su lugar.

—Están sobre la mesa de la cocina —le indiqué, invitándole a que fuera él mismo a cogerlos. Pero no se movió.

Ambos nos quedamos observándonos lo que no debieron de ser más de cinco segundos, pero eso bastó para que el ambiente de la sala se enrareciera.

—¿Estás bien? —me preguntó finalmente.

—Sí, claro —tercié yo, inquieta—. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

De repente desfilaron por mi mente un montón de posibles situaciones en las que Lucas actuaría de una forma tan extraña y no me gustó, no me gustó en absoluto.

—¿Lucía está bien? ¿Ari?

—Sí, sí —se apresuró a contestar y esbozó una de sus familiares sonrisas—. Solo quería saber cómo lo llevas. No hemos hablado demasiado

de... nada.

De Jota, de eso era de lo que no habíamos hablado. Había descargado mi pesar en Lucía, y ni siquiera ella sabía del todo cómo me sentía al respecto. La preocupación de Lucas parecía sincera, y yo era consciente de que me tenía tanto cariño como yo a él. Y con la reaparición de Jota en mi vida, aunque solo fuera por vía postal, sentí que al menos debía hacerle saber que no me había vuelto loca.

—No ha sido fácil. No es fácil —me corregí de inmediato.

Fui a sentarme al sillón, subí los pies al asiento y me acurruqué contra el reposabrazos. Él eligió una butaca frente a mí.

—Me recuerdas mucho a mí —reflexionó en voz alta, y me pareció que ahora era él el que estaba muy lejos de aquella casa—. Lo quieres, ¿no es así? No es un simple capricho.

—Haría cualquier cosa por él, Lucas, incluso dejarlo marchar —admití, porque eso era justo lo que me había visto obligada a hacer.

Sí, no sabía dónde estaba y había hecho todo lo posible para convencerlo de que no me abandonara, pero en el fondo sentía que lo que Jota me había pedido la noche en que me dejó era que le permitiera huir.

—Tal y como imaginaba.

Entrecerré los ojos con mi vista fija en las comisuras de sus labios, que se curvaban hacia arriba por mucho que intentara disimularlo.

—Lucas... —le advertí, poniéndome en pie de un salto.

Él dejó de ocultar su sonrisa y se acercó hasta mí para abrazarme.

—Lucas... —insistí, demasiado nerviosa. Estaba segura de que pasaba algo, algo bueno, demasiado bueno para ser verdad.

—Abajo —me susurró al oído—. Corre.

Me lo quité de encima con tanto entusiasmo que casi lo tiré al suelo y me precipité escaleras abajo antes de que pudiera decir nada más. No me di cuenta de que iba descalza hasta que, al salir del portal del edificio, el agua de la lluvia me mojó los pies. En casa siempre hacía calor, así que tan solo llevaba puesta una camiseta vieja y unos pantalones cortos. El contraste con el aire frío de la calle me puso la piel de gallina. O tal vez fuera debido a que la moto de Jota estaba aparcada sobre la acera y él estaba sentado a horcajadas sobre ella.

Mis pulmones debieron anular el reflejo automático de hincharse para coger aire, porque estoy segura de que no estaba respirando. Mi corazón siguió su ejemplo y se detuvo unos instantes.

Él no me había visto. Tenía la cabeza agachada y el pelo le tapaba parte de la cara. Lo llevaba algo más largo y tan despeinado como siempre. Mi cuerpo me rogaba que me lanzara encima de él, pero me quedé paralizada. Me había imaginado en esta misma situación cientos de veces, y ahora que lo tenía ante mí ni siquiera era capaz de pronunciar su nombre.

La puerta se cerró a mis espaldas y el golpe atrajo su atención. Solo tardó una fracción de segundo en levantar la mirada. No obstante, fue suficiente para que el terror de creer que me encontraría con unos ojos vacíos se adueñara de mí. Pero lo que atisbé a través de ellos me sorprendió aún más.

—Hola, B.

No me moví ni contesté a su saludo, aunque me estremecí de pies a cabeza al escuchar el tono dulce pero firme de su voz. Solo él podía ser tan contradictorio.

—Lo siento —añadió, cuando no respondí.

«Vamos, Jota, puedes hacerlo mejor», pensé para mí.

Quería creer que estaba allí por mí, quería que me convenciera de ello. Y, sinceramente, aquello era una mierda de disculpa. Me crucé de brazos. Tenía las piernas heladas, pero aguanté sin inmutarme.

—No he encontrado una canción, así que he dejado de buscar —continuó, y no supe si eso era lo que quería escuchar—. Pero no me he rendido.

«Yo tampoco».

La determinación que había atisbado en sus ojos se fortaleció, arrancándole una sonrisa a su boca. Y, por contra, mi voluntad flaqueó. Jota no pareció percibirlo. Se pasó las palmas de las manos por los vaqueros y extendió el brazo para tomar algo de detrás de la moto.

—No la he tocado desde hace más de dos años —se excusó, rodeando con sus brazos una guitarra—, pero espero que *tu* canción suene tal y como lo hace en mi mente.

No me había repuesto de la sorpresa de verlo con la guitarra apoyada contra su pierna y él ya estaba rasgando las cuerdas. Yo había visto infinidad de veces el instrumento en su dormitorio, y las veces que le pregunté siempre contestó que era un trasto viejo que solo ocupaba espacio. Pero al escucharlo supe que no había sido sincero, probablemente porque el accidente también se había llevado esa parte de él.

La tristeza de las notas iniciales se me clavó en el alma. No había letra,

pero el sentimiento implícito y la emoción con la que ejecutaba la melodía no la necesitaban. Las lágrimas acudieron a mis ojos y antes de poder evitarlo ya resbalaban por mis mejillas. Jota se concentró en el movimiento de sus dedos, hasta que la cadencia cambió, haciéndose intensa y tan rica en matices que comprendí que estaba relatando nuestra historia.

La música cesó de forma abrupta, sin una transición que indicara que había llegado a su fin.

—No tiene letra. —Fue todo cuanto se me ocurrió decir.

Él se rio. Más bien soltó una carcajada. No tenía nada que ver con aquella risa cínica que yo tan bien conocía, aquel sonido era algo completamente nuevo para mí.

—Bueno, esperaba que pudiéramos escribirla juntos.

Y hasta ahí llegó mi parálisis. Me acerqué a él y le estampé una bofetada que atrajo la atención de la gente que no se había parado ya para observar a Jota tocar.

—Eso por marcharte —le espeté, furiosa. Y acto seguido hice lo que llevaba deseando desde el momento en que había salido del edificio. Tiré del cuello de su cazadora y le besé.

Jota reaccionó enseguida. Enlazó mi cintura con sus brazos y me acomodó contra su pecho. Sentir de nuevo su calidez, aspirar su característico aroma, saborear su boca... Su lengua se entrelazó con la mía y se me escapó un gemido que le hizo reír. Me separé de él, y comprobé satisfecha que había arruguitas en torno a sus ojos, y que estos estaban llenos de vida, más de la que nunca habían tenido.

—Espero que el beso sea por volver —me tanteó, inseguro—, porque me gustaría quedarme.

—¿Estás seguro?

No había nada en el mundo que yo deseara más que estar con él, pero no creía poder sobrellevar que decidiera dejarme de nuevo si la sombra de la culpa merodeaba aún sobre su cabeza.

Asintió, convencido.

—Me he comportado como un gilipollas, he sido egoísta e incluso cruel. Annie nunca hubiera querido que fuera así. He pasado tiempo con mis padres —me explicó, mientras paseaba los dedos por mi rostro— y he visitado su tumba. Y además... te he echado tantísimo de menos. No quería... No quería amarte...

—Pero lo hago—concluí yo.

En esta ocasión fue Jota el que me besó, despacio y con dulzura, como si rogara un perdón sin palabras. Y ahora sí, comprendí que ya no había capas que ocultaran sus sentimientos, y que aunque existiesen heridas que nunca cicatrizarían del todo, ninguno de los dos estaba dispuesto a rendirse.

—¿Qué hay de la beca en Londres?

Me apretó contra su pecho y su boca se desplazó hasta mi oído.

—Iré —susurró, y luché por no evocar la imagen de los dos despidiéndonos en el aeropuerto—. Iremos juntos, si quieres, claro. Si no es así estoy dispuesto a regresar contigo. No voy a separarme de ti.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos, pero esta vez eran lágrimas de pura felicidad.

—Vamos. —Tiré de él para que se bajara de la moto.

Sus ojos fueron de mi cara al edificio.

—¿A dónde? —preguntó, con la voz cargada de emoción, como si no terminara de creer lo que le estaba ofreciendo.

Sonreí y me permití perderme en el azul turbulento de sus ojos antes de contestarle.

—A escribir la letra de *nuestra* canción.

AGRADECIMIENTOS

Cuando escribo una novela nunca estoy sola, hay mucha gente detrás de cada frase, de cada palabra. Daniel, que escucha de forma paciente mis cavilaciones sobre la trama, y al que nunca podré agradecer de una manera adecuada que siempre esté a mi lado. Marta, gracias, porque creo que sin ti acabaría perdida, no imaginas lo que supone para mí poder contar contigo. Eva, con su entusiasmo, que siempre sabe cómo sacarme una sonrisa. Bea, que me presta su tiempo para darle brillo a mis letras. Y tú, Teresa, que asistes pacientemente a mis idas y venidas y que confiaste en mí desde el primer momento. No me olvido de Borja, que viste de gala a mis historias con sus maravillosas portadas.

A Natalia, Nazareth y Tamara, mis niñas, por las risas y su apoyo incondicional. A Connie Jett, gracias, porque no has dudado en tenderme la mano. A mis compañeras de editorial, escritoras y amigas, Elena Castro y la pareja que se esconde tras Wendy Davies.

Es imposible que me olvide de todos los miembros de mi grupo de Facebook, que día a día me animan a continuar. De los bloggers que han reseñado mis anteriores novelas y han contribuido a promocionarlas. Y, cómo no, gracias a vosotros, lectores, sin los que nada de esto sería posible. Sois los que convertís mis sueños en realidad. Becca y Jota nacieron de mí, pero son vuestros. Cuidadlos por mí y espero que disfrutéis de su épica historia de amor.

Es posible que me deje a alguien en el tintero, porque sois muchos los que, de una forma u otra, me ayudáis y me impulsáis a continuar adelante. Pero sabed que tenéis mi agradecimiento y lo tendréis siempre. Gracias a todos.

Table of Contents

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[EPÍLOGO](#)

AGRADECIMIENTOS